Gustavo Corni

Alianza editorial

Breve historia del nazismo

Gustavo Corni

Alianza editorial

Breve historia del nazismo

Gustavo Corni

Breve historia del nazismo (1920-1945)

Alianza editorial

Índice

Introducción
1. El nacimiento de la República de Weimar
2. Del «Partido de la cervecería» a la formación del partido nacional
3. La crisis económica y la imparable subida al poder del nacionalsocialismo
4. Adhesión de las masas y cooptación en el vértice: Hitler canciller
5. La construcción de la dictadura (1933-1934)
6. El Estado de Hitler
7. La política económica y social
8. Consenso, discrepancia y el mito del *Führer*
9. La persecución de los judíos y el Estado racista
10. La política exterior antes de la guerra
11. Las victorias alemanas (1939-1940)
12. La guerra ideológica en el Este y el exterminio de los judíos
13. Stalingrado y la comunidad del pueblo frente a la guerra total
14. Del golpe de Estado fallido al hundimiento
Epílogo
Créditos

Introducción

Con esta obra, resumen de una trayectoria personal de varios decenios de investigación, me propongo situar la historia del nazismo, dirigido desde 1920 por Adolf Hitler, en los contextos que le son propios: la historia de Alemania y la historia de Europa. Ambas fundamentales, como demuestran los efectos que las decisiones políticas de los nacionalsocialistas tuvieron a escala europea y mundial: una guerra de dimensiones espantosas que afectó a todo el continente y produjo decenas de millones de muertos entre civiles y combatientes, así como el intento de exterminio de la población judía de Europa. Otro de los nexos del nacionalsocialismo con la historia europea fue el atractivo que tuvo la ideología nacionalsocialista para una parte de la población de los territorios ocupados, satélites o aliados, sobre todo en clave de antisemitismo y anticomunismo.

Aún parece más necesario relacionar el movimiento hitleriano con la Alemania posterior a la derrota de la Primera Guerra Mundial. Cabe identificar dos indicadores. En primer lugar, de 1930 a enero de 1933, cuando Hitler obtuvo por vía constitucional el cargo de canciller del Reich, su mensaje logró convencer a varios millones de ciudadanos de ambos sexos para que votaran al partido de la cruz gamada.

Y si damos un salto adelante de quince años, hasta la última fase de la guerra, cuando ya se vislumbraba la derrota, vemos que aún eran muchos los que mantenían una obediencia absoluta al *Führer*. Las dictaduras no suelen acabar con grupos de niños que se dejan matar por las calles de la capital, movidos por un «fuego sagrado». Ni tampoco con aparatos burocráticos, hasta poco antes ejecutores de las órdenes procedentes del vértice del poder, que no intenten «subirse al carro de los vencedores».

Igualmente interesante resulta observar que aquel periodo histórico se clausurara a partir de 1945 sin consecuencias políticas de relieve. El nazismo acabó en 1945. No puede decirse otro tanto del fascismo italiano.

1. El nacimiento de la República de Weimar

El 29 de octubre de 1918 estallaba en el puerto de Wilhelmshaven una revuelta de marineros a la que se sumaron los obreros del arsenal. Impulsada por un vago propósito de cambiar la situación, fue sobre todo consecuencia de la frustración y el cansancio. Después de las esperanzas depositadas en la ofensiva de primavera que había llevado a la vanguardia alemana hasta el Marne, la contraofensiva de los Aliados, superiores en hombres y medios, no dio tregua, y las tropas alemanas luchaban ya únicamente para defender las fronteras del Reich. Los acorazados, inactivos en los puertos durante los cuatro años anteriores, todo el tiempo que había durado el brutal conflicto que ensangrentó Europa, debían salir ahora a presentar la última batalla. El carácter absurdo de la orden provocó la reacción de los marineros. Recordemos que durante el invierno anterior habían muerto por enfermedades relacionadas con la desnutrición más de medio millón de ancianos, mujeres y niños[1].

En pocos días se produjo una reacción en cadena: huelgas en las zonas industriales con numerosas movilizaciones en forma de consejos de obreros y soldados que pretendían «actuar como en Rusia»[2]. En realidad, el Ejército continuaba resistiendo en la defensa de las fronteras occidentales, pero a sus espaldas había cedido ya el «frente interior», que era decisivo para la extenuante «guerra de materiales». En cierto sentido llevaba razón el mariscal Paul von Hindenburg, que desde agosto de 1916 dirigía el mando supremo del Ejército y adoptaba las decisiones políticas del Reich, cuando, después de ceder el poder al gobierno civil, lanzó la acusación de la *Dolchstosslegende* o «leyenda de la puñalada por la espalda». El Ejército estaba invicto y la responsabilidad de la derrota correspondía a los traidores: la clase obrera politizada que había sucumbido a la llamada de la revolución comunista; una instrumentalización muy útil para descargar a la cúpula militar de responsabilidades políticas, entre las que se contaba el

haber provocado la entrada de Estados Unidos en el conflicto al proclamar el 1 de febrero de 1917 la guerra submarina ilimitada.

Las consecuencias no se hicieron esperar. El primer soberano en retirarse fue Luis III de Baviera, que el 7 de noviembre abdicó y abandonó Múnich. Durante las horas que siguieron, el socialista Kurt Eisner, perteneciente al ala radical del Partido Socialdemócrata, proclamó la República de los consejos obreros y anunció la formación de una asamblea constituyente[3]. El emperador Guillermo, encerrado en el cuartel general de Spa (Bélgica), quiso resistir, pero en Berlín la situación estaba al rojo vivo. Para rebajar la tensión, el 9 de noviembre de 1918, el socialdemócrata Philipp Scheidemann proclamó la República desde un balcón del Reichstag. Guillermo se refugió en Holanda junto con el príncipe heredero. El canciller saliente, príncipe Max von Baden, encargó la formación del nuevo gobierno al dirigente socialdemócrata Friedrich Ebert. Ebert comprometió a los otros dos partidos que en la primavera de 1917 habían firmado en el Parlamento una moción solicitando el comienzo de las negociaciones de paz. Los socialdemócratas gobernaron junto a los católicos del *Zentrum* y a los demócratas liberales del *Deutsche Demokratische Partei.*

Así fue cómo Alemania convirtió en práctica política lo que unos meses después resultaría imposible en Italia. De las elecciones de noviembre de 1919 al Parlamento de este último país, sacudido por la frustración de la llamada «victoria mutilada» y por agitaciones no menos violentas que las del otro lado de los Alpes, salieron victoriosos los socialistas y el nuevo Partido Popular, de carácter católico. Un resultado debido al sufragio universal masculino y al sistema electoral proporcional introducido por la clase dirigente liberal con la intención de conservar el poder. Sin embargo, la coalición de los dos partidos jamás vio la luz a causa de divergencias insuperables.

Pero volvamos al caso alemán. El 11 de noviembre, en el bosque de Compiègne, los representantes alemanes firmaban el armisticio con la Entente. La guerra había costado a Alemania –que ocupaba el segundo puesto detrás del Imperio austro-húngaro en la terrible clasificación– más de 2 millones de caídos y más de 4 millones de heridos. Un millón de viudas de guerra y un millón y medio de huérfanos representaban no solo

un drama humano, sino también un problema económico, dado que el gobierno socialdemócrata-católico concedió pensiones que gravaban el presupuesto nacional[4].

El nuevo gobierno tenía que actuar en una situación plagada de limitaciones. En el plano internacional, los vencedores, presionados principalmente por una Francia empeñada en evitar un futuro ataque, impusieron unas condiciones durísimas al Reich. Presionando con un bloqueo comercial que habría podido agravar la crisis alimentaria, las delegaciones de los vencedores, reunidas en París (del 18 de enero al 28 de junio de 1919), impusieron a Alemania el estatus de único responsable de la guerra, con unas condiciones asfixiantes. Alemania tuvo que ceder territorios tan importantes como Alsacia y Lorena, que volvieron a ser de soberanía francesa; la parte norte de Schleswig-Holstein pasó a Dinamarca; y el Sarre quedó sometido a una administración francesa de quince años de duración. Las provincias orientales de Prusia Occidental, de Pomerania y de Silesia, habitadas por una población mixta de alemanes y polacos, se hallaban en el punto de mira del renacido Estado polaco. Mediante plebiscitos y choques entre milicias nacionalistas de signo opuesto, Polonia se incorporó una gran parte de los territorios limítrofes[5]. Emigró más de medio millón de su población de habla alemana. Además, por voluntad de los vencedores, Polonia adquirió el llamado «pasillo de Danzig o corredor polaco», que le permitía la salida al mar Báltico. De ese modo, Prusia Oriental quedó separada del resto del Reich. Al final del pasillo, en la desembocadura del Vístula, la ciudad de Danzig, habitada en su mayor parte por hablantes de alemán, estaba rodeada de territorio polaco. Veinte años después, Hitler utilizaría la difícil situación de la ciudad hanseática como pretexto para desencadenar la Segunda Guerra Mundial. En total, el Reich perdió el 13% de su superficie y un décima parte de la población anterior a la guerra.

Pero hubo más. Las duras imposiciones militares de los vencedores redujeron la *Reichswehr* a la condición de un Ejército modesto, incapaz de combatir en igualdad de condiciones. La flota oceánica formada por acorazados debía entregarse a Gran Bretaña en concepto de reparación parcial de los costes de guerra, pero en junio de 1919, con tal de no ceder a

las exigencias británicas, la mayor parte de los navíos alemanes (entre ellos 15 de los 16 acorazados que tenían) fue hundida a propósito en la rada escocesa de Scapa Flow. Además, para evitar el peligro de una venganza por parte alemana, el gobierno francés impuso en las cláusulas del tratado de paz la desmilitarización de Renania, un amplio territorio de la frontera entre Francia y Alemania.

Finalmente, los vencedores decidieron imponer a Alemania un gravamen económico capaz de evitar cualquier veleidad de recuperación. Quien más presionó en este sentido fue Clemenceau, el primer ministro francés, aunque el *premier* británico Lloyd George acabó poniéndose de su parte. Existían, desde luego, motivos económicos: ¿cómo hacer frente a la enorme deuda pública contraída para sacar adelante el esfuerzo bélico?, ¿cómo devolver a Estados Unidos la deuda de 4,7 millardos de dólares (de la época) por parte britanica y de 4 por parte de Francia, a los que había que sumar los 3 millardos que París debía a Londres?

El economista inglés John M. Keynes criticó el planteamiento, convencido de que al hipotecar de aquella forma la recuperación de la economía alemana no solo se perjudicaría al país derrotado, sino también a todo el sistema internacional. Expuso su crítica en un libelo titulado *Las consecuencias económicas de la paz.*

En aquella reunión de París de 1919 solo quedó establecido el concepto de reparación, según el cual Alemania debía devolver a los países vencedores lo que estos habían gastado en la guerra. En varios congresos posteriores se fijó la suma total en 269 millardos de marcos-oro, equivalente al valor de unas 100.000 toneladas de ese metal. Era una suma enorme, que en valores actuales superaría los 800 millardos de dólares. Más tarde, en una reunión celebrada en París en enero de 1921, la suma se rebajó a 132 millardos de marcos-oro[6].

Se trataba de una imposición muy onerosa que el Reich debía pagar en mercancías y dinero contante. Pero para satisfacer las cuotas tenía que reactivar una economía aplastada a su vez por esas mismas cargas, lo que mantenía al país en una especie de círculo vicioso. Por otro lado, para abonarlas (además de sostener los costes sociales del Estado benefactor), el

gobierno alemán tuvo que ampliar la circulación monetaria, lo que provocó un proceso inflacionario que estallaría en 1923.

Pero volvamos a la situación de la posguerra inmediata. El gobierno alemán debía vérselas con nuevos sujetos políticos difíciles de controlar. En distintas partes del país, en Múnich por ejemplo, se formaron gobiernos revolucionarios y se produjeron un gran número de huelgas que mezclaban motivos socioeconómicos y políticos. Los «cuerpos francos» *(Freikorps),* grupos ultranacionalistas formados por antiguos militares, no solo actuaban en las fronteras orientales para defender los intereses alemanes, sino también dentro del país, en clave antirrevolucionaria. Además, para muchos excombatientes resultaba difícil reinsertarse en la vida civil. Oficiales y suboficiales estaban acostumbrados a mandar, a obedecer y a actuar. El resultado fue una militarización de la vida colectiva que tuvo su reflejo en la esfera política. Los *Freikorps* se agrupaban alrededor de las figuras carismáticas de algunos exoficiales[7]. A su vez, el gobierno de coalición presidido por Ebert, preocupado por defender la paz interior, dio a esos cuerpos una cobertura política y se sirvió de ellos para reprimir la subversión, conforme a un acuerdo firmado por el ministro de Defensa, el socialdemócrata Gustav Noske, y el general Wilhelm Groener.

Siguiendo este acuerdo, durante los primeros días de enero de 1919 los *Freikorps* intervinieron en la represión del intento insurreccional de la *Spartakusbund* o Liga Espartaquista; este grupo revolucionario actuaba a las órdenes de dos exponentes muy importantes de la socialdemocracia: Rosa Luxemburgo y Karl Liebknecht. Ambos consideraban favorable la coyuntura posbélica para llevar a cabo una transformación radical de Alemania. El 5 de enero, los espartaquistas desencadenaron una insurrección que duró una semana y fue sangrientamente sofocada por los *Freikorps*. Liebknecht y Rosa Luxemburgo murieron asesinados. Durante los meses siguientes estallaron varias insurrecciones comunistas en otras zonas del país, como en Múnich, donde la originaria Repúlica de los consejos obreros acabó el 21 de febrero de 1919, cuando un extremista de derechas mató a Kurt Eisner. Otras ciudades siguieron el ejemplo muniqués; entre ellas Bremen, bastión del radicalismo obrero. De nuevo tuvieron que intervenir los *Freikorps* para frenar la intentona revolucionaria con una

violenta represión. Solo en Múnich hubo 600 muertos, 5000 detenciones y más de 200 procesos.

Un año después sería la extrema derecha la que intentaría asestar un golpe a la frágil República. El 12 de marzo de 1920, Wolfgang Kapp, funcionario del gobierno prusiano y uno de los fundadores del *Vaterlandspartei,* que agrupaba a conservadores y nostálgicos de la monarquía, dio un golpe de Estado apoyado por varios miembros de los *Freikorps*. En un primer momento, la opinión pública –que el año anterior, con ocasión de las elecciones a la Asamblea Nacional constituyente, había dado más del 66% a los tres partidos que sostenían la República– pareció dispuesta a aceptar la inevitable derrota. La propia oficialidad del Ejército se mantuvo a la expectativa. Era, ciertamente, una «República sin republicanos». Una exitosa huelga general convocada por los sindicatos el 13 de marzo, de cuatro días de duración, aisló a los responsables del *putsch*.

A pesar de estos desórdenes, fuerza es reconocer la gran capacidad de supervivencia de la recién nacida República, así como su compromiso para sentar las bases de un orden constitucional moderno.

La Constitución, elaborada por la Asamblea Nacional en su refugio de Weimar (la Asamblea se reunió entre febrero y agosto de 1919 en esa ciudad de Turingia, símbolo de la cultura alemana, donde nacieron Goethe y Schiller), fue redactada por un grupo de intelectuales y juristas. Contenía numerosos elementos de modernidad, especialmente en lo relativo a principios sociales, como la igualdad de derechos para las mujeres y los hombres, la supremacía del interés general sobre la propiedad privada y la cogestión de empresarios y trabajadores en la toma de decisiones *(Mitbestimmung).* Se trataba de una Constitución de tipo parlamentario, en la que el gobierno dependía de la mayoría del Parlamento, que se elegía según un sistema proporcional y de sufragio universal. Con todo, para evitar el riesgo del predominio exclusivo de los partidos, los constituyentes habían previsto que en casos excepcionales *(Notstand),* el presidente del Reich, elegido por el pueblo, asumiera poderes extraordinarios y nombrara un gobierno de su confianza. El presidente actuaba como un «sustituto del emperador». Pero el recurso presentaba un problema: solo el presidente

tenía la facultad de establecer cuándo se daba la situación de urgencia y cuándo terminaba.

Se renovó también el sistema de partidos. El SPD *(Sozialdemokratische Partei Deutschlands,* Partido Socialdemócrata de Alemania) reforzó su vocación reformista, y se consolidó un «centro» democrático formado por el DDP *(Deutsche Demokratische Partei,* Partido Democrático Alemán) y el DVP *(Deutsche Volkspartei,* Partido Popular Alemán), el cual gobernaría la República durante toda la década de 1920 con estadistas de la talla de Gustav Stresemann. La derecha conservadora, representada por el DNVP *(Deutschnationale Volkspartei,* Partido Nacional del Pueblo Alemán), aceptó, aunque de mala gana, la legitimidad de las instituciones republicanas, y otro tanto hicieron las asociaciones representativas de los intereses económicos. Era una situación política frágil e inestable, entre otras razones por sostenerse en un sistema electoral proporcional que favorecía la dispersión del voto; así, hasta la subida de Hitler a la cancillería, en enero de 1933, la República vio alternarse 18 gobiernos en 14 años, muchos de ellos minoritarios en el Parlamento, que debían contar con el apoyo externo de los votos del SPD.

La comparación con el caso italiano demuestra lo infundado de las interpretaciones que solo quieren ver en el periodo republicano la antesala del régimen de Hitler. El sistema liberal de la Italia vencedora cedió ante la amenaza fascista sin capacidad para reaccionar, mientras que, al otro lado de los Alpes, la débil «República sin republicanos» resistió catorce años.

---

1. Cfr. A. Jackson, *Germany, the home front: Blocakde, government and revolution,* en H. Cecil y P. H. Liddle (eds.), *Facing Armageddon. The First World War,* Londres, 1996, pp. 570 y ss.

2. G. Ritter y S. Miller, *La rivoluzione tedesca 1918-1919*, Milán, 1969.

3. A. Mitchell, *Revolution in Bavaria 1918-1919,* Nueva York, 1966.

4. R. Bessel, *Germany after the First World War,* Oxford, 1993.

5. S. Wambaugh, *A Monograph on Plebiscites,* Nueva York, 1920.

6. Sobre los complejos acontecimientos politicos y diplomáticos de las reparaciones, cfr. B. Kent, *The Spoils of War. The Politics, Economics and Diplomacy of Reparations 1918-1932,* Oxford, 1989.

7. G. L. Waite, *Vanguard of Nazism. The Free Corps Movement in Postwar Germany 1918-1923,* Cambridge (Mass.), 1959. Sobre la dimension internacional del fenómeno, cfr. R. Gerwarth y J. Horne (eds.), *War in Peace. Paramilitary Violence after the First World War,* Oxford, 2012.

2. Del «Partido de la cervecería» a la formación del partido nacional

A comienzos de 1919 un nuevo partido hizo su aparición en la escena política de la capital bávara. Se trataba del *Deutsche Arbeiterpartei* (Partido de los Trabajadores Alemanes, DAP), fundado por el ferroviario Anton Drexler y por el periodista Karl Harrer; era un partido minúsculo que se reunía en las cervecerías. La denominación de este pequeño partido es significativa porque trasluce la intención de ofrecer a la clase obrera una tendencia política nacionalista capaz de apartarla de inclinaciones revolucionarias. Era la consecuencia de la muy difundida «leyenda de la puñalada por la espalda».

Se trataba de una actitud política e ideológica semejante a la que encontramos en el primer fascismo italiano; basta con analizar el programa de los Fascios de Combate aprobado en Milán el 23 de marzo de 1919. También el DAP mezclaba el anticapitalismo con una fuerte hostilidad hacia las instituciones democráticas y con un encendido nacionalismo.

Como en el caso de otras formaciones políticas de Múnich, los servicios de información de la *Reichswehr* mantenían al DAP en observación. Por ese motivo, en septiembre de 1919 –probablemente después de haber participado en alguna reunión de alguna cervecería por encargo de sus superiores–, Hitler entró en el partido.

Adolf Hitler había nacido el 20 de abril de 1889 en Braunau am Inn, una pequeña ciudad austriaca en la frontera con Baviera, súbdito de una monarquía herida por las tensiones nacionalistas; era el cuarto hijo de Alois Hitler, un empleado aduanero de nivel medio. Así pues, nació en una monarquía decadente, cosa que supo desde su juventud, en la que quizá influyó el choque con su padre, que era un hombre de carácter difícil. Adolf mantuvo con él una relación conflictiva debido a la voluntad paterna de imponerle una disciplina dictatorial y un futuro laboral en el aparato del

Estado austro-húngaro, lo que el joven, poco dado a contraer obligaciones, no deseaba aceptar. Por el contrario, demostró un fuerte apego hacia su madre, Klara Pölzl. Los psicólogos, que han analizado minuciosamente su biografía, atribuyen una importancia notable a la relación de odio y de amor intenso que Adolf Hitler mantuvo, respectivamente, con su padre y su madre, y han querido ver en las tensiones de ese triángulo la génesis de su inmadurez[8].

La figura paterna desapareció pronto (en 1903), lo cual disminuyó aún más el escaso interés por los estudios que el joven Adolf mostraba. Dotado de una discreta inteligencia, sus profesores lo calificaban de inconstante e incapaz de soportar la autoridad. Adolf terminó los estudios sin ningún título y, pese a las presiones de la madre, se negó a buscar un trabajo estable.

El núcleo de sus fantasías estaba formado por una ingenua pasión artística, que más tarde idealizaría con la imagen del genio sacrificado por el bien de la patria. Pero también aquí fracasó: por dos veces, en 1907 y 1908, vio rechazado su intento de entrar en la Academia de Bellas Artes de Viena. Pese a aquel fracaso que aumentó su resentimiento, Hitler se quedó a vivir en Viena durante cuatro años como un bohemio desocupado[9]. En 1909, agotadas las ayudas familiares, se encontró en la miseria y se vio obligado a vivir en un albergue de vagabundos. Con veinte años, el sedicente artista se hallaba en el nivel más bajo de la escala social.

Es difícil identificar las fuentes intelectuales de la formación de Hitler durante el periodo vienés, que fue importante aunque no decisivo, como luego él sostendría en *Mein Kampf*. No fue aquel su verdadero aprendizaje político, porque en la vida del joven continuaba predominando el sueño artístico. La dificultad de distinguir la verdad en las sucesivas reconstrucciones que hizo de aquella época se debe a su reticencia a reconocer deudas intelectuales. Leía de todo, pero sin método, y sus lecturas, en vez de proporcionarle nuevos conocimientos, debieron de servirle para confirmar opiniones previas. Una de las fuentes decisivas de su formación fue la música de Wagner, en la que Hitler veía el genio titánico del pueblo alemán.

No menos importantes fueron las lecturas de libelos y prensa antisemita, muy difundidos por entonces en la capital austriaca, donde se concentraba el mayor porcentaje de judíos de una ciudad europea; en 1910 constituían el 8,6% de la población[10]. Para Hitler, esta experiencia con los judíos del Este fue traumática. También fue importante el influjo de las corrientes pangermanistas que luchaban por la unificación de todos los alemanes, y cuyo ejemplo era el alcalde Karl Lueger, populista y gran orador, que aspiraba a conquistar el consenso del «populacho» amenazado por los cambios económicos y la crisis de la monarquía. De Lueger, Hitler aprendió a dirigirse a las masas excitando sus instintos más bajos.

Desilusionado de la experiencia vienesa y tal vez para evitar el reclutamiento militar, el 24 de mayo de 1913 abandonó la capital para refugiarse en Múnich. Continuó viviendo sin ningún proyecto y saliendo adelante gracias a la venta de algunos cuadritos, copias de los principales edificios de la ciudad.

Años después, resumiría de este modo sus sentimientos al estallar la guerra:

> También a mí aquellas horas me parecieron una liberación de las fastidiosas impresiones de mi juventud. Y no me avergüenza decir todavía hoy que, arrastrado por la tempestad del entusiasmo, me puse de rodillas y agradecí al cielo el hecho de vivir en una época semejante *(Mein Kampf,* p. 187)[11].

Era el final del «asfixiante bochorno» que había sentido en Viena y el comienzo de una época nueva. Se trataba de unos sentimientos muy extendidos, y no solo en Alemania. Las nuevas generaciones, sobre todo, saludaron con entusiasmo el estallido de la guerra, convencidas de que les brindaría grandes oportunidades de autoafirmación[12]. En los primeros días de agosto, Adolf se presentó voluntario en la oficina de reclutamiento y quedó alistado en un regimiento de infantería.

Fue, en sus palabras, el periodo «más feliz y con mucho el más satisfactorio» *(Mein Kampf,* p. 185) de su vida. En la guerra se encontró muy a gusto y se mostró menos huraño, aunque nunca consiguió integrarse en el ambiente de camaradería existente en las trincheras, pues su labor

como estafeta le obligaba a pasar mucho tiempo a solas. Aun así, se ganó la estima de oficiales y compañeros.

Cuando lo trasladaron al frente de Flandes demostró ser un buen soldado, hasta el punto de merecer dos condecoraciones. Por primera vez en su vida se demostró a sí mismo, y demostró a los demás, que sabía realizar tareas importantes. En octubre de 1916 le hirieron por primera vez en las piernas, y dos años después sufrió una intoxicación de gas cerca de Ypres.

Se encontraba ingresado por una ceguera temporal en el hospital de Pasewalk (Pomerania), cuando, el 21 de octubre de 1918, le llegó la noticia del final de la guerra: el emperador había huido, la revolución había estallado y Alemania estaba derrotada. De nuevo se desvanecían sus sueños y se afianzaba dentro de él la idea de que tanto su fracaso como la derrota de la «patria» alemana eran responsabilidad de terceros. Su cólera se dirigía sobre todo contra los judíos y los comunistas, acusados de debilitar la moral en el frente interior.

«De esta manera fue como decidí hacerme político» *(Mein Kampf,* p. 211). Suena a una sencilla elección de vida, consecuencia de una súbita toma de conciencia. La realidad fue distinta. Después de decidir cuál iba a ser su misión, Hitler no se entregó a la acción, sino a una incertidumbre paralizante de su futuro y el de su país. Se vio, como otros muchos soldados, privado de aquel «trabajo» que tanto le había gratificado, y en vez de regresar al mundo civil, que solo le había proporcionado desilusiones, decidió quedarse en el Ejército. En Múnich, sus antiguos superiores le dieron la posibilidad de llevar a cabo funciones como informador de la *Reichswehr*. Uno de sus mentores fue Ernst Röhm, un oficial muy condecorado que luego militaría en el Partido Nacionalsocialista y sería el fundador de la milicia de «camisas pardas». Por tanto, entre el final de la guerra y los primeros meses de la posguerra se sitúa una etapa decisiva de la evolución ideológica de Hitler.

Movido por ese espíritu entró en contacto con el DAP, que al principio le sorprendió desfavorablemente por el diletantismo que reinaba en lo que calificó de «un círculo para tomar el té». Tampoco le gustaba la estructura democrática del partido, conforme a la cual las decisiones debían tomarse en asamblea. Drexler le confió la propaganda, terreno en el que Hitler

demostró unas dotes inesperadas: era un orador irresistible, capaz de conquistar la atención de un público muy amplio.

El «Partido de la cervecería» comenzó a cambiar. En 1920 pasó a llamarse *Nationalsozialistische Deutsche Arbeiterpartei* (Partido Nacionalsocialista Obrero Alemán, NSDAP), poniendo el acento en la deseada alianza de socialismo y nacionalismo. A finales de ese mismo año el partido pudo comprar un modesto periódico, el *Völkischer Beobachter,* cuyo título reflejaba ya su origen en el movimiento político-cultural *völkisch* de finales del siglo XIX: nacionalista, rural, antisocialista y enemigo de la modernidad[13]. Tanto el título del diario como la denominación del partido, contradictorios entre sí, testimonian la vaguedad de la visión ideológica de Hitler y los suyos.

Puesto que carecía de familia, Hitler podía entregarse en cuerpo y alma al papel de orador. En *Mein Kampf* escribiría:

> El arte de la propaganda consiste exactamente en esto: encontrar el camino del interés y el corazón de las grandes masas precisamente porque se comprende su mundo sentimental y representativo [...] La receptividad de la masa es muy limitada, y su inteligencia, mediocre [...] De ahí se deduce que una propaganda eficaz ha de limitarse a muy pocos puntos, puntos que luego deben remacharse continuamente (*Mein Kampf,* p. 191).

Descubrió que tenía una enorme habilidad. Los testigos de los primeros pasos de Hitler como orador han confirmado su irrefrenable facundia. Por primera vez, sabía qué hacer con su vida. A finales de marzo de 1920 dejó el Ejército y entró en una nueva milicia: la política.

Hitler se hizo imprescindible para el NSDAP, tanto por la atención que era capaz de conquistar como por las ayudas económicas que conseguía de algunos elementos de la buena sociedad de Múnich. Al mismo tiempo enriquecía su bagaje ideológico. De Drexler, y más aún del «teórico» de la economía Gottfried Feder (que contraponía la sana economía alemana a la economía corrupta de los judíos, basada en la especulación financiera, y exigía la abolición de la «dictadura de los tipos de interés») y del periodista Dietrich Eckart, Hitler recibió algunas influencias de carácter genérico: un fuerte nacionalismo pangermanista, un feroz antibolchevismo unido a una vena de antisemitismo radical, el deseo de ofrecer a la clase obrera un modelo ideológico no internacionalista y un imprecisa voluntad subversiva.

Recuérdese que fueron Eckart y Alfred Rosenberg –intelectual procedente de Rusia que entró con Hitler en el partido– quienes patrocinaron la traducción al alemán de *Los Protocolos de los Sabios de Sión,* un documento falso que pretendía destapar una presunta conjura mundial de los judíos, que fue redactado por la policía zarista a principios del siglo XX y difundido con éxito por todo el mundo[14].

En febrero de 1920, Hitler fue uno de los redactores del programa del partido, que constaba de 25 puntos declarados «inmodificables», aunque de hecho iban a quedar en papel mojado en cuanto los nazis subieran al poder. El programa, parecido al casi contemporáneo programa de Mussolini, contenía elementos anticapitalistas (como la nacionalización de los trusts y la expropiación de los beneficios de guerra) mezclados con un fuerte desprecio por la democracia parlamentaria. En política exterior se planteaba un rechazo absoluto de la humillación que había supuesto la paz de Versalles. Netamente hitlerianos eran los puntos dedicados a los judíos, que según el programa deberían ser expulsados de la comunidad nacional. A diferencia del texto de Milán, que subrayaba la centralidad del Estado, en el programa de Múnich la prioridad era el concepto étnico-racial de *Volk.* Parecidos eran los acentos populistas: estatalización de las grandes empresas, reforma agraria, incautación de los beneficios excesivos obtenidos en la guerra y reforma de las pensiones.

En pocos meses, Hitler transformó el minúsculo partido y expulsó a sus dirigentes. Tenía en la mano un as: la amenaza de marcharse, lo que destruiría la única posibilidad que tenía el partido de hacerse oír y de poder financiarse. Sin embargo, debido a su incapacidad para soportar la rutina burocrática, Hitler se interesó poco por el partido; le bastaba con que fuera un instrumento dócil en sus manos. Creó para sí el papel de *Trommler* («tamborilero») del movimiento. Sus discursos, lejos de basarse en el análisis, se construían conforme a un modelo aseverativo: remachaban verdades que los asistentes compartían. Buscaba un acuerdo pasional con la audiencia, no racional, mediante el lanzamiento de eslóganes de fácil comprensión; su retórica tenía una notable capacidad de integración con un excitado auditorio. En el plano formal, la apasionada prosa hitleriana daba la sensación de que estaba hablando un idealista convencido de sus

afirmaciones. En cuanto a los temas, los discursos de esta primera fase se concentraron en la condena del *diktat* de Versalles y en los ataques generalizados a los enemigos de Alemania, con los judíos y Gran Bretaña a la cabeza; eran temas muy difundidos entre la derecha radical y nacionalista alemana (y austriaca) de aquellos años.

La misma indiferencia demostró por el ya citado programa del partido, destinado a quedar en letra muerta, pero se sirvió de él para fortalecer su poder personal. Hitler era el único intérprete acreditado de los elementos imprecisos que contenía el texto. Ya desde el primer momento, estructuró el partido conforme al *Führerprinzip* o «principio del jefe»: una estructura vertical fundamentada en el jefe absoluto. «El liderazgo es un elemento primario y decisivo», escribía en abril de 1928 para ilustrar en el periódico del partido la diferencia radical entre el «genio individual» y el «espíritu de masa». En julio de 1921 una parte de los antiguos dirigentes propuso la fusión con otros grupos ideológicamente afines, pero Hitler se opuso y amenazó con dimitir. Una vez más el partido tuvo que someterse a su voluntad.

A partir de ese momento, dotado de poderes ilimitados, no conoció rival. El congreso convocado el 29 de julio de 1921 le nombró presidente por 553 votos contra uno. El partido consolidó el número de militantes fuera incluso de la capital de Baviera (en el momento del *putsch* de noviembre de 1923 contaba con casi 55.000 militantes), y se convirtió en un movimiento reunido en torno a un líder carismático. Comenzó el culto a la persona de Hitler, ya entonces *Führer* indiscutible.

Aunque la estrategia política era cualquier cosa menos clara, el objetivo era bastante concreto: llegar al poder en Múnich y, desde allí, dirigirse a la conquista de Berlín. Las formas de llevarlo a cabo eran subversivas. Hitler concentró todas sus energías en un *putsch* que aprovechara las malas relaciones que tenía el gobierno bávaro, celoso de su autonomía, con la «roja» Berlín. Puso mucho interés en consolidar una milicia de partido, las llamadas *Sturmabteilungen* («secciones de asalto» o SA); se trataba de una milicia copiada del modelo fascista, con camisas pardas para distinguirla de las camisas negras italianas. Hay que decir que para los responsables de la intentona de golpe de Estado que se llevó a cabo entre el 8 y el 9 de

noviembre de 1923, Hitler y el nacionalsocialismo eran aspectos secundarios. Entre los que movieron los hilos había exponentes del gobierno bávaro, y el jefe del *putsch* –si este hubiera tenido éxito– habría sido el general Erich Ludendorff, que, después de ser jefe del Estado Mayor de Hindenburg durante la guerra, en la posguerra se había convertido en el numen tutelar de la derecha radical. Los políticos conservadores bávaros que coqueteaban con Hitler, aquel orador de extraordinario éxito, cometieron el mismo error que habían cometido en 1922 los liberales y el monarca en Italia: creer en la posibilidad de servirse de sus dotes arrebatadoras para luego, llegado el momento, desembarazarse de él.

El intento de presionar a los gobernantes de Baviera en la noche del 8 al 9 de noviembre de 1923 acabó en desastre. Temerosos de los efectos de un golpe de Estado que ya no contaba con el apoyo del Ejército e irritados por la insolencia de Hitler, sus aliados le abandonaron después de haber confeccionado con él incluso la lista de un gobierno provisional. En aquella mañana gris de otoño, bastó con una salva de fusilería de la policía bávara (murieron 14 golpistas y 4 policías) para acabar con la revuelta que Hitler había proclamado pocas horas antes en la humosa Bürgerbräukeller.

El año 1923 se caracterizó por una crisis internacional y económico-financiera relacionada con la larga ocupación franco-belga de la cuenca industrial del Ruhr, comenzada el 11 de enero en represalia por el retraso de un plazo en el pago de las reparaciones. Dada la imposibilidad de responder con las armas, la reacción se materializó en una huelga general que paralizó la actividad de la principal zona productiva del Reich. Fue una huelga muy costosa (había que aprovisionar a sus 8 millones de habitantes) que aceleró el proceso inflacionario. En el otoño provocó la caída del marco frente al dólar (convertido ya en divisa de referencia internacional) en la proporción de 4,2 millardos de marcos por un dólar.

La salida de la crisis se produjo en varios niveles; por ejemplo, con la reforma monetaria, un artificio que no obstante tuvo éxito. Francia y los otros vencedores, con Estados Unidos a la cabeza, se dieron cuenta de que continuar con las represalias por las reparaciones acabaría provocando daños generalizados, lo que finalmente dio la razón a las críticas keynesianas de 1919.

Pero sobre todo fueron los centros financieros del otro lado del océano los que se convencieron de la necesidad de intervenir para poder sostener el enorme potencial de la economía alemana. El banquero y político Charles G. Dawes propuso en 1924 un plan para reducir la cuantía de las reparaciones alemanas que fue aprobado tanto por los acreedores como por el propio Reich, aunque con la oposición de las derechas. Gracias al Plan Dawes, la incidencia de las reparaciones –que al acabar la guerra estaba en el 8-9% del PIB anual–, disminuyó durante los años siguientes hasta el 2-3%[15]. Hubo también un programa de intervenciones estadounidenses en forma de préstamos blandos. Y además, se produjo un acercamiento entre Francia y Alemania, gracias a la autoridad de que disfrutaba Gustav Stresemann, ministro de Asuntos Exteriores, que firmaron en diciembre de 1925 los acuerdos de Locarno. Con la garantía de Italia y Gran Bretaña, Francia, Bélgica y Alemania aceptaban las fronteras existentes y su carácter inalienable, y admitían que las posibles controversias se confiaran a una comisión internacional. Así, con las cautas medidas de la diplomacia, se terminaba con el espíritu de venganza recíproca que había inspirado la paz de Versalles.

Fueron los años dorados de la República, aunque la estabilidad política interna continuaba siendo una quimera. Durante estos años la recuperación económica se vio acompañada de un florecimiento de las artes y de la cultura que convirtió a Berlín en una «segunda París». El índice general de la producción industrial, que en 1923 había tocado el nivel más bajo (46), comenzó a subir, hasta alcanzar la cuota de 100 en 1928. Como sugiere la metáfora de *Metropolis,* de Fritz Lang (1927), la sociedad urbana se acercó a los modelos de modernidad de los Estados Unidos. En 1932 una cuarta parte de las casas alemanas disponía de aparato radiofónico, muy por encima de los restantes países europeos. En el mismo año existían 52 teléfonos privados cada 1000 habitantes, frente una media europea de 20 (en Estados Unidos la proporción era de 165 cada 1000 habitantes). Poco a poco, parecía que las heridas de la Primera Guerra Mundial comenzaban a cerrarse.

Pero los partidarios del regreso a los «buenos tiempos» de antaño se oponían a la profunda modernización social, económica y cultural de una

parte de la Alemania de Weimar. Este fuerte contraste[16] sería uno de los factores que explican el éxito del nacionalsocialismo. La parcial estabilización de la República tuvo repercusiones en el pendenciero universo de la derecha nacional. Fracasada la posibilidad de la insurrección, había que reorganizarse y emprender una nueva dirección ideológica.

El NSDAP no fue inmune a la crisis. El fracaso del golpe de noviembre de 1923 resultó tan amargo que habría podido suponer el fin de la carrera del «cabo bohemio», como le llamaban. Pero Hitler había adquirido ya tal seguridad que no reaccionó ante la derrota encerrándose en sí mismo, como había hecho en otros momentos. Por el contrario, consiguió transformar la derrota en una victoria. El juicio a los protagonistas del fallido golpe de Estado en febrero-marzo de 1924 se convirtió en la tribuna ideal para el jefe nacionalista. Era la primera vez que la prensa nacional hablaba de él. Durante el juicio consiguió incluso superar a la figura de Ludendorff. Hitler pronunció en el tribunal largas arengas en su defensa, que eran la continuación de sus discursos políticos de los años anteriores; se presentó como un mártir que quería proteger al país del peligro de caer en manos del comunismo. Salió con la cabeza bien alta de la sala, después de asumir la plena responsabilidad del todo lo ocurrido.

El juicio del Tribunal Supremo de Baviera concluyó con una condena a cinco años de prisión, atenuada por la posibilidad de reducción en caso de buena conducta. En total, Hitler estuvo en la cárcel desde el 11 de noviembre de 1923 hasta el 20 de diciembre de año siguiente.

El proceso puso una vez más de manifiesto la debilidad de las instituciones republicanas y las tendencias conservadoras y reaccionarias de buena parte de la magistratura. Por otro lado, el juicio y el breve periodo de prisión en Landsberg interrumpieron el vertiginoso ritmo de la vida política de Hitler, permitiéndole escribir su «gran» obra programática, donde dibujó un ideal de sí mismo destinado a conquistar un éxito duradero.

Finalmente, el fracaso del *putsch* le había hecho comprender que la táctica subversiva no podía prosperar. Había que aceptar, aunque fuera solo de boquilla, las reglas del juego parlamentario y crear un partido nuevo, preparado para conquistar amplias adhesiones populares y llegar al poder. En la prisión de Landsberg confió a uno de sus seguidores:

> Más que trabajar para conquistar el poder mediante una conspiración, tendremos que taparnos la nariz y entrar en el Reichstag para batirnos con los diputados católicos y marxistas [...] Toda política legal es lenta, pero antes o después conquistaremos la mayoría y entonces Alemania estará en nuestras manos.

En la cárcel, Hitler acabó de completar el mito del *Führer*. Dictó a su fiel secretario Rudolf Hess una obra que, según él, supondría la confirmación de su papel como pensador y estadista. La decisión de escribir *Mein Kampf. Viereinhalb Jahre Kampf gegen Lüge, Dummheit und Feigheit* («Mi lucha. Cuatro años y medio de lucha contra la mentira, la estupidez y la bellaquería») responde a su deseo de no ser menos que Feder, Eckart y Rosenberg, los teóricos del movimiento. En realidad, se trató de una obra poco menos que ocasional a la que Hitler se refirió en contadas ocasiones durante los años siguientes. Su fama y éxito de público se debieron a la promoción que hizo Goebbels a partir de 1933, cuando logró elevar *Mein Kampf* al rango de «Biblia del nacionalsocialismo».

Cabe preguntarse si ese texto, escrito con un lenguaje enrevesado, representa de verdad el punto de referencia de la actuación posterior de Hitler. ¿Sería lógico creer que si tanto en Alemania como en el extranjero la gente hubiera prestado una atención mayor al libro, habría podido aprender a defenderse de los crímenes que su autor iba a cometer a partir de 1933? La pregunta es inútil porque no tiene en cuenta los hechos. No debemos olvidar que antes de 1933 solo se vendieron unas cuantas decenas de miles de ejemplares. Para algunos estudiosos recientes, *Mein Kampf* es un documento importante, que resume las palabras y los escritos de Hitler durante los años anteriores, lo que encuadra la obra en una *Weltanschauung* («visión del mundo»)[17], pero se trata de la repetición de textos y corrientes de pensamiento bien arraigados en la cultura alemana y europea de aquella época. A sus certezas precedentes, Hitler añadió un motivo nuevo: la idea de un «espacio vital» *(Lebensraum)* al que el pueblo alemán, apiñado en un territorio demasiado pequeño, tenía derecho. Espacio vital que él situaba en el Este.

> Nosotros los nacionalistas tiramos una línea sobre la política exterior de Alemania antes de la guerra y la anulamos. Comenzamos donde se terminó hace siglos. Damos por acabada la eterna marcha germánica hacia el sur y el oeste de Europa y volvemos la mirada hacia la tierra situada en el este *(Mein Kampf,* p. 497).

Una tierra llena de posibilidades, pero al mismo tiempo enemiga del pueblo germánico por ser el eje del régimen «judeo-bolchevique». Contra este peligro, Hitler confiesa en *Mein Kampf* su idea de desencadenar una guerra decisiva con el objetivo de invertir la desfavorable situación estratégica y racial vigente. La obra demuestra explícitamente que Hitler se consideraba investido de una misión política salvífica.

La cárcel de Landsberg le permitió distanciarse de la lucha política. Deseoso de no perder su puesto en el vértice del NSDAP, confió la regencia a Alfred Rosenberg, un oscuro ideólogo poco preparado para desempeñar funciones políticas de importancia[18].

Al faltar la presencia directa de Hitler, la compleja constelación del radicalismo de derechas comenzó a disgregarse, y por otra parte, la situación política y económica del país estaba mejorando y se superaba la inflación posbélica. Gracias, entre otras cosas, a los créditos estadounidenses, la economía alemana empezó a funcionar a pleno rendimiento, lo que produjo un debilitamiento de los partidos radicales de derechas, que en las elecciones políticas de diciembre de 1924 no superaron, todos juntos, el 3% de los votos. La disgregación y la derrota electoral acentuaron la idea de que el carisma de Hitler resultaba indispensable para mantener la unidad de los grupos.

Al mismo tiempo, él trató de conservar su posición «neutral». Al salir de la cárcel, «regresó como un santo, esperado con ansiedad y saludado por todos los grupos políticos *völkisch*»[19]. Retomó la conquista de la adhesión a su persona donde la había interrumpido en la noche del 8 de noviembre de 1923, con grandes manifestaciones de masas dominadas por su vibrante retórica. El 27 de enero de 1925 se celebró en Múnich la primera reunión: una sala abarrotada con más de 3000 participantes y otros 2000 al otro lado de las puertas. Al final del discurso Hitler se reafirmó en su determinación de no aceptar condiciones. En los meses siguientes, al acabar una gira de discursos por el resto de Baviera, la aceptación de su autoridad era ya unánime.

Sin ceder a ningún pacto, Hitler englobó en «su» partido a todos los grupos pequeños que se identificaban con el radicalismo nacionalista y antisemita. La operación se llevó a cabo sin menoscabar su poder, que era lo

que más le preocupaba. Vino en su ayuda la amarga derrota de Ludendorff en las presidenciales de 1925 (que se realizaban por elección directa con sufragio universal); el antiguo general obtuvo solo 286.000 votos, equivalentes al 1,1%. Hitler no estaba dispuesto a tolerar la crítica o la insubordinación en ninguna de sus formas. Asumió a sus ojos y a los de sus seguidores el papel de *Führer,* caudillo indiscutible del movimiento. El momento culminante de este proceso de centralización fue la reunión de los jefes de las distintas corrientes, celebrada en Bamberg el 14 de febrero de 1926, donde Hitler declaró: «Solo yo dirijo el movimiento y nadie puede imponerme condiciones, dado que la responsabilidad política es solo mía».

Frente al ala socializante, capitaneada por Gregor Strasser, uno de los pocos capaces de competir con el *Führer* en habilidad política, impuso una táctica legalista. Strasser sostenía una plataforma de tintes socialistas, que conquistaba adhesiones especialmente en el norte de Alemania y que defendía, entre otras cosas, la expropiación de las antiguas familias reinantes, un corporativismo casi medieval, un anticapitalismo ingenuo (por ejemplo, pagar los salarios en especie) y la alianza con socialdemócratas y comunistas. Uno de los partidarios de esta plataforma era Joseph Goebbels, periodista inteligente de físico enfermizo que se convirtió al hitlerismo a raíz de recibir una invitación para acudir a Múnich, donde Hitler le quería a su lado para hablar en público. Así lo expresaba en su diario: «Hitler es un gran hombre. Nos perdona y nos tiende la mano. Olvidémonos del pasado».

Una vez alcanzada la unidad interna bajo la dirección de Hitler, se organizó el primer congreso nacional, celebrado en Weimar en julio de 1926. Fue el primero de una larga serie de congresos del partido, que terminaban siempre en manifestaciones masivas, sin debate, organizadas únicamente para reforzar el poder carismático del *Führer* y demostrar a los demás la capacidad de movilización del partido: de los cerca de 35.000 militantes, más de una décima parte acudió a Weimar para demostrar la fuerza de la militancia política del NSDAP.

Hitler confió a Strasser la creación de un aparato político, previendo ya el momento en que dicho aparato se adueñaría del poder. Su eje fueron los llamados «antiguos combatientes», los que se habían unido al nacionalsocialismo en los primeros momentos, sobre cuya fidelidad se

sostenía el poder carismático de Hitler. Los *Gauleiter,* jefes regionales del partido, entraban en esa categoría. Hitler estrechó con ellos vínculos personales de confianza, y a ellos recurrió más tarde para gobernar Alemania y la Europa ocupada. El poder de aquellos hombres emanaba de Hitler, que era muy hábil para distribuir favores y premios.

Definitivamente abandonada la derrotada estrategia subversiva, Hitler, influido por Strasser, dio su aprobación al llamado «plan urbano». La nueva táctica planteaba la penetración en las principales ciudades mediante una amplia propaganda dirigida sobre todo a la clase obrera, para competir con socialistas y comunistas. En ese marco tenemos que situar el nombramiento de Goebbels como *Gauleiter* de Berlín y el de Alfred Krebs en Hamburgo, la segunda ciudad de Alemania. Con su actividad propagandística, cargada de motivos anticapitalistas, aunque también antisocialistas y antisemitas, pensaban competir con socialistas y comunistas en la conquista de las masas obreras.

Las SA quedaron integradas también en el «plan urbano». Abandonada la actividad subversiva, las secciones de asalto, ahora bajo la dirección de Pfeffer von Salomon, debían concretar el programa antiburgués sobre el terreno. Hitler les explicó que no quería «100 o 200 conspiradores valientes, sino centenares de miles de fanáticos combatientes por nuestra *Weltanschauung»*. Al mismo tiempo, por varios métodos (desde artículos a reuniones) intentó convencer al mundo industrial de que el «plan urbano» no representaba para ellos una amenaza verdadera, y de que era mejor que la clase obrera siguiera al NSDAP que a los comunistas o a la socialdemocracia alemana.

Pero una serie de convocatorias electorales regionales en 1926-1927 demostraron que el «plan urbano» había fracasado; el NSDAP no estaba en condiciones de imponerse ni en los centros urbanos ni entre los obreros; sus modestas fortalezas electorales continuaban circunscritas a las clases medias de las ciudades pequeñas y los pueblos, sobre todo en las zonas protestantes. Hitler tuvo que variar el rumbo. Significativo, por modificar el programa «intocable» de 1920, fue el comunicado de abril de 1928, en el que se daba una nueva interpretación al punto 17. Sin embargo, la posibilidad de expropiar propiedades agrarias se reinterpretó de un modo

restrictivo: la expresión «propietarios latifundistas» designaba solo a los judíos.

Las elecciones políticas de mayo de 1928, de las que salió un gobierno de coalición presidido (después de muchos años) por un socialdemócrata, Hermann Müller, confirmaron la derrota de los nacionalsocialistas. A pesar de su tesón, los votos al partido de Hitler fueron inferiores a los de cuatro años antes: poco más de 810.000, el 2,6%. En Berlín obtuvieron apenas un 1,4%, en Hamburgo el 2,6% y un 1,3% en el Ruhr. Fueron mejores los porcentajes conseguidos en las zonas rurales de Schleswig, Franconia, Hannover y Baviera. Durante los meses siguientes se creó un aparato de oradores especializados, destinados a operar en la Alemania rural afectada por la crisis.

La hiperinflación de los primeros años veinte había aliviado solo de un modo temporal el endeudamiento de un gran número de fincas grandes y pequeñas, incluidas las grandes propiedades del otro lado del Elba, bastión de la clase noble de los *Junker,* que eran el pilar de la potencia militar prusiano-alemana; además, el mercado de los productos agrícolas estaba dominado por los grandes productores de ultramar. La consecuencia era que la agricultura alemana se vio afectada por precios demasiado bajos.

La rápida modernización que había llevado a cabo el Reich acentuó la crisis. Por un lado, agravó la distancia entre precios agrícolas y precios industriales; por otro, provocó la huida del campo de la gente joven. A finales de los años veinte, antes de que la crisis internacional extendiera su sombra sobre Alemania, hubo fuertes tensiones en el mundo rural a causa de la caída de las rentas, que aumentaron el endeudamiento y las expropiaciones de fincas. De 1924 a 1927 el endeudamiento medio había crecido de dos a cuatro veces más[20].

---

8. Ejemplo de orientación psicoanalítica es el estudio escrito en 1943 para los servicios militares estadounidenses por el psicoanalista W. L. Langer, *Psicanalisi di Hitler,* Milán, 1973. Se encargó para prever las actuaciones del dictador durante la guerra.

9. B. Hamann, *Hitler. Gli anni dell'apprendistato,* Milán, 1998.

10. M. Rozenblit, *The Jews of Vienna 1867-1914: Assimilation and Identity,* Albany, Nueva York, 1984.

11. Con el título de *Mein Kampf,* seguido del número de página, me referiré en adelante a citas tomadas de la traducción italiana (incompleta) de la principal obra de Hitler: G. Galli (ed.), *Il «Mein Kampf» di Adolf Hitler. Le radici della barbarie nazista,* Milán, 2002. Tratándose de una edición incompleta, no se encuentran todos los pasajes de la edición alemana de *Mein Kampf.*

12. E. Leed, *Terra di nessuno. Esperienza bellica e identità personale nella prima guerra mondiale,* Bolonia, 1985.

13. G. L. Mosse, *Le origini culturali del Terzo Reich,* Milán, 1968.

14. C. G. De Michelis, *Il manoscritto inesistente. I «Protocolli dei Savi di Sion». Un apocrifo del XX secolo,* Padua, 1998.

15. A. Ferguson, *Quando una moneta muore. Le conseguenze social dell'iperinflazione nella reppublica di Weimar,* Bolonia, 1979, p. 416.

16. D. J. K. Peukert, *La repubblica di Weimar,* Turín, 1987.

17. A la larga, *Mein Kampf,* debido a una terca preocupación política, no ha sido tratado debidamente por los historiadores como fuente. Hasta época reciente no ha aparecido una edición crítica del libro. O. Plöckinger, *Geschichte eines Buches. Hitlers Mein Kampf,* Múnich, 2011.

18. Sobre la figura de Rosenberg, admirado como «ideólogo-jefe» del movimiento aunque despreciado por Hitler, cfr. R. Cecil, *Il mito della razza nella Germania nazista. Vita di Alfred Rosenberg,* Turín, 1973.

19. D. Orlow, *The History of the Nazi Party,* 2 vols., Boston, 1971-1973, vol. I, p. 51. Por *völkisch* se entiende el variado movimiento cultural, de fuertes tendencias racistas y antisemitas, que exalta la superioridad del pueblo *(Volk)* en el marco de una condena de la modernidad.

20. D. Gessner, *Agrardepression, Agrarpolitik und konservative Politik in der Weimarer Republik,* Düsseldorf, 1976.

3. La crisis económica y la imparable subida al poder del nacionalsocialismo

La entrada en escena de Estados Unidos en 1924 para apoyar la recuperación de la economía alemana no fue solo un acto de generosidad. El sistema económico y financiero del otro lado del océano, que se encontraba en una fase de desarrollo rápido, necesitaba una Alemania fuerte por tres motivos: 1) colocar inversiones y establecer acuerdos y alianzas con las empresas alemanas más modernas (por ejemplo, en los campos de la química, la mecánica y la floreciente industria automovilística); 2) introducir sus propios bienes de consumo en el gran mercado alemán; 3) reactivar la maquinaria del pago de las reparaciones para que Gran Bretaña y Francia pudieran, a su vez, pagar las deudas contraídas con Estados Unidos durante la guerra. En pocos años, empresas, Estado e instituciones locales alemanas accedieron al crédito de sus equivalentes americanos, a corto y medio plazo, por un valor de casi 600 millones de dólares. Muchas empresas de ultramar, entre ellas la Ford y la General Electrics, entraron en el sistema económico alemán.

En Estados Unidos preocupaba el posible frenazo del crecimiento de los llamados «rugientes años veinte» *(Roaring Twenties)*. Era una preocupación con fundamento: el mercado interior, aunque amplio, no estaba en condiciones de absorber por sí solo la creciente producción manufacturera; esta, por lo demás, no encontraba fácil espacio en los mercados exteriores debido a las persistentes diferencias de rentas, porque al consumidor medio alemán, inglés o francés le costaba adquirir los nuevos productos de la industria estadounidense (automóviles, frigoríficos, etc.).

La economía del otro lado del Atlántico vivía una fase expansiva real, pero también ficticia. Estaba muy extendida la idea del crecimiento ilimitado, lo que condujo a un progresivo aumento del flujo de ahorros privados a las inversiones en Bolsa. Se formó entonces una burbuja

especulativa que el sistema financiero, en manos del liberalismo, no estaba en condiciones de afrontar.

La crisis comenzó en el otoño de 1929. Del 21 al 29 de octubre, Wall Street vivió una oleada de ventas sin precedentes, que supuso una caída imparable de los valores. El pánico se extendió como una mancha de aceite a los bancos y las empresas. Se bloqueó la liquidez y miles de empresas se vieron obligadas a cerrar, lo que produjo millones de desempleados. De 1929 a 1932 quebraron unas 100.000 empresas y cerca de 5000 instituciones bancarias. Los desempleados pasaron de 4 a 13 millones.

La crisis iba a ser internacional, dado que los Estados Unidos constituían el eje del sistema económico mundial. Baste pensar en las ingentes cantidades de materias primas (agrícolas y mineras) que importaban de países «monoproductores» para poner en marcha su sistema productivo. Así, una gran parte de los países del centro y el sur de América sufrieron una caída del 60-70% de sus exportaciones, y lo mismo ocurrió con muchos países asiáticos y europeos. El volumen total del comercio internacional, que en 1929 ascendía a 34 millardos de dólares, cuatro años después se cifraba en 15 millardos[21], menos de la mitad. En el caso de Alemania, los lazos eran muy estrechos. La retirada de los créditos y el bloqueo de los acuerdos comerciales e industriales afectaron con una dureza especial al Reich.

La crisis se hizo mundial y como tal se recuerda en los libros de historia. Entre sus muchas consecuencias importantes, señalemos la victoria en las elecciones presidenciales estadounidenses de 1932 del demócrata Franklin D. Roosevelt, que puso en marcha el llamado *New Deal,* una mezcla de Estado del bienestar e intervencionismo keynesiano que constituye el legado más duradero de la crisis para la historia mundial. En el caso alemán, las consecuencias resultaron mucho más dramáticas, porque la crisis económica, política e institucional que provocó en el Reich el *crack* de 1929 fue el factor determinante del ascenso electoral del nacionalsocialismo.

Conviene aclarar enseguida que con esta afirmación no pretendemos subestimar la existencia de una trayectoria ya predeterminada, porque los resultados de la crisis habrían podido ser distintos. Pero no cabe duda de

que sus efectos fueron devastadores, ni tampoco de que el partido nacionalsocialista, con su *Führer,* su ideología y su aparato militar, podía aprovechar la situación como ningún otro.

Varios datos económicos servirán para dar una idea de la profundidad de la crisis alemana: de un nivel 100 en 1928, el índice general de la producción de bienes de equipo había bajado a 54 en 1932, el de los bienes de inversión a 35 y el de los bienes de consumo a 74[22]. El número de desempleados censados, que en los años anteriores se había mantenido en torno a 1-1,3 millones, alcanzó su punto culminante en 1932, con más de 5,6 millones, el 29,9% de los trabajadores dependientes[23]. A causa de la insuficiencia de los subsidios previstos, algo menos de una familia obrera de cada tres se encontró sin medios de subsistencia.

La legitimidad del sistema republicano, ya baja, quedó drásticamente reducida por el desmantelamiento de la asistencia social. La crisis económica degeneró en crisis de sistema, entre otros motivos por las decisiones que tomó la clase política. Llegados a este punto, debemos retroceder algunos años, hasta los comienzos de la República, para ilustrar con mayor detalle el cuadro político-institucional creado por los constituyentes de 1919.

La Constitución de Weimar representa un ejemplo de equilibrio, fruto de compromisos entre los socialistas y los conservadores moderados. Los primeros consiguieron introducir importantes principios de política social. Todos los sujetos políticos y culturales que participaron en la redacción de la Constitución compartían la preocupación por contener el parlamentarismo, lo que reforzó la figura del presidente del Reich, elegido directamente por el pueblo en sufragio universal (la Constitución dio a la mujer el derecho al voto). El canciller, que necesitaba el apoyo de una mayoría del Parlamento, debía contar también con su confianza. Finalmente, el artículo 48 asignaba al presidente el poder de «adoptar las medidas necesarias para restablecer el orden y la seguridad pública, siempre que estos se vean alterados o amenazados de un modo grave»[24]. El presidente se arrogaba, por tanto, de poderes extraordinarios: el nombramiento de un gabinete de su confianza no dependía ya del apoyo de la mayoría parlamentaria, y el gobierno presidencial podía legislar a golpe

de decreto. El equilibrio entre parlamentarismo y presidencialismo que quisieron lograr los constituyentes era precario. Cabe imaginar el efecto explosivo del artículo 48, aunque por sí solo no justifica que el sistema republicano estuviera destinado a entrar en crisis. El primer *Reichspräsident,* el socialdemócrata Friedrich Ebert (elegido por la Asamblea, no por el pueblo), hizo uso varias veces de los poderes extraordinarios para consolidar las instituciones. Su sucesor, el anciano mariscal de campo Hindenburg –el primer presidente elegido por la ciudadanía (con casi ochenta años)–, dio la impresión, al principio, de querer asegurar el orden público y la estabilidad interna.

La crisis económica lo alteró todo y sacó a flote la vieja desconfianza hacia las instituciones de la República, que era compartida por Hindenburg, por muchos elementos moderados y conservadores, por una parte relevante de la elite industrial y financiera, por los grandes propietarios de tierras y por la oficialidad del Ejército[25]. El estallido de la crisis sorprendió en el poder a un gobierno de «gran coalición» de socialdemócratas, católicos y demócratas, presidido por el socialdemócrata Müller, que se vio inmerso en una dramática situación social. El sistema de bienestar vigente, pese a ser uno de los más avanzados de Europa, no estaba en condiciones de hacer frente a la situación. Se produjo un duro enfrentamiento político por la refinanciación del sistema, con la feroz oposición de los representantes de la gran industria.

En marzo de 1930, Hindenburg disolvió el Reichstag y nombró canciller al diputado católico Heinrich Brüning, considerado un experto en problemas económicos. Detrás de la elección estaba la clara voluntad de «liberarse de las cadenas de la revolución, de la Constitución y de la República»[26]. En los meses siguientes se puso de manifiesto que los distintos gabinetes presidenciales no sabían muy bien qué políticas tomar; unos soñaban con el regreso de la monarquía, otros se sentían atraídos por ideas corporativas. Pero compartían dos deseos: un Estado fuerte que acabara con el federalismo, y un sistema jerárquico en el que las elites tuvieran un mayor peso político.

Brüning comenzó a gobernar empleando los poderes extraordinarios previstos en el artículo 48. Para salir de la crisis, practicó una política

recesiva y deflacionaria: recortes del gasto público, aumento de los impuestos indirectos (que afectó sobre todo a las clases más desfavorecidas), introducción de impuestos nuevos y fijación de precios políticos para los principales bienes de consumo. Era una política económica dirigida a mantener en orden las cuentas públicas y a enfriar el consumo para reactivar el sistema económico. Según las palabras del propio canciller, se trataba de lograr que la economía alemana fuera «capaz de aprovechar a su vez y en todo momento la crisis mundial»[27]. La única excepción –en absoluto casual– fue una importante intervención estatal para sostener la agricultura de las provincias orientales del Reich, denominada *Osthilfe,* que asignaba ayudas considerables (en forma de préstamos con intereses favorables, rebaja de deudas anteriores y créditos para el asentamiento de nuevos colonos) a los *Junker,* que estaban padeciendo las consecuencias de la crisis. Esta intervención, por deseo de Hindenburg (él mismo procedía de esa clase), reflejaba los intereses de los propietarios nobles del Este y se justificaba con razones de carácter nacionalista para mantener el bastión que protegía a Alemania de los eslavos. En la realidad, las medidas adoptadas no fueron más que donaciones carentes de criterios de eficiencia, y en 1932, cuando Brüning intentó frenar el derroche de recursos públicos vinculando la concesión de ayudas para el saneamiento de las grandes propiedades a la concesión de tierras destinadas al asentamiento de colonos, los grupos de interés y los conservadores lo tacharon de «bolchevismo agrario». Fue uno de los motivos de su cese a finales de mayo. Finalmente, habría de ser el gobierno de Hitler el que se encargara de parar las investigaciones del escándalo de la *Osthilfe*[28].

Dejando a un lado la generosidad con la agricultura del Este, la terapia deflacionaria fue sensata (la seguirían en aquel trance Gran Bretaña y Francia), pero exigía unos sacrificios que habrían requerido un fuerte consenso. El gobierno de Brüning, que estaba formado por técnicos y miembros de los partidos conservadores, no tuvo aceptación, ni popular ni parlamentaria; de hecho, actuaba con desprecio de la opinión pública. Era irremediable que su política de recortes y sacrificios alimentara las tensiones sociales. Los partidos radicales, portadores de mensajes subversivos, aprovecharon la situación. Dado que el presente era negro, las

promesas de un futuro radiante encontraban apoyo. Los radicales (comunistas a la izquierda y nacionalsocialistas a la derecha) pescaron a manos llenas en las revueltas aguas del descontento.

Ante la resistencia por parte del Parlamento a aprobar los decretos de «sangre y lágrimas» del gobierno Brüning, Hindenburg no tuvo más remedio que disolverlo y convocar nuevas elecciones. Se votó el 14 de septiembre de 1930, después de una áspera campaña electoral en la que el NSDAP fue especialmente activo. La dramática situación produjo un aumento notable de la movilización política. En efecto, acudió a las urnas el 81,4% del electorado, con un crecimiento neto de 2,5 millones de electores respecto a 1928, al que hay que restar los nuevos votantes.

Los resultados causaron un auténtico terremoto. Los partidos tradicionales de la derecha sufrieron una fuerte derrota: DNVP y DVP vieron reducidos a la mitad sus números; mantuvieron sus posiciones los dos partidos católicos: el *Zentrum* y el *Bayerische Volkspartei,* que disponían de un fiel electorado confesional, e incluso los socialdemócratas consiguieron contener las pérdidas, pasando de 153 a 143 diputados. Por la izquierda, mejoró el Partido Comunista (*Kommunistische Partei Deutschlands,* KPD), cuya fuerza residía en las clases proletarias y subproletarias, que pasó del 10,3 al 13,1%, con más de 4,5 millones de electores. Pero el auténtico vencedor fue el partido de Hitler. Las urnas le dieron un resultado inesperado de casi 6,5 millones de votos, correspondientes al 18,3% y a 107 escaños en el Parlamento. El NSDAP se convirtió en el segundo partido del Reich, con capacidad para influir en la evolución política.

El movimiento hitleriano presentaba un programa ideológico genérico, pero lleno de consignas cargadas a su vez de promesas: la condena del *statu quo,* y el inmediato advenimiento del «Tercer Reich», una nueva «Edad de Oro» para el pueblo alemán y la recuperación de valores nacionales y unificadores por encima de los conflictos de clase, aparte del magnético atractivo del *Führer*. Era un programa atractivo, sobre todo teniendo en cuenta la crisis de los partidos tradicionales.

El Partido Socialdemócrata y el Centro, que habían sostenido la República parlamentaria, soportaban ahora la amplia condena de esa forma

constitucional y no parecían capaces de lograr consenso alguno en sus respectivos electorados: la clase obrera y el mundo católico. Los partidos democráticos burgueses, con una base social elitista, eran incapaces por definición de conquistar la simpatía de las masas; y otro tanto puede decirse del Partido Nacional del Pueblo, de Alfred Hugenberg (ultranacionalista y propietario de un imperio mediático de periódicos y salas de cine), que intentaba imitar en su movimiento el estilo de los camisas pardas de Hitler.

Los beneficiarios de la enorme incertidumbre de la situación y de la pérdida de legitimidad de los partidos tradicionales fueron las dos organizaciones extremistas y «antisistema», porque en ellas se polarizaron al mismo tiempo el descontento y las expectativas. Pero, mientras que la ideología y la política de los comunistas tenían limitado su espacio potencial de adhesión, el Partido Nacionalsocialista podía difundir sus consignas de un modo transversal.

Los estudios de los flujos electorales de la fase final de Weimar, realizados para conocer el consenso conquistado por el nacionalsocialismo a partir de septiembre de 1930, subrayan la importancia del voto de los jóvenes y de los que votaban por primera vez. Comparando los datos electorales con las estadísticas socioeconómicas, se constata que desde finales de 1930, y de un modo aún más evidente dos años después, el NSDAP consiguió votos en todos los estratos de la población, desde las clases altas y medias hasta la clase obrera, si bien la mayor concentración de su voto se produjo en las zonas rurales o de la pequeña industria y en el artesanado del norte, en especial entre los protestantes. En 1930 el mundo católico era impermeable al éxito nacionalsocialista, y así continuó después. El NSDAP arrancó votos sobre todo a los conservadores de Hugenberg, pero también a los partidos de centro y al variado universo de pequeños partidos antisistema, los llamados *splinter parties* («fracciones de partido»). Así pues, adoptaba la forma de un partido capaz de engullir de todo, un *Volkspartei* en condiciones de despertar simpatías en todos los ambientes sociales, por encima de las generaciones y de las diferencias de sexo.

¿Por qué tanto éxito? ¿Por qué, entre tantos partidos contestatarios, fue el NSDAP el que se benefició de la crisis? La respuesta es muy compleja. Si nos fijamos en los partidos antisistema que se presentaron a las

elecciones, descubrimos su carácter sectorial: eran partidos regionales o concentraban su interés en un ámbito concreto de la sociedad; por ejemplo, el *Landbund* se interesaba solo por el campo, y el *Deutsch-Hannoversche Partei* actuaba en una sola región. En cambio, el NSDAP se hizo portador de un mensaje global de soluciones a los problemas del presente dirigido a todos los sectores de la sociedad y, al mismo tiempo, atento en concreto a cada uno de ellos. La solución milenarista de los problemas del presente (que a posteriori puede parecer vaga y ambigua) se basaba en una concepción radical: rechazar de plano el presente, *das System,* y, en el futuro, solucionar todos los problemas en el marco de un Tercer Reich que se hallaba a las puertas. Alrededor de este eje fundamental se difundían mensajes sectoriales dirigidos a distintos ámbitos sociales. Veamos algún ejemplo.

Se exaltaba al artesanado y al pequeño comercio, al tiempo que se condenaba su degeneración a causa de la producción industrial en serie y de la gran distribución, consideradas ambas negadoras de lo alemán y propias del genio judío, contaminante y destructor. Los campesinos estaban mejor considerados que nadie, por ser el «manantial de la sangre germana». La nostalgia de los «buenos tiempos de antaño» y la condena de la modernidad chocaban con el interés que demostraba el articulado aparato de propaganda nacionalsocialista hacia los obreros, a los que dirigía palabras de admiración por ser el pilar que sostenía la nación. Según Robert Ley, uno de los responsables de la propaganda dirigida a la clase obrera, en el Tercer Reich nacionalsocialista los obreros vivirían como los lores ingleses. Al mismo tiempo, el partido se encargaba de reafirmar delante de sus interlocutores de la clase empresarial su esencia antisocialista y antirrevolucionaria, y prometía poner freno a la conflictividad obrera. En resumen, según las palabras del historiador Dietrich Orlow, el elector de 1930 «esperaba que el NSDAP le garantizara un futuro con mejores condiciones materiales»[29].

Era un mensaje poliédrico, lleno de matices, pero también contradictorio en sus distintas partes. Sin embargo, sus contradicciones o no sobresalían o no se advirtieron entonces. Predominaba el elemento unificador.

Aquí deberíamos tener en cuenta otros dos factores esenciales del éxito nacionalsocialista: además del mensaje, era fundamental el aparato de los militantes que lo sostenían; y aún más importante, la figura carismática del *Führer*.

En cuanto al primero, el NSDAP, que en aquellos meses aumentó el número de sus miembros (de unas cuantas decenas de miles pasó a 130.000), se presentaba como un partido bien organizado, formado por militantes mayoritariamente jóvenes y entregados a la causa. El aparato del partido, con sus oradores y sus camisas pardas, actuó de un modo infatigable en la campaña. El NSDAP era capaz de organizar un número de actuaciones públicas (ya fueran marchas, mítines o ataques a los adversarios políticos) superior al de todos los demás partidos juntos[30]. La cantidad de iniciativas sobre el terreno, su extensión y las sensaciones positivas que despertaba el entusiasmo de los jóvenes militantes vestidos con la camisa parda determinaron la superioridad del NSDAP sobre partidos conservadores como el DNVP, que funcionaban aún con el antiguo modelo de las bolsas electorales. La incesante militancia del partido llevó a las urnas tanto a los electores nuevos como a los que habían dejado de votar por cansancio y desconfianza.

Finalmente, Hitler. Su imagen fue una sabia creación de Joseph Goebbels, el responsable de la propaganda. La opinión pública alemana buscaba un político carismático, capaz de igualar a Bismarck[31]; el propio Guillermo II había tratado en vano de proponerse como digno sucesor del canciller. Hitler se presentó al público como un hombre capaz de entrar en simbiosis con el pueblo, gracias entre otras cosas a su experiencia vital, ya idealizada en *Mein Kampf:* un individuo que partiendo de unas condiciones ínfimas había sido capaz de levantarse y de ser el artífice de su destino. Era la encarnación misma del Tercer Reich futuro[32], con el que se superarían los problemas del presente y se situaría a Alemania en el rango de gran potencia continental que merecía, y que los traidores de noviembre (1918) y la paz de Versalles le habían arrebatado injustamente. Un hombre cercano a la gente común, pero capaz de mirar lejos. Desde ese momento, Hitler se convirtió en el fiel de la balanza de la política alemana.

21. Ch. P. Kindleberger, *The World in Depression 1929-1939,* Harmondsworth, 1987, pp. 170 y ss.

22. D. Petzina, W. Abelshauser y A. Faust (eds.), *Sozialgeschichtliches Arbeitsbuch III,* Múnich, 1978, p. 408.

23. Ibíd., p. 119.

24. G. Mai, *La repubblica di Weimar,* Bolonia, 2011, p. 33.

25. Véase un interesante debate sobre la incidencia de la crisis económica en el destino de la República en I. Kershaw (ed.), *Weimar: Why Did German Democracy Fail?,* Londres, 1990.

26. G. Mai, *La repubblica di Weimar, cit.,* p. 85.

27. Ibíd., p. 130.

28. Remito a mi libro, *La politica agraria del nazionalsocialismo 1930-1939,* Milán, 1989, pp. 35 y ss.

29. D. Orlow, *The History of the Nazi Party, cit*., vol. I, p. 187.

30. Continúa siendo fundamental el estudio de W. S. Allen, *The Nazi Seizure of Power. The Experience of a Single German Town 1922-1945,* edición revisada, Harmondsworth, 1984; trad. it., *Come si diventa nazisti. Storia di una piccola città 1930-1933,* Turín, 1968.

31. Es fundamental el análisis de G. L. Mosse, *La nazionalizzazione delle masse. Simbolismo politico e movimenti di massa in Germania (1812-1933),* Bolonia, 1975.

32. J. Hermand, *Der alte Traum vom neuen Reich, Völkische Utopien und Nationalsozialismus,* Fráncfort, 1988.

4. Adhesión de las masas y cooptación en el vértice: Hitler canciller

El terremoto electoral de 1930 no enseñó mucho a los partidos republicanos, preocupados todos ellos por reconquistar su propio electorado. Tampoco acabaron de entender la amenaza subversiva que representaban la militancia apasionada del movimiento hitleriano ni las simpatías que despertaba entre la población. Hindenburg y Brüning siguieron adelante con la política de «sangre y lágrimas», que probablemente –como sostuvo el canciller en sus memorias, y como confirman los historiadores de la economía– habría logrado a medio plazo un resultado positivo y la salida de la crisis, pero que en aquel momento se percibía como un hecho injusto y provocaba fuertes tensiones sociales. En el Parlamento resultaba imposible encontrar una mayoría capaz de sostener el gobierno; quedaba, pues, expedita la vía de los gobiernos presidenciales. En más de una ocasión, Brüning intentó conseguir el apoyo externo de Hitler o al menos una disminución de su hostilidad hacia el gobierno. Pero el *Führer,* consciente de su fuerza, continuó reclamando obstinadamente el poder para sí y para su partido hasta enero de 1933.

La paradoja en la que estaba a punto de caer el sistema republicano se manifiesta en dos hechos sobre los que conviene detenerse. En abril de 1932 se celebraron elecciones presidenciales. Hindenburg había declarado varias veces su deseo de no volver a presentarse, pero acabó cediendo a las presiones de los partidos moderados y del SPD, que hicieron converger sus votos hacia el anciano mariscal, el cual, sin embargo, no reconoció la mayoría que lo sostenía. Hindenburg quería un voto de confianza personal desvinculado del sistema de partidos.

Por su parte, Hitler, después de dudarlo varias veces, decidió salir a escena. La campaña de abril de 1932, hábilmente orquestada por Goebbels, supuso el culmen de la exaltación del *Führer*. En las elecciones

presidenciales, el choque directo de las personalidades –Hitler, el «cabo bohemio», frente a Hindenburg, el aclamado héroe de guerra– era mucho más importante que en las parlamentarias o en las regionales. El primero hizo una campaña electoral de gran efecto; alquiló un avión comercial para trasladarse por todo el país, lo que le permitió celebrar hasta veinte mítines en una semana, como si poseyera el don de la ubicuidad. Perfeccionando cada día más este instrumento de propaganda política, en las elecciones del siguiente diciembre Hitler fue capaz de acudir a unas 70 ciudades en el plazo de 15 días, sirviéndose de un aparato muy novedoso, el Junkers Ju-52, cedido por la Lufthansa. La campaña presidencial, que se llamó «El *Führer* sobre Alemania», fue la primera en la que se empleó un medio aéreo. En la segunda vuelta, Hitler fue derrotado por Hindenburg, pero obtuvo más de 13 millones de votos, correspondientes al 37% del sufragio. Se ha calculado que consiguió atraer incluso el voto de electores comunistas. En todo caso, en comparación con su anciano rival, demostró un dinamismo extraordinario.

El segundo elemento degenerativo del sistema constitucional, que ha convencido a muchos estudiosos de que la República de Weimar había concluido ya con el nombramiento del primer gobierno presidencial de Brüning, es la importancia que adquirieron los pequeños círculos representantes de los industriales, banqueros y terratenientes del otro lado del Elba, quienes con mayor frecuencia se acercaban al anciano presidente –cada vez más débil– para influir en él.

Un caso típico fue Franz von Papen, noble de Westfalia y miembro de segunda fila del *Zentrum,* que desde 1931 se convirtió en su consejero más escuchado. Von Papen organizó contra Brüning la trama que le dio el puesto de canciller el 1 de junio de 1932, con un gobierno tan escasamente representativo que ha pasado a la historia como el «gobierno de los barones». Cuando se presentó en el Parlamento para obtener su confianza, se vio rechazado por 512 votos en contra frente a 42 favorables. A finales de 1932, volvemos a encontrar a este intrigante personaje organizando los acuerdos que habrían de llevar a Hitler al gobierno –a ser posible con un papel secundario como vicecanciller–, para aprovechar su influencia política y, al mismo tiempo, neutralizar su poder. Una trama ingenua, que

refleja tanto la degeneración del sistema democrático-republicano como la incapacidad para comprender la novedad que representaba el nacionalsocialismo.

Otro de los protagonistas de la trama fue el general Kurt von Schleicher, canciller durante poco más de un mes, del 2 de diciembre de 1932 al 30 de enero del año siguiente. Schleicher se mostraba convencido de que podía dividir el NSDAP al inducir a Strasser a una ruptura con Hitler, con el fin de formar un gobierno transversal que comprometiera a los socialistas, a los sindicatos y al ala izquierda del nacionalsocialismo. Fue así como una de las naciones más importantes de Europa asistió a la implosión de sus instituciones por culpa de una serie de complots que recuerdan más a las cortes del Antiguo Régimen.

Después de las elecciones de 1930, la táctica que siguió el NSDAP tomó cuatro vías paralelas, todas dirigidas a hacerse con el poder absoluto. Empleó el Parlamento como caja de resonancia de la propaganda más radical, aplicando la cínica máxima de Goebbels, según la cual lo bueno de ser parlamentario era que te garantizaba los billetes de tren gratuitos y la inmunidad jurídica.

En segundo lugar, durante aquellos meses el NSDAP se introdujo en todos los ámbitos de la sociedad alemana, con el objetivo de movilizarla al tiempo que la controlaba. A tal efecto crearon organizaciones específicas que se ocupaban del mundo de los campesinos, los obreros, la clase media, los profesores y las mujeres. Todas aquellas organizaciones de masas intentaron con éxito la conquista desde el interior de unas instituciones ya existentes y representativas de los grupos de interés. Por ejemplo: la principal organización de los agricultores, el *Reichslandbund,* apoyó a Hitler y no a Hindenburg, que era un *Junker,* en las elecciones presidenciales de 1932. Incluso antes de acceder al poder en Berlín, los nacionalsocialistas pudieron dominar amplios sectores de la sociedad, lo que iba a facilitarles las cosas cuando llegara la esperada *Machtergreifung* («toma del poder»). Musolini en su momento, no fue capaz de llevar a la práctica un proceso semejante, que recibió el nombre de *Gleichschaltung*[33].

En tercer lugar, Hitler –al igual que su modelo italiano– mantuvo siempre viva la opción de la violencia, para reforzar de ese modo el espíritu

militante de los camisas pardas y amenazar a las restantes fuerzas políticas. Las peleas y los enfrentamientos armados entre comunistas y nacionalsocialistas, que estaban a la orden del día, culminaron en el llamado «domingo de Altona», el 17 de julio de 1932, cuando un grupo de militantes comunistas recurrió a las armas de fuego para disolver una marcha de camisas pardas en el barrio obrero de Hamburgo[34]. Quedaron en el suelo 17 muertos.

Finalmente, Hitler inició un diálogo con las elites económicas. El asunto de los vínculos del nacionalsocialismo con el poder económico ha sido materia de un intenso debate hasta hace unos decenios[35]. Los historiadores marxistas, para ratificar la teoría de que el nacionalsocialismo fue el «agente» de los intereses de la alta burguesía empresarial, han buscado pruebas de la financiación privilegiada que habría recibido el NSDAP. En la realidad, los centros del poder económico alemán no mostraron una mayor preferencia por el partido de Hitler respecto a otros, y esto vale tanto desde el punto de vista de la financiación, que se distribuía a manos llenas, como desde la perspectiva de las opciones políticas. La mayoría de los exponentes de la gran industria no se fiaba de las palabras de Hitler sobre su respeto de los intereses capitalistas. Los estudiosos afirman que la mayor parte del sostén financiero del NSDAP a principios de la década de 1930 no procedía de las grandes empresas, sino de los pequeños y mediados industriales y comerciantes.

No obstante, la gran industria también fue sensible con el nuevo partido en ascenso. Algunos, probablemente a su pesar, sostuvieron a Hitler debido a la escasez de alternativas. Los gobiernos autoritarios que patrocinaba Hindenburg no podían contar con un firme apoyo de las masas, mientras que Hitler tenía arraigo en amplios sectores de la opinión pública. Por otra parte, no se cansaba de repetir que sus parrafadas anticapitalistas eran solo demagogia para ampliar las adhesiones. Por tanto, cabía esperar de él que conquistara simpatías con un programa político anticomunista y ferozmente nacionalista, poco peligroso para los intereses económicos dominantes. Por esa razón, y aunque llenos de desconfianza, algunos sectores del gran capital se acercaron a Hitler a principios de los años treinta[36].

Las mismas reticencias caracterizaron la actitud de los *Junker,* los grandes propietarios de tierras del otro lado del Elba, que, gracias a la protección de Hindenburg, habían vuelto a la escena política. Los *Junker* desconfiaban del igualitarismo que se desprendía de la propaganda con la que el Partido Nacionalsocialista se dirigía a los campesinos, en la que Richard Walther Darré, futuro ministro de Agricultura, exaltaba la función racial de los campesinos y condenaba el latifundio parasitario. El candidato ideal de los industriales era von Papen, mientras que los representantes de los intereses agrarios preferían un gobierno encabezado por el magnate de la prensa y líder de los nacionalpopulares, Alfred Hugenberg[37].

Hitler se daba cuenta de la importancia que tenía conseguir el apoyo de los grupos dirigentes tradicionales, tanto más en una situación política en la que, en última instancia, las decisiones dependían del poder del anciano presidente y de sus consejeros. Por tanto, jugó la baza de ratificar la plena aceptación del principio de la propiedad privada y a las leyes del capitalismo. Al mismo tiempo, sus duros ataques al sistema republicano y su exaltación del revanchismo nacionalista resultaban atractivos para los empresarios, a quienes también les gustaba la parte del programa hitleriano que se planteaba erradicar la ideología marxista y revolucionaria de la conciencia de los obreros. Veamos un párrafo del discurso que dio Hitler el 26 de enero de 1932 en el *Industrieklub* (Club de la Industria) de Düsseldorf ante un público cualificado:

> Sí, nosotros tenemos la firme decisión de erradicar el marxismo de Alemania hasta sus últimas ramificaciones [...] Si continuáramos por el camino actual, antes o después Alemania se hallaría inevitablemente inmersa en el caos bolchevique; ahora bien, para interrumpir ese camino hay que obligar a nuestro pueblo a que aprenda una férrea disciplina [...] O conseguimos forjar nuevamente un organismo nacional duro como el hierro a partir de este conglomerado de partidos, organizaciones, asociaciones, concepciones del mundo e ilusiones sobre las clases y los grupos sociales, o Alemania se hundirá definitivamente.

Estas seguridades casaban con su visión del mundo. Aunque el jefe del nacionalsocialismo abrigaba proyectos de transformación radical del *statu quo,* basados en su idea de que la sociedad burguesa –para él decrépita– sería incapaz de aguantar el despiadado darwinismo racial que estaba en la base de su *Weltanschauung,* esos proyectos pertenecían a un futuro aún

impreciso, mientras que la coyuntura del momento requería cautela y aceptación de los principios burgueses que él despreciaba. La actuación de Hitler buscaba el apoyo de la burguesía a su nombramiento como canciller, condición indispensable para la conquista del poder.

En un clima de empeoramiento de la situación económica y de incapacidad de los gobiernos presidenciales para afrontar la situación, el presidente –una vez expulsado el canciller Brüning– volvió a disolver el Parlamento y a convocar unas elecciones que se celebraron el 31 de julio de 1932. Hitler fue de nuevo el eje infatigable de la campaña electoral, con 53 mítines celebrados en pocas semanas.

El resultado se ha calificado de «vuelco sin precedentes del sistema alemán de partidos» mediante una «reorientación fundamental de la mitad del electorado en un periodo de tiempo muy breve»[38]. Las urnas dieron el rango de primer partido al NSDAP, con más de 13,5 millones de votos (37,4%), que correspondían a 230 escaños, contra los 133 de la socialdemocracia, desbancada de su papel de partido de mayoría relativa. La suma de los votos y de los escaños de los dos partidos de la izquierda era inferior al resultado del NSDAP, que había conquistado votos en todas las regiones, rurales o urbanas, entre las clases medias e incluso en algunos sectores de la clase obrera. La resistencia más significativa fue la de los electores de los distritos católicos de Baviera, Baden y Renania, fieles al partido confesional[39]. Conquistada la mayoría relativa, y conseguida para Göring la presidencia del nuevo Reichstag, la posición que adoptara Hitler se volvió decisiva. Por esa razón, algunos círculos conservadores le propusieron entrar en un gobierno de coalición con el rango de vicecanciller, una operación en la que hizo de mediador el ambicioso general Schleicher, que, rivalizando con von Papen, quiso representar el papel de *kingmaker*.

Hitler lo rechazó y pidió que el presidente le encargara a él la formación del nuevo gobierno, dado que el NSDAP contaba con el apoyo mayoritario de los alemanes. Pero no consiguió más que una seca negativa. A Hindenburg no le gustaba Hitler, a quien llamaba «el cabo bohemio». Hitler, por su parte, era demasiado orgulloso para aceptar el papel de cortesano.

Hitler rechazaba los compromisos porque sabía que su movimiento era un factor determinante de la situación. No obstante, se produjeron dos hechos que amenazaron con desmantelar la estrategia hitleriana. En las elecciones al Reichstag del 6 de noviembre, tras la enésima crisis de gobierno, el NSDAP sufrió por vez primera un retroceso: con una caída total de los votantes del 4%, perdió casi 2 millones de votos (4,3%) y 34 escaños (196 frente a los 230 anteriores). Una pérdida en sí misma no decisiva, porque no afectó a la posición de mayoría relativa en el Parlamento conseguida tres meses antes, pero que causó una impresión psicológica notable en la opinión pública, habituada a ver un ganador en el partido de Hitler.

La segunda novedad fueron los primeros signos de recuperación de la crisis económica, gracias a las rígidas políticas deflacionarias del canciller Brüning y a la evolución económica internacional. Los historiadores sostienen que la pérdida de votos se debió al cansancio producido por una tensión que duraba ya dos años. Dado que el apoyo al nacionalsocialismo se debía en buena parte a motivos sentimentales, el partido sufrió de un modo especial el relajamiento de la tensión. Schleicher, el nuevo primer ministro, contaba con una crisis interna del nacionalsocialismo e intentó formar una alianza que incluía a los sindicatos socialdemócratas y al ala «izquierdista» del NSDAP.

Las semanas que van de los primeros días de diciembre de 1932 –cuando Schleicher formó el nuevo gobierno– al 30 de enero de 1933 –cuando Hindenburg decidió nombrar primer ministro al «cabo bohemio»– pueden leerse como un relato de intriga. Schleicher intentó provocar una escisión en el seno del NSDAP al hablar con Strasser, el responsable del aparato organizador del partido, para proponerle participar en un gobierno con un programa de reformas sociales. Pero Strasser, bloqueado por el carisma de Hitler, pese a saber que contaba con un cierto número de apoyos, se negó a romper con el líder, dimitió de sus cargos políticos y se tomó unas largas vacaciones[40]. Más tarde sería expulsado del partido acusado de traidor. Por su parte, von Papen elaboró una tupida trama conspiratoria, encaminada, por un lado, a convencer a Hindenburg para que superara sus prejuicios, y por otro, a que Hitler aceptara entrar en un gobierno de coalición.

Todavía no están claras las razones que llevaron a Hitler a rebajar su obstinación. En unas conversaciones mantenidas durante la guerra, reconstruyó la situación desde su punto de vista y sostuvo que en aquella ocasión aceptó negociar porque «daba un gran valor al respeto de la legalidad», aunque inmediatamente después explicó que su aceptación del método legal era instrumental.

> Solo la legalidad de su nombramiento de canciller le evitaría el riesgo de postergar todo el trabajo de reconstrucción para luchar contra una oposición formada por el resto de las fuerzas políticas. Además, ante la eventualidad de un golpe de Estado, habría tenido que vérselas con la *Reichswehr,* que podía constituir una amenaza constante para el nuevo gobierno.

Una vez más se demuestra que la llegada al poder del nacionalsocialismo no fue inevitable, sino que dependió de numerosas decisiones, individuales o no, que bien habrían podido ser otras.

De cualquier forma, en la mañana del 30 de enero de 1933 el anciano presidente recibió a Hitler y le nombró canciller de un gobierno de coalición al que pertenecían algunos exponentes del mundo conservador. Von Papen, convencido de haberlo «enjaulado», estaba satisfecho. Para el partido de Hitler se abrían las puertas del poder. Muchos observadores creyeron que el verdadero hombre fuerte del nuevo gobierno sería Hugenberg, el millonario magnate de la prensa que fue ministro de Agricultura solamente unos meses. Pero faltaba poco para que desapareciera de la escena política. En la nueva plantilla ministerial, aparte de Hitler, había solo dos nacionalsocialistas, pero estaban situados en puestos decisivos: Wilhelm Frick era ministro del Interior, y Göring era ministro sin cartera responsable del Interior en Prusia, que, además de ser la región más importante del Estado federal, era desde siempre un bastión de la izquierda. Desde su puesto, Göring controlaba a la policía alemana con mayor poder.

---

33. Término de difícil traducción, que literalmente significa «puesta en sintonía». Para este proceso continúa siendo fundamental el extenso estudio de K. D. Bracher, *Stufen der Machtergreifung,* Colonia-Opladen, 1960.

34. D. Schumann, *Politische Gewalt in der Weimarer Republik 1918-1933,* Essen, 2001.

35. Cfr. H. A. Turner, *German Big Business and the Rise of Hitler,* Nueva York-Oxford, 1985.

36. R. Neebe, *Grossindustrie, Staat und NSDAP 1930-1933,* Gotinga, 1981.

37. J. A. Leopold, *Alfred Hugenberg. The Radical Nationalist Campaign against the Weimar Republic,* New Haven (Connecticut)-Londres, 1977.

38. J. W. Falter, *Hitlers Wähler,* Múnich, 1991, p. 120.

39. Los estudios de la sociología electoral del NSDAP se concluyeron hace tiempo, pues, dada la documentación disponible, se han alcanzado los límites de conocimiento posible. Existe un reciente análisis empírico con resultados de este tipo, que subraya las decisiones racionales motivadas por intereses económico-sociales (o percibidos como tales). W. Brustein, *The Logic of Evil. The Social Origins of the Nazi Party, 1925-1933,* New Haven (Conn.)-Londres, 1996.

40. P. D. Stachura, *Gregor Strasser and the Rise of Nazism,* Londres, 1983, pp. 103 y ss.

5. La construcción de la dictadura (1933-1934)

El proceso que condujo a la dictadura fascista en Italia fue accidentado, debido sobre todo a la conservación del marco institucional (la monarquía), que Mussolini y el fascismo no consiguieron eliminar. Es elocuente el último acto del régimen, que tuvo lugar el 24 de julio de 1943, cuando el Gran Consejo Fascista –órgano de un partido «constitucionalizado» por ley de 9 de diciembre de 1928– retiró su confianza a Benito Mussolini. Al día siguiente, el rey le destituyó siguiendo una práctica afianzada por el Estatuto Albertino. Fue este elemento contextual el que hizo que, entre 1925 y 1928-1929, Mussolini solo lograra que dos sectores del Parlamento aprobaran una serie de leyes denominadas «fascistísimas», que afectaban a varios aspectos esenciales del marco institucional: el papel del primer ministro dentro del Gobierno, la eliminación de todos aquellos espacios democráticos en los que podía expresarse la voluntad popular (en el ámbito nacional y en el local) y la relación del primer ministro con el monarca. Este proceso duró 6-7 años[41].

Por el contrario, en Alemania, la llamada *Machtergreifung* concluyó un proceso mucho más rápido en el plazo de un solo año. El elemento que obstaculizaba la expansión del régimen no fue tanto la Constitución –vaciada por medio de unos cuantos decretos urgentes por la vía del ya citado artículo 48–, cuanto la figura del presidente Hindenburg. Su muerte, acaecida el 2 de agosto de 1934, a los 87 años, allanó el camino a Hitler. Además, mientras que en Italia se actuó por la vía legislativa, en Alemania se procedió mediante decretos que dieron plenos poderes a Hitler. No obstante, y pese a las notables diferencias que existieron entre los dos casos, tanto en Italia como en Alemania hubo alianzas con los partidos conservadores y con importantes sectores de las clases dirigentes[42]. Aliados que, atraídos por intereses materiales y por la expectativa de contar con un Estado fuerte –especialmente para plantar cara a la clase obrera–,

sostuvieron en ambos casos a los nuevos regímenes dictatoriales sin darse cuenta de su carácter subversivo.

Amplios sectores de la intelectualidad y del mundo académico y estudiantil alemán, fuertemente motivados, expresaron su apoyo a los nazis. Heidegger, Carl Smith, Richard Strauss o el gran actor Gustav Gründgens, por ejemplo, esperaban que el nuevo gobierno nacional recuperara los valores germánicos y terminara con la nefasta herencia del liberalismo y la democracia. Pero un líder carismático capaz de crear una fuerte movimiento de militantes y de conquistar millones de votos no podía sustituirse con facilidad. Goebbels había escrito en su diario con toda claridad que, una vez en el poder, el nacionalsocialismo no pensaba cedérselo a nadie.

El nombramiento de Hitler como canciller, considerado por muchos una especie de «milagro» inesperado, dio a sus secuaces la posibilidad de desfogar la tensión acumulada. Los historiadores hablan de una toma del poder. El término es impropio. A Hitler le cooptaron en un gobierno de coalición con el objetivo de anular los efectos deletéreos de su dinamismo y de las simpatías que despertaba. La toma del poder efectiva se produjo en los meses siguientes a través de una serie de disposiciones legislativas y administrativas que le permitieron salirse del marco institucional de la República. Además, los nacionalsocialistas consiguieron controlar numerosas asociaciones diseminadas por todo el territorio (culturales, recreativas, económicas y sindicales) y acabar con los sindicatos y con el sistema de partidos mediante un proceso de «nivelación» que acalló todas las voces críticas.

En un primer momento, la alianza con los conservadores funcionó bien, entre otros motivos porque el nuevo canciller pareció a sus interlocutores «tranquilo y amable», como dejó escrito el ministro de Economía, Lutz Graf Schwerin von Krosigk. Por su parte, Hitler se consideraba el elemento más fuerte de esta espuria alianza. El momento culminante llegó con la llamada «Jornada de Potsdam», el 21 de marzo de 1933, coincidiendo con la reapertura del Parlamento tras las elecciones del 5 de marzo, en las que el voto se vio condicionado por el incendio intencionado del Reichstag durante la noche del 27 al 28 de febrero. A pesar de la campaña de terror que llevaron a cabo los camisas pardas, las elecciones, que se celebraron

una semana después, no dieron a Hitler la esperada mayoría absoluta. El NSDAP obtuvo «solo» el 43,9% de los votos. Los mayores partidos de izquierdas (socialdemócratas y comunistas) tuvieron un resultado conjunto del 30,5% y el *Zentrum* conservó un 11,5%.

Bajo la dirección de Goebbels, se organizó una ceremonia solemne en la *Garnisonkirche* (Iglesia de la Guarnición) de Potsdam, la ciudad símbolo del prusianismo. Allí estaba enterrado el cuerpo de Federico el Grande y allí, el 21 de marzo de 1871, había inaugurado Bismarck el primer Reichstag. Con aquella densa trama de recuerdos históricos, los nacionalsocialistas pretendían mostrar su respeto por la continuidad. Del mismo tenor fue el discurso de Hitler, ataviado con un elegante traje negro de etiqueta. En aquel día solemne fueron muchos los que quisieron ver confirmadas sus esperanzas de que el inexperto Hitler se involucrara en las reglas del juego establecidas por los conservadores, con la garantía del presidente Hindenburg.

La «Jornada de Potsdam» estuvo precedida por varios acontecimientos decisivos, entre ellos el ya citado incendio del Parlamento en la noche del 27 de febrero, cuya autoría ha provocado un debate historiográfico tan apasionado como poco fundamentado en pruebas documentales. En resumen, parece imposible de demostrar, como muchos han sostenido, que fuera voluntad de los jefes del nacionalsocialismo; incluso es posible que su ejecutor material fuera de verdad el comunista holandés Marinus van der Lubbe, detenido en flagrante y que se declaró culpable. Hitler y sus colaboradores más estrechos, Göring y Goebbels, estaban sinceramente convencidos de la inminencia de un golpe de Estado comunista. Así lo declaró Göring en la radio:

> Créanme, si nosotros no hubiéramos intervenido con férrea energía esa misma noche, si no hubiéramos empleado al mismo tiempo todos los instrumentos a disposición del Estado [...] hoy estaríamos hablando de otros incendios y otros atentados. A pesar de todo, estoy convencido de que el peligro no ha pasado por completo[43].

A la mañana siguiente, Hitler hizo firmar al presidente Hindenburg un decreto «para proteger al pueblo y al Estado». El decreto, que introducía el estado de excepción, asignaba al jefe del Gobierno poderes discrecionales para suspender las libertades civiles y las garantías recogidas en la

Constitución. También quedaba anulada la autonomía de los *Länder*. Fue de esta manera, sin necesidad de derogarla, como «metieron en naftalina» la Constitución de Weimar y la sustituyeron por un sistema de decretos extraordinarios que asignaba un poder enorme al Gobierno.

Se reprimieron duramente todas las formas de oposición política mediante la práctica de la prisión preventiva llamada *Schutzhaft* –«arresto para la protección» del Estado y de la colectividad–, que podía llevar a cabo la policía. Durante los meses siguientes se encarceló, mediante procedimientos policiales que no necesitaban de ninguna formalidad, a decenas de miles de adversarios políticos (sobre todo socialistas y comunistas); el 22 de marzo, en Dachau, cerca de Múnich, se inauguró el primer campo de concentración. Además, comenzó la creación de un sistema de represión y de control que se basaba en las *Schutzstaffeln* («escuadras de protección», SS), dirigidas por Heinrich Himmler. Gracias al control absoluto de los órganos policiales, que conseguiría en pocos años, Himmler dispuso de un instrumento eficaz para reprimir cualquier tipo de divergencia. Los miembros de los disueltos partidos de oposición (comunistas, socialistas y católicos del Centro), así como los llamados individuos «asociales» –los reacios a trabajar, los homosexuales, los Testigos de Jehová o los gitanos[44]–, cayeron en las garras del aparato del terror.

El 23 de marzo Hitler solicitó al Parlamento la aprobación de una ley que le asignara plenos poderes. «Sería contradictorio con el espíritu de la rebelión nacional e ineficaz para alcanzar el fin previsto que el gobierno tuviera que mercadear la aprobación del Reichstag cada vez que necesitara tomar medidas», sostuvo en sede parlamentaria. Ante la perspectiva de alcanzar un concordato que garantizara la presencia de las instituciones católicas, el *Zentrum* le dio los votos que necesitaba, igual que hicieron los partidos conservadores, ya reducidos al mínimo. Una de las primeras y más asombrosas medidas del nuevo gobierno en materia de política exterior fue la firma, el 20 de julio siguiente, del Concordato con la Santa Sede, cuyas negociaciones supervisó von Papen[45].

El hecho de que la ley de plenos poderes tuviera un valor temporal limitado, que obligaba a confirmarla cada cuatro años, no impide que pueda

considerarse la piedra angular de la dictadura. Finalmente, en 1943 Hitler la declaró «perpetua», lo que resolvió de golpe el problema formal.

Otras medidas tomadas más tarde redujeron la autonomía de los *Länder* y «alinearon» los gobiernos locales. El NSDAP estaba presente en todas las regiones, al margen de las mayorías de los parlamentos regionales. Recuérdese que Prusia, el bastión «rojo», ya estaba neutralizada por el gobierno de von Papen, que la había «intervenido» en julio de 1932. Una ley posterior del 14 de julio de 1933 establecía: «En Alemania existe un solo partido político, el partido nacionalsocialista alemán de los trabajadores». Una semana antes, el *Zentrum,* último de los partidos aún activos, había decidido disolverse.

La oposición, los dos partidos de izquierda y los sindicatos no supieron reaccionar y renunciaron a la única arma que probablemente les quedaba: la huelga general. Ya entonces (y en la historiografía posterior) se multiplicaron las críticas contra su pasividad. Con todo, hay que tener en cuenta la represión (después del incendio del Reichstag, se ilegalizó y se persiguió al KPD), la enorme sensación de desconfianza y también el deseo, más o menos consciente, de no provocar más tensiones en un cuerpo social ya profundamente agitado. Conviene recordar también que, lo mismo que Mussolini diez años antes, Hitler presentó el suyo como un gobierno de renacimiento nacional que daría prioridad al interés general. Como declaró el canciller: «Este será un programa de resurrección nacional en todos los aspectos de la vida». Por ejemplo, las duras intervenciones represivas contra los intereses de los sindicatos –que vieron cerradas sus sedes e incautado su patrimonio por el Frente del Trabajo Nacionalsocialista, fundado el 10 de mayo y dirigido por Robert Ley (conocido alcohólico y uno de los miembros más impresentables de la vieja guardia nacionalsocialista)[46]– comenzaron en los días posteriores al 1.º de mayo, proclamado «fiesta nacional del trabajo», en la que las representaciones sindicales desfilaron mezcladas con los gallardetes de la cruz gamada.

El final de la rápida transformación institucional se produjo, como ya se ha dicho, tras el fallecimiento de Hindenburg. El día anterior, el gobierno había aprobado una ley que unificaba los dos cargos, presidente y canciller, e introducía la denominación de *Führer und Reichskanzler* («jefe supremo y

canciller del Reich»). Se ratificaba así la superación de la Constitución republicana y se subrayaba el poder carismático del líder. A los pocos días, la ley quedó sancionada por un plebiscito en el que acudió a las urnas algo menos del 85% del electorado. El 89,9% de los votantes voto «sí», aunque hubo bolsas de abstención y de voto negativo en los principales centros urbanos.

La etapa concluyente de este proceso de transformación fue posible por el acuerdo con el único cuerpo que, por su fuerza, habría podido oponerse: el Ejército[47]. Después de la derrota de 1918 –de la que se absolvió a sí mismo– y de la merma impuesta por los vencedores, el Ejército adoptó una posición de abstencionismo político que debilitó la República. La subida al poder del nacionalsocialismo, con su programa militarista y revanchista, despertó simpatías sobre todo entre los oficiales jóvenes, pero hasta enero de 1933 las cúpulas militares mantuvieron una posición de indiferencia aparente. El 3 de febrero, a los pocos días de su nombramiento como canciller, Hitler se reunió con un grupo de altos oficiales a los que prometió ejercer una política dirigida a inspirar en la juventud un renovado espíritu de combate, a luchar contra las corrientes pacifistas, a dejar sin efecto las decisiones de Versalles y a reconstruir el Ejército reintroduciendo la leva obligatoria, con el fin de devolver a Alemania su categoría de gran potencia. Según Hitler, la *Wehrmacht* era la institución «más importante y más socialista del Estado», y debía mantenerse por encima de los partidos. Finalmente, afirmó que no pretendía seguir el ejemplo italiano y que, por tanto, era contrario a la mezcla del Ejército con las SA, cosa que Mussolini había llevado a cabo en 1923 al crear la Milicia Voluntaria para la Seguridad Nacional, con la idea de contentar a las escuadras fascistas. Según el canciller: «El futuro de Alemania depende solo y exclusivamente de la reconstrucción de las fuerzas armadas».

Sin embargo, este punto levantó la polémica en el seno del propio movimiento nacionalsocialista. Los camisas pardas llevaban años luchando abnegadamente, y una vez en el poder, esperaban recompensas: puestos de trabajo seguros y una elevación de su estatus en la futura sociedad nacionalsocialista. Pero después de la anhelada toma del poder, las SA, expresión del alma «popular» del movimiento, sufrieron una serie de

desilusiones. En ese momento sumaban unos 450.000 militantes. La tensión entre el partido y su milicia se remontaba a la primera fase de la subida al poder; ya desde finales de 1930 y principios de 1931, las SA, dirigidas por Walter Stennes, habían mostrado su malestar por las tácticas de Hitler y por la corrupción extendida entre los llamados *bonzos,* los cuadros del partido, que se quedaban en sus despachos mientras los camisas pardas se batían por las calles. No obstante, el *Führer* consiguió imponerse reconociendo el papel insustituible de las SA y tocando una vez más la tecla de la fidelidad a su persona. Tampoco se olvidó de aumentar el sueldo a sus miembros. Luego sustituyó a Stennes por Ernst Röhm, viejo amigo y protector en los tiempos de Múnich, que tuvo que volver de un país de América del Sur, adonde había emigrado en busca de fortuna.

De 1933 a 1934 la crisis se agudizó de nuevo, ya que la dirección de los camisas pardas presionaba para llevar a la práctica un programa subversivo. En aquellas circunstancias, Hitler estaba convencido de no controlar lo suficiente el aparato estatal y de que, por tanto, necesitaba a los grupos dirigentes tradicionales, entre ellos, las fuerzas armadas. Las SA, dirigidas por Röhm, deseaban que la revolución en la cima de la política se reflejara a escala social y que, de paso, ofreciera posibilidades de progreso a sus miembros. Una parte muy notable de los camisas pardas se había reclutado en los sectores más débiles de la clase obrera, y por tanto su potencial revolucionario era grande[48]. Dentro de aquella «revolución» ambicionaban ocupar el puesto de las fuerzas armadas y convertirse en el núcleo fundador de un «Ejército del pueblo». El canciller no podía dejar de lado la presión que ejercían los radicales, como ya se había visto con ocasión del boicot a las empresas y comercios judíos el 1 de abril de 1933. Aunque la respuesta de la opinión pública fue inferior a lo esperado, los camisas pardas creían haber salido reforzados de aquella acción. Cierta vez, hablando con sus colaboradores, Röhm había afirmado que las SA alcanzarían sus objetivos con Hitler o sin él.

El plan para neutralizar el peligro que representaban los belicosos planes de Röhm se elaboró sin la intervención directa de Hitler, pero con su aprobación, en cuanto le llegaron rumores de un inexistente golpe de Estado: recuérdese que entre ambos había algo parecido al respeto

recíproco. El Ejército le ofreció armas y medios de transporte. Todavía hoy no sabemos si en tan delicado trance alguien engañó a Hitler con informes falsos o si fue él mismo quien contribuyó a crear el clima de tensión. En cualquier caso, convencido de que Röhm y las SA estaban tramando algo contra él, Hitler se puso a la cabeza del comando que irrumpió en el cuartel general de las SA y ordenó el arresto de Röhm, que había sido su primer protector político. El ajuste de cuentas, brutal y sangriento, que se llevó a cabo durante los días siguientes se conoce con el nombre de «Noche de los cuchillos largos». Hubo 200 víctimas, entre ellos Strasser y el general Schleicher, con los que Hitler tenía cuentas pendientes, aunque no pertenecían a los camisas pardas.

El 13 de julio Hitler se presentó en el Parlamento ante una opinión pública confundida con un discurso radical, en el que reiteró que su poder de decisión no conocía limitación alguna:

> Las sublevaciones siempre se han sofocado con leyes férreas, eternamente iguales. Si alguien pretende reprocharme que no hayamos convocado a los tribunales normales para que emitan un veredicto, yo solo podría replicar que en aquella hora yo era responsable del destino de la nación alemana y, por tanto, juez supremo del pueblo alemán [...] Todo el mundo debe saber, ahora y para siempre, que a quien se atreva a levantar la mano contra el Estado le espera una muerte segura.

El discurso despertó grandes simpatías, y la cúpula de las fuerzas armadas vio desaparecer con satisfacción a un peligroso rival. La dirección de Acción Católica no abrió la boca para censurar el asesinato de su presidente, Erich Klausener, y el vicecanciller von Papen tampoco lamentó la muerte de su consejero Edgar Jung. En términos generales, parece que en aquella dramática circunstancia Hitler se benefició de la confianza que depositó en él una gran parte de la población alemana durante los años anteriores para que atajara los conflictos intestinos en nombre de la unidad y de la «reconciliación de todos los alemanes»[49].

Hitler descubrió algo decisivo para su futuro: abandonó al ala radical del movimiento y se alió con el Ejército, el pilar que sostenía el *statu quo.* Para justificar su actuación, adujo el comportamiento inmoral de Röhm y de otros dirigentes de las SA, que eran homosexuales, cosa que él conocía

desde mucho tiempo antes, pero subrayarlo en aquel momento le sirvió también para satisfacer su propio deseo de normalidad.

El precio que pagó Hitler en vidas humanas y negación de una parte de su propia experiencia política se vio recompensado. Desde ese momento, la cúpula militar estrechó sus lazos con el canciller. Por iniciativa del ministro del Ejército, general Werner von Blomberg, al día siguiente de la muerte del presidente Hindenburg las fuerzas armadas prestaron juramento de «obediencia incondicional al *Führer* del Reich y del pueblo, Adolf Hitler, comandante supremo del Ejército». Al juramento se añadió la ya citada ley que unía en Hitler el cargo de presidente con el de canciller.

Se completaba así la fase de transición del antiguo régimen al nuevo, con el *Führer* a la cabeza. Y no solo eso: el discurso del 13 de julio y la propaganda orquestada por Goebbels sobre la amenaza que habían representado las SA produjeron, según informes policiales, un aumento de la adhesión popular a la persona de Hitler. El congreso anual del partido, celebrado unos meses después en Núremberg, dio lugar a una película documental de notable factura, encargada a la joven directora Leni Riefenstahl. El documental, titulado *Der Triumph des Willens (El triunfo de la voluntad),* demuestra que la figura carismática del *Führer* no solo era esencial para el movimiento nacionalsocialista, sino también para el pueblo alemán.

---

41. A. Acquarone, *L'organizzazione dello stato autoritario,* Turín, 1965, y S. Cassese, *Lo stato fascista,* Bolonia, 2010.

42. Cfr. la introducción de M. Blinkhorn a su antología, *Fascists and Conservatives. The Radical Right and the Establishment in Twentieth century Europe,* Londres, 1990.

43. Cit. en W. Hofer, *Il nazionalsocialismo. Documenti 1933-1945,* Milán, 1969, p. 43.

44. N. Wachsmann, *Le prigioni di Hitler. Il sistema carcerario del Terzo Reich,* Milán, 2007. Para una comparación con el confinamiento policial empleado por el fascismo italiano con los mismos fines, cfr. C. Poesio, *Il confino fascista. L'arma silenziosa del regime,* Roma, 2011.

45. S. Trinchese, *Il cavaliere tedesco. La Germania antimoderna di Franz von Papen,* Roma, 2000.

46. R. N. Smelser, *Robert Ley. Hitler's Labor Front Leader,* Oxford, 1968.

47. Es fundamental la amplia perspectiva en el tiempo de G. Craig, *The Politics of the Prussian Army 1640-1945,* Londres, 1960.

48. C. Fisher, *Stormtroopers. A Social, Economic and Ideological Analysis 1929-1935,* Londres, 1983, pp. 206 y ss.

49. P. Fritzsche, *Vita e morte nel Terzo Reich,* Roma-Bari, 2010, p. 39.

6. El Estado de Hitler

¿El régimen dictatorial establecido en el verano de 1934 giraba alrededor de un único eje central que era, además, el motor de todo, o se trataba quizá –por mantener la metáfora astronómica– de una serie de sistemas solares independientes entre sí, cuyo movimiento global estaba regulado por un sistema central? Cabe también una tercera interpretación: la coexistencia de sistemas solares carentes por completo de una lógica de funcionamiento general, que se movían conforme a modalidades propias, con frecuencia centrífugas. Existe incluso la opinión extrema de que Hitler fue un dictador débil en manos de los centros de poder que él mismo había creado[50]. Se trata de una opinión minoritaria en la historiografía que, no obstante, resurge de vez en cuando.

Los historiadores tampoco se ponen de acuerdo en otra cuestión: ¿funcionaba el régimen según las «intenciones» expresadas por Hitler o por un restringido número de seguidores suyos? O también, ¿los actos de los distintos jerarcas reflejaban las «funciones» que desempeñaban dentro del sistema? Esta segunda interpretación –llamada «funcionalista» por oposición a la primera, «intencionalista» o «hitlercéntrica»– apareció en los años setenta, igual que las interpretaciones que destacan la pluralidad de los centros de decisión del Reich.

Hasta los años sesenta predominó la idea de un régimen dominado por Hitler, motor de todos sus actos, que actuaba para llevar a la práctica un programa político elaborado desde principios de los años veinte[51]. Pero recientemente los historiadores han abandonado el terreno del «hitlerismo» para aventurarse por otro más complejo, el de interpretaciones que podríamos denominar «policéntricas» o «policráticas», según las cuales Hitler, pese a tener un poder enorme en sectores específicos, al no conseguir o no querer imponerse en todos, habría actuado conforme a la ley del *divide et impera*. Según esto, habría consolidado su hegemonía valiéndose de su

habilidad para arbitrar los conflictos de poder que surgieron entre los distintos jerarcas. Por el contrario, si hacemos caso de otras opiniones, no habría sido más que un *primus inter pares* capaz de imponer sus puntos de vista solo en determinadas circunstancias, puesto que él mismo se veía envuelto en las luchas por el poder[52].

En su biografía de Hitler, Ian Kershaw plantea una nueva hipótesis interpretativa que permite superar la dicotomía entre los sostenedores de las tesis del dictador «débil» y del dictador «omnipotente». Según Kershaw, el sistema político e institucional creado en Alemania –caracterizado por una caótica superposición de organismos decisionales, de partido y de Estado– habría generado la tendencia a «trabajar en la dirección del *Führer*»; sus deseos, expresados con frecuencia de un modo poco definido, habrían estado precedidos y amplificados por la voluntad de secundarle que tenían los suyos. Y esto habría contribuido a reforzar el atroz darwinismo social predominante en el Tercer Reich[53].

Las contradictorias interpretaciones historiográficas –y el cúmulo prácticamente inabarcable de estudios y de material documental existente– dificultan la síntesis. Existen, sin embargo, algunos datos objetivos. En primer lugar, Hitler no se sentía inclinado a establecer con claridad las características del régimen que había fundado. Por ese motivo, se negó a llevar a cabo la reforma constitucional que más de una vez le propuso Wilhelm Frick, el ministro del Interior. Dejando aparte su insensibilidad hacia las cuestiones relacionadas con la forma institucional, creía que eran cuestiones que estaban reservadas para un periodo histórico posterior, ya que el presente debía dedicarse a la conquista por medio de la guerra de un puesto preminente en el tablero mundial, condición indispensable para cualquier revolución institucional. Para Hitler, el Gobierno carecía de importancia; los ministros dejaron de reunirse en febrero de 1938, y a muchos de ellos se les negó la audiencia con el *Führer* durante años.

Otro dato objetivo es que Hitler carecía de experiencia de gobierno, pero al mismo tiempo desconfiaba de los expertos y prefería rodearse de personas de nivel cultural inferior. Además, dejando aparte algunos aspectos concretos en los que quiso comprometerse (especialmente lo relacionado con el Ejército y la arquitectura), despreciaba las tareas de la administración

y de gobierno. Añádase a esto su método de trabajo inconstante. Se abstenía de participar en la toma de decisiones durante largos periodos, en los que buscaba refugio en su querido chalet del Berghof, construido en los Alpes bávaros. Este modo de actuar le distinguía de dictadores contemporáneos como Stalin o Mussolini, que dedicaban mucho tiempo a examinar en detalle los imponentes montones de documentos que llegaban a su mesa de trabajo. Los periodos de «retiro» –que muchas veces se producían en momentos delicados para dejar que los problemas reposaran– privaban de puntos de referencia a los organismos burocráticos. A estos periodos seguían épocas de trabajo intenso y desordenado. La activación de los ritmos biológicos de Hitler durante la noche se acentuó con el paso de los años, hasta que durante la guerra, cuando pasaba la mayor parte del tiempo en búnkeres iluminados con luz artificial, llegó casi a invertir el día y la noche. Sus decisiones estaban condicionadas por humores momentáneos y por la negativa a hacer frente a los problemas desagradables o a aceptar las verdades incómodas.

Junto a la variación de los ritmos biológicos o la discontinuidad en el despacho de los asuntos burocráticos menores, Hitler demostró una curiosa actitud hacia la palabra escrita. Preparaba sus discursos –que elaboraba con pocos apuntes– frente al espejo para poder lograr el mayor efecto en la audiencia, y no le gustaba recoger por escrito sus decisiones, que prefería transmitir oralmente[54]. Estas condiciones obligaban a los suyos a formar parte del estrecho círculo de personas que actuaban de «transmisores» de la voluntad del *Führer* y seleccionaban a los que tenían acceso a él.

En estas funciones demostró su maestría Martin Bormann, secretario personal y administrador del patrimonio de Hitler. Oscuro militante, pero hombre diligente en la tramitación de los asuntos burocráticos, Bormann acabó por convertirse en una especie de sombra de Hitler y fue la persona que con mayor frecuencia pudo hablarle cara a cara. Hasta los más altos jerarcas tenían que recurrir a él. Las charlas con Bormann eran de una importancia decisiva, porque, durante ellas, Hitler podía tomar decisiones importantes que a veces invertían órdenes anteriores; estos cambios ocurrían también a causa de cambios de humor o de factores contingentes. Como resultado de la superposición de esferas de influencia de las distintas

ramas del partido y del Estado, a Hitler se le planteaban soluciones diversas, y cabía la posibilidad de que aceptara la propuesta que le habían presentado en último término. En otras ocasiones, prefería no elegir o adoptaba una decisión abierta, de modo que los jerarcas acababan desgastándose en continuas polémicas. Ese modo de gobernar, basado en no decidir y en ganar tiempo ante los problemas más acuciantes, reflejaba el carácter de Hitler, pero era también una demostración de su olfato político, porque mantenía a los jerarcas en ascuas. Especialmente en los años de la guerra, Hitler adoptó centenares de decisiones, algunas de enorme importancia, que tuvieron el valor de ley y se difundieron de las formas más diversas, aunque nunca en el *Reichsgesetzblatt* o boletín oficial. Por tanto, eran desconocidas para la mayoría de los ciudadanos, que, sin embargo, estaban obligados a cumplirlas[55].

No hay que olvidar otro elemento: su interés en conservar el consenso de la gente común con su persona, por lo que Hitler se preocupó de no bajar al terreno de las diatribas entre los jerarcas. Así pues, se le consideraba un ente superior, libre de críticas e inmune a la corrupción que caracterizó a la nueva clase dirigente, y que producía un descontento cada día mayor entre la población. La propaganda exhibía como contraste la frugalidad del dictador.

A diferencia del fascismo italiano, que, debido al predominio de la ideología estatista, llevó al movimiento de Mussolini a entrar en el Estado para modificarlo desde dentro[56], en el régimen de Hitler predominó la tendencia a duplicar los centros burocráticos del partido y el Estado mediante la creación de aparatos paralelos y en conflicto unos con otros, lo que reflejaba el temor del dictador a consolidar el peso de un jerarca o de un centro de poder que pudiera representar un peligro para su autoridad. Así, un sector tan importante como la policía estaba controlado por organismos policiales «normales», aunque ya con infiltraciones nacionalsocialistas, y al mismo tiempo por sectores especiales de las SS, que después de la «Noche de los cuchillos largos», habían conquistado una autonomía absoluta respecto a las SA. En el terreno de la justicia, en agosto de 1934 se añadió al sistema penal normal[57] un llamado «Tribunal del pueblo» *(Volksgerichtshof),* encargado de delitos políticos de enorme gravedad, entre

ellos el de alta traición. A partir de abril de 1936 el Tribunal, considerado «extraordinario», pasó a ser «ordinario» y se integró en el sistema judicial existente. Disminuyeron así las garantías de defensa, de un modo parecido a lo ocurrido con el Tribunal Especial instituido por el fascismo italiano en 1926. La génesis fue también análoga, pues se trataba de responder a una situación política previamente definida como «excepcional», que requería intervenciones igualmente excepcionales. Pero esa situación, al final, acabó eternizándose.

La gestión de la política económica dependía del ministerio dirigido de 1934 a 1937 por Hjalmar Schacht, un técnico conservador, pero cada vez más por los organismos del llamado «plan cuatrienal», creado en el otoño de 1936 bajo la dirección de Göring.

En cuanto al delicado sector de la política exterior, los diplomáticos de carrera predominaban en el ministerio presidido desde 1938 por Konstantin von Neurath, un aristócrata conservador, aunque pronto surgieron sectores del partido deseosos de ocuparse de varios aspectos concretos de la política internacional. Por ejemplo, el *Aussenpolitisches Amt* (APA), fundado por Albert Rosenberg, aspiraba a atender a las minorías alemanas que vivían fuera de las fronteras del Reich. Muchas veces, contra la diplomacia oficial, el APA trabajó por su cuenta para, entre otras cosas, facilitar la anexión de Austria, cosa que se logró finalmente en 1938. De uno de esos sectores surgió en 1934 la figura de Joachim von Ribbentrop, un diletante (era vendedor de vinos al por mayor) que consiguió conquistar la confianza de Hitler hasta el punto de convertirse en su consejero en materia de política exterior y sustituir a Neurath.

Como hemos visto, en lo relacionado con la defensa se intentó al principio desdoblar a las fuerzas armadas «tradicionales» mediante el desarrollo de las SA, pero en el verano de 1934 se esfumaron las veleidades de Röhm. Solo durante la guerra las SS de Heinrich Himmler llegaron a tener poder suficiente para poner en discusión el monopolio de las armas propio del Ejército al desarrollar una rama militar, las llamadas *Waffen-SS,* que acabó contando con decenas de divisiones bien armadas y con varios cientos de miles de soldados, muchos de ellos voluntarios para combatir contra el comunismo llegados de Francia, España, Bélgica, Croacia,

etc.[58]Este cuerpo de elite dirigido por Himmler es un ejemplo de la ambigüedad que caracterizaba a los numerosos organismos burocráticos y operativos en competencia unos con otros.

Además, el dictador acostumbraba a nombrar plenipotenciarios para resolver un problema político por medios excepcionales, al margen de las limitaciones burocráticas y administrativas; por ejemplo, Fritz Todt, que recibió carta blanca en junio de 1933 para construir la red de autopistas (y que en los años siguientes levantó un imperio burocrático en el campo del armamento), o Fritz Sauckel, nombrado en 1942 plenipotenciario para reunir por cualquier medio la mano de obra que necesitaba la economía de guerra. Tras la muerte de Todt (febrero de 1942) en un accidente aéreo, Hitler dio plenos poderes a su arquitecto de confianza, Albert Speer, el creador de las espectaculares escenografías de las concentraciones de Núremberg.

Las inclinaciones de Hitler facilitaron la proliferación de centros rivales de poder[59], que en su mayor parte surgían a raíz de una autorización del *Führer,* aunque luego crecían por su propia fuerza. Otro aspecto que conviene tener en cuenta es que Hitler nunca se sintió tan seguro como para prescindir de los aparatos tradicionales de poder, razón por la cual recurrió a la estrategia de crear organismos de partido que hacían la competencia a los organismos estatales ya existentes.

Como hemos visto, una de las características del Tercer Reich era la ausencia de legislación constitucional. La Constitución republicana no se abolió jamás; en cuanto a la base legislativa y sobre todo a las decisiones informales que asumían valor coercitivo, todo se fundamentaba en la legislación excepcional promulgada en 1933-1934 y en el llamado *Führerprinzip,* el principio típico de todos los regímenes dictatoriales, que ya había sido enunciado por Hitler en *Mein Kampf:*

> Nuestro movimiento sostiene el principio de la autoridad absoluta del *Führer* en todos los ámbitos, de mucha o de poca importancia, asociándolo al sentido de la máxima responsabilidad. Las consecuencias prácticas de este principio dentro del movimiento son las siguientes: el primer presidente de un grupo local será nombrado por el dirigente de grado inmediatamente superior [...] Todos los comités se le someterán, y no viceversa [...] Solo el *Führer* general del partido será elegido, conforme a las leyes que rigen una asociación de hombres, en la asamblea general de los militantes. Él será el jefe absoluto del movimiento [...]

> Él es quien decide, pero es también quien lleva en sus espaldas la responsabilidad total. Los seguidores del movimiento son libres de ponerle al frente de sus responsabilidades con una nueva elección o de expulsarle del cargo si vulnera los principios del movimiento o pone en peligro los intereses de este. Será sustituido por el nuevo hombre mejor dotado, que conservará la misma autoridad y las mismas responsabilidades.

El mecanismo de revocación (y de nombramiento electivo) del jefe supremo no se llevó jamás a la práctica, entre otras razones porque Hitler estaba convencido de que el «mejor dotado» era él. Fue secreta incluso la disposición de 29 de junio de 1941 (a los pocos días del comienzo de la campaña contra la Unión Soviética) por la que nombraba sucesor en caso de su muerte a Göring. El párrafo citado refleja las líneas generales de la constitución material del Tercer Reich: la selección de los jefes se efectuaba en la cima y ellos respondían ante sus inmediatos superiores; de ese modo era posible concentrar un poder enorme en el *Führer,* con autoridad para nombrar a los jefes inferiores. La «fidelidad» al jefe, que consistía tanto en cumplir sus órdenes como en conseguir resultados políticos tangibles (cuya valoración, una vez más, dependía solo de él), era la condición previa para que los jerarcas estabilizaran o mejoraran su posición ante el dictador y respecto a los posibles rivales.

Durante los años treinta hubo prestigiosos juristas que hallaron argumentos justificativos de esta concentración de poder que asignaba a Hitler el papel de fuente de la legitimidad jurídica, prácticamente sin condicionamiento alguno. Veamos un párrafo debido a Carl Schmitt, uno de los más eminentes constitucionalistas, escrito para legitimar las decisiones adoptadas por Hitler en la «Noche de los cuchillos largos»:

> El *Führer* salvaguarda los derechos ante las vulneraciones más graves, cuando en los momentos de peligro, apoyado en su autoridad suprema, crea el derecho como juez máximo [...] El auténtico *Führer* es también y siempre un juez [...] En realidad la acción del *Führer* ha sido un verdadero acto de jurisdicción, que sin estar sometido a la justicia fue en sí mismo justicia máxima [...] La facultad de juzgar que tiene el *Führer* brota de la fuente misma del derecho, de la que brota todo el derecho de un pueblo [...] Todo derecho procede del derecho del pueblo a la existencia[60].

Por su parte, el constitucionalista Ernst Rudolf Huber sostiene que no era propio hablar de «poder del Estado», sino de «poder del *Führer*».

Hitler disfrutaba de un poder absoluto para adoptar decisiones en nombre del interés general del pueblo, decisiones que se convertían en leyes sin tener en cuenta ninguna de las normas vigentes. Detentaba el poder de vida y muerte sobre todos sus compatriotas, debido a una supuesta identificación de sus actos con el verdadero interés general; por tanto podía trasladar poderes análogos a quien se le atojara. En el párrafo de Schmitt encontramos una referencia constante al estado de excepción, que justifica el poder jurisdiccional del *Führer*. Al mismo tiempo, el hecho de que Hitler pudiera dictar leyes debido precisamente a ese estado pone de manifiesto la precariedad del régimen nacionalsocialista, que jamás superó un estatus de excepcionalidad.

Al considerarse investido de la misión de rescatar al pueblo alemán, Hitler era consciente de la caducidad del régimen, por eso se sentía empujado a lograr en un tiempo breve ciertas condiciones (empezando por la conquista de un espacio vital apropiado) que, en un futuro indeterminado, permitirían al pueblo alemán disfrutar de una hegemonía estable en el continente europeo. Confiaba en que las nuevas generaciones, educadas en los valores del nacionalsocialismo, fueran capaces de alcanzar una nueva fórmula constitucional, sobre la que él, por otra parte, jamás se pronunció claramente.

Mientras tanto, el nacionalsocialismo no tenía otro remedio que convivir en un difícil compromiso con el Estado ya existente, superponiéndole sus estructuras y sus dirigentes; según la feliz expresión del sociólogo judío Ernst Fraenkel –que se vio obligado a exiliarse–, se trataba de un «Estado dual», en el que el «Estado discrecional» y el «Estado normativo» convivían y competían al mismo tiempo. Su colega Franz Neumann, también exiliado, fue más allá al recurrir a Behemot, el monstruo bíblico, para definir el «no Estado» *(Unstaat)* hitleriano[61].

Al favorecer la aparición de organismos del partido competidores, el dictador empeoró la degradación que ya padecía la que fue en su día eficaz máquina burocrática prusiano-alemana, y socavó las garantías del derecho al introducir las iniciativas de las SS de Himmler, que desde 1933 comenzaron a crear su propio aparato de «tribunales» y de «cárceles»,

donde encerraron a decenas de miles de ciudadanos en nombre de la ideología nacionalsocialista elevada a ley suprema del Estado.

De igual modo, las redes de entidades locales, orgullo de la tradición autonómica alemana, se vio degradada por la creación de poderes locales asignados a los *Gauleiter*. Vinculados a Hitler por una fidelidad absoluta, estos representaban el corazón del movimiento. Mientras la mayor parte de los sectores del partido iba quedando marginada, Hitler aumentó el poder de los *Gauleiter* durante el Tercer Reich mediante el nombramiento de presidentes de los gobiernos regionales o, al estallar la guerra, de gobernadores de los territorios ocupados, o con la concesión de cargos extraordinarios, como en el caso de Sauckel –*Gauleiter* de Turingia–, al que Hitler concedió plenos poderes para reunir la mano de obra que necesitaba la economía de guerra.

Pero la mayor decadencia afectó al gobierno central, desmantelado poco a poco como organismo decisional, sobre todo si recordamos que continuaba contando con elementos conservadores como Schacht, Schwerin von Krosigk y Neurath, residuos de la fase en la que Hitler estuvo condicionado por la alianza con la anterior clase dirigente. La última reunión del gobierno se celebró a principios de febrero de 1938. Durante el año anterior se habían celebrado solo seis. En esa fecha, las principales funciones ministeriales estaban ya en manos de sectores del partido creados *ex novo*[62].

¿Cuál fue el papel del partido en este complejo sistema político? No olvidemos que el partido –o «el movimiento» como prefería llamarlo Hitler– había sido el centro de la actuación hitleriana y había dado al *Führer* la fuerza y los hombres necesarios para conquistar el poder. Tampoco debemos olvidar que el movimiento nacionalsocialista, aunque de un modo muy vago, defendía la idea de una revolución. Hitler le debía mucho.

Por otra parte, gobernar un país moderno y de grandes dimensiones, sacarlo de la crisis y devolverle el rango de gran potencia no era un asunto que pudiera realizarse a fuerza de proclamas y manifestaciones de masas. Hacían falta técnicos y expertos en las distintas ramas del gobierno, cosas de las que el NSDAP escaseaba en el momento de la subida al poder. Como escribió Orlow: «A finales de enero, el NSDAP no estaba en absoluto

preparado para asumir la responsabilidad de gobernar Alemania»[63]. Recordemos que Hitler había eliminado política (y físicamente, en 1934) a Gregor Strasser, que era uno de los pocos líderes nazis capaces de organizar el aparato político. En los meses siguientes al 30 de enero, los numerosos intentos del aparato por acceder a parcelas importantes de poder se vieron frustrados por la feroz represión contra las SA y la llegada masiva de nuevos miembros, a los que los antiguos militantes llamaban con sarcasmo «los caídos de marzo» (por el efecto de arrastre que tuvo la victoria electoral de marzo de 1933). Estos militantes nuevos eran en su mayoría jóvenes, y entre ellos había estudiantes, funcionarios, técnicos, académicos y empresarios; eran expertos que Hitler necesitaba y que, con el carné en el bolsillo, buscaban asegurarse la carrera y la tranquilidad en el nuevo régimen. Desde comienzos de 1933 hasta finales de 1934, el número de militantes pasó de 850.000 a 2,5 millones. En 1940 más del 82% de los directivos de la sede central del partido en Múnich se habían incorporado a partir de 1933. Como declaró el propio Hitler en un encuentro público con los dirigentes del partido, este debía ocuparse de estabilizar el régimen y las instituciones estatales, dejando a un lado sus veleidades de cambio[64].

En el gobierno de Hitler solo dos miembros del partido llegaron a ministros: Frick y Göring. La asignación a Goebbels en marzo del nuevo Ministerio para la Propaganda y la «iluminación del pueblo» *(Volksaufklärung)* no representaba un premio para el partido, sino un reconocimiento personal al genio que había dirigido sus campañas electorales. La nuevas leyes excepcionales asignaban a los *Gauleiter* funciones administrativas en las regiones, que los convirtieron en una especie de diádocos tan celosos de su poder y sus privilegios como poco dispuestos a comprometerse con las necesidades generales del partido. Los *Gauleiter* fueron los protagonistas de una dinámica centrífuga que agravó la debilidad del partido dentro del régimen.

En resumen, una vez completada la *Machtergreifung,* cabe afirmar que el poder conquistado por el Partido Nacionalsocialista no admite comparación con el del Partido Comunista ruso (o chino) después de una toma del poder análoga. El partido casi nunca inició una propuesta política; como mucho pudo bloquear alguna que se opusiera a sus intereses, siempre

dentro del intrincado trámite decisional ya comentado aquí. El NSDAP, a diferencia del Partido Nacional Fascista nunca tuvo un secretario político, a pesar de la debilidad de este cargo en el caso italiano. El propio Rudolf Hess, a quien Hitler confió la dirección del partido en su lugar, estaba más interesado en secundar al líder que en aumentar la importancia del inmenso aparato político que se le había encomendado. En cuanto a Bormann, el sucesor de Hess, la suerte del partido le interesó aún menos. El NSDAP se limitó a ser un organizador de la adhesión y a impregnar profundamente la sociedad. Las funciones propagandistas recibían el espaldarazo de los congresos anuales de Núremberg, que se celebraban en septiembre con una puesta en escena hábilmente orquestada (como se ve en los documentales filmados por Riefensthal en 1933; *Sieg des Glaubens –La victoria de la fe–* y el ya citado *Triumph des Willens),* cuyo gran objetivo era el culto a la personalidad del *Führer*.

No obstante, conviene subrayar que si en términos generales el NSDAP ocupó un puesto político secundario, no puede decirse lo mismo de algunas de sus subdivisiones, que sí tuvieron iniciativas políticas, a veces de mucho éxito. Por ejemplo, el llamado *Amt für Agrarpolitik,* creado por Richard Walther Darré a comienzos de los años treinta. Fortalecido por el enorme éxito electoral conseguido en el ámbito rural y por el predominio conquistado dentro del mundo del asociacionismo, Darré organizó los sectores de la producción, elaboración y comercio de los productos agroalimentarios en una corporación gigantesca, la *Reichsnährstand* o Corporación Alimentaria del Reich.

La *Reichsnährstand,* impregnada de la ideología del *Blut und Boden* («Sangre y Tierra»), que subrayaba la importancia del mundo campesino como fuente de renovación de la raza germánica para asegurar su futuro, dispuso de un aparato de proporciones inmensas, con decenas de miles de funcionarios diseminados por todo el territorio y 8 millones de inscritos (la inscripción era obligatoria para los pertenecientes a las categorías interesadas). Funcionó como grupo de presión para defender los intereses del sector agrícola, entre otras razones porque su fundador era el ministro de Agricultura. Se promulgaron una serie de leyes (las *Erbhofgesetz* de septiembre de 1933) para proteger las fincas agrícolas de modo que se

impedía la quiebra y se garantizaban a los productores los precios fijos, el llamado *Marktordnung*. Al mismo tiempo, el organismo servía para mantener el control del sector primario e impedir la aparición de tensiones en el secundario, al que el régimen acabó por dar prioridad. La política agrícola del régimen acabó por reflejar mucho menos las expectativas del *Blut und Boden* que las necesidades de suministrar a la población alemana productos agrícolas abundantes y a bajo precio[65].

Aún más imponente fue el *Deutsche Arbeitsfront* (Frente Alemán del Trabajo, DAF), un nuevo ejemplo de unión entre partido y sociedad. Fundado en mayo de 1933 para sustituir a los sindicatos (suprimidos por decreto) y gestionar su patrimonio, el DAF estaba dirigido por Robert Ley; llegó a tener 25 millones de inscritos y un amplio aparato de funcionarios. Su carácter corporativo aparecía ya en la denominación y en sus programas: se proponía contar a la vez con los trabajadores y los suministradores de trabajo para superar las barreras de clase. «La finalidad del Frente Alemán del Trabajo es la formación de una auténtica comunidad popular y productiva de todos los alemanes», decía el artículo 2 del decreto de 24 de octubre de 1934. Sin embargo, como demostró una ley anterior sobre el «reordenamiento del trabajo nacional», promulgada el 20 de enero de 1934, la «comunidad-empresa» tenía en realidad una estructura piramidal, en la que el empresario disfrutaba del rango de *«Führer* de la empresa». Por tanto, el principal objetivo del DAF era mantener el control de la clase obrera e impedir que se convirtiera en una amenaza para la paz social y el orden interno de las empresas.

Al igual que otros dirigentes, Hitler sentía por la clase obrera una mezcla de reverencia y temor, pues la consideraba un sostén fundamental para el régimen, siempre a condición de apartarla de las garras del socialismo. Durante la década de 1920 se había discutido dentro del NSDAP la conveniencia de crear sindicatos propios para sustituir a las llamadas «células de fábrica» (NSBO). Al final, las células quedaron englobadas en el DAF, que se encargó de adoctrinar y manipular las conciencias de los obreros y de sus familias. No es fácil distinguir ambos aspectos. Las grandiosas campañas –como *Schönheit der Arbeit* («Belleza del trabajo»), creada para mejorar el trabajo en las fábricas mediante la creación de

comedores y campos de juego, modernizando las estructuras de iluminación y aireación– pueden considerarse una gran estafa, pero también un sincero intento de mejorar la vida de los obreros.

¿Debemos considerar víctimas ingenuas de una manipulación a los más de 54 millones de participantes[66], solo en 1938, en los casi 150.000 acontecimientos (cruceros, fiestas con bailes, etc.) que ofreció la organización recreativa del DAF, denominada *Kraft durch Freude* («A la fuerza por la alegría»)? ¿O deberíamos reconocer el valor socializante y formativo de tales iniciativas? Sobre estos aspectos nos centraremos en el próximo capítulo.

---

50. M. Funke, *Starker oder schwacher Diktator? Hitlers Herrschaft und die Deutschen,* Düsseldorf, 1989.

51. Uno de los ejemplos más notables de este planteamiento es la biografía de J. C. Fest, *Hitler,* Milán, 1974.

52. Cfr. la síntesis de T. Mason, *Intention and Explanation: A Current Controversy about the Interpretation of National Socialism,* G. Hirschfeld y L. Kettenacker (eds.), *Der «Führerstaat»: Mythos und Realität,* Stuttgart, 1981, pp. 23 y ss.

53. I. Kershaw, *Hitler,* 2 vols., Milán, 1999-2001.

54. En este sentido, véase una fuente importante del pensamiento hitleriano, sobre todo de los años de la guerra, en la antología de las *Conversazioni a tavola di Hitler 1941-1944,* anotadas por M. Bormann, Gorizia, 2010.

55. M. Moll ha editado 406, pero admite que su número real es superior: *«Führer-Erlasse». 1939-1945,* Stuttgart, 1997.

56. Para una breve comparación, remito a mi *State and Society, Italy and Germany compared,* en R. J. Bosworth, *The Oxford Handbook of Fascism,* Oxford, 2009, pp. 279 y ss.

57. I. Staff (ed.), *Justiz im Dritten Reich,* Fráncfort, 1978.

58. B. Wegner, *Hitlers Politische Soldaten: Die Waffen-SS 1933-1945,* Paderborn, 1982.

59. J. Nyomarkay, *Charisma and Factionalism in the Nazi Party,* Minneapolis, 1967.

60. C. Schmitt, «Der Führer schützt das Recht. Zur Reichstagsrede Adolf Hitlers vom 13. Juli 1934», en *Deutsch Juristen-Zeitschrift,* 39, 1934, col. 945-950.

61. E. Fraenkel, *Il doppio stato. Contributo alla teoria della dittatura* (1941), Turín, 1983, y F. Neumann, *Behemoth. Struttura e pratica del nazionalsocialismo* (1944), Milán, 1977.

62. Cfr. la antología crítica de los documentos del gabinete: *Akten der Reichskanzlei. Die Regierung Hitler,* 2 vols., Boppard, 1983.

63. D. Orlow, *The History os the Nazi Party, cit.,* vol. II, p. 23.

64. Sobre la composición interna del partido y su evolución cuantitativa es aún fundamental M. H. Kater, *The Nazi Party. A Social Profile of Members and Leaders 1919-1945,* Oxford, 1983, en especial pp. 72 y ss.

65. Me permito remitir a mi *La politica agraria del nazionalsocialismo 1930-1939,* Milán, 1989.

66. Se trata del número de todos los participantes que estuvieron presentes en más de una iniciativa.

7. La política económica y social

La política social y económica del régimen también ha sido objeto de profundos estudios y diatribas historiográficas, con interpretaciones divergentes. La extrema volatilidad de las interpretaciones históricas del fenómeno nazi ha dependido tanto de las subdivisiones internas de la «policracia» nacionalsocialista como del inmenso interés político e ideológico que despiertan todos los estudios de la Alemania hitleriana. Los temas que abordamos en este capítulo han producido un interés intermitente en el campo de la investigación histórica. Según las recientes palabras de un estudioso inglés: «Los historiadores han relegado la importancia de la economía a un segundo plano e incluso han llegado a despreciarla»[67].

La historiografía marxista, activa hasta los años setenta, sostuvo que el nacionalsocialismo estaba «al servicio» de los intereses del capitalismo financiero alemán, de manera que la política económica y social del régimen tendría como única finalidad reprimir el descontento obrero y fortalecer el sistema capitalista. Esta alianza del régimen con el mundo capitalista se habría completado en los campos de exterminio, donde se explotó hasta la última gota la energía de los «infrahumanos» esclavizados. El corolario de esta interpretación es que Hitler y los principales dirigentes nazis eran unos ignorantes en materia económica, que daban prioridad a la esfera política, especialmente a la política exterior[68]. A tal fin, se buscaron documentos que atestiguaran la financiación de la banca y de la gran industria al partido de Hitler... con escaso éxito.

Por el contrario, otras interpretaciones de la misma época, las de tipo «hitlercéntrico», influidas por el paradigma del totalitarismo que predominó durante todo el periodo de la Guerra Fría, destacaban la independencia absoluta de Hitler y de su estrategia económica. En este sentido, los historiadores han debatido la índole de esa estrategia. Para algunos, como el estadounidense Henry A. Turner, se habría tratado de una «utopía

antimoderna», que pretendía invertir el rumbo de la historia y consolidar una concepción del mundo opuesta al industrialismo y a la cultura urbana. Hitler, hostil al frío mundo de la máquina y de las transacciones financieras típicas del capitalismo, que él calificaba de «predador», habría querido construir un gigantesco «Estado campesino» que dominara todo el continente y bloqueara su desarrollo[69]. Según la discutida biografía de Rainer Zitelmann, lo que impulsaba a Hitler era un intenso odio por la burguesía, a la que culpaba de provocar la decadencia histórica de Alemania[70].

En cambio, una segunda línea interpretativa, representada entre otros por el sociólogo Ralf Dahrendorf[71], sostiene que la dinámica interna del régimen de Hitler, –aunque de manera involuntaria–, puso en marcha una «revolución social» que favoreció la modernización de importantes sectores de la sociedad, como la clase obrera, las mujeres, el ocio, etc., una situación que habría hecho posible, también de manera involuntaria, la eliminación de ciertos aspectos preburgueses, como la hegemonía de los latifundistas prusianos[72]. Recientemente, el historiador estadounidense Peter Fritzsche ha hablado de un «amplio proyecto de renovación política, social y racial»[73], mientras que en un libro muy polémico, Aly ha encontrado en la política económica del régimen las bases del Estado del bienestar de la posguerra[74].

No cabe duda de que a lo largo de la enorme producción de discursos y artículos de Hitler y de sus «expertos» encontramos posiciones muy diversas, que tanto elogian a las clases medias –en especial, a los artesanos– como valoran la función que podría desarrollar una clase obrera depurada de la doctrina marxista. Muchas de las posiciones del *Führer* podrían considerarse hostiles al industrialismo y a sus consecuencias, pero tampoco faltan gestos favorables a la tecnología. Una lectura textual y acrítica de las declaraciones de Hitler y los suyos, sacadas de contexto, se arriesga a no tener en cuenta la existencia de importantes motivaciones oportunistas.

La actitud de Hitler hacia la clase obrera era ambigua y estaba llena de matices: a la represión despiadada de sus asociaciones y a la creación de sindicatos «domesticados», hay que añadir el interés por mantener lo más

alto posible su nivel medio de vida y la creación de un aparato semirrepresentativo y de ocio, el ya citado *Deutsche Arbeitsfront.* No olvidemos que para Hitler, como para muchos integrantes del movimiento, la «leyenda de la puñalada por la espalda» de 1918, con la clase obrera como protagonista negativa, era una verdad indiscutible. Más de una vez el dictador afirmo públicamente que, depurada de las infiltraciones del socialismo, la clase obrera debía ser uno de los baluartes que sostuvieran la comunidad del pueblo.

Cuando en 1935-1936 se hizo especialmente difícil el abastecimiento de alimentos, sobre todo a causa de la carencia de grasas alimentarias y de la paralela escasez de divisas para las importaciones, Hitler actuó empujado por el imperativo de no empeorar las condiciones de vida de la población urbana, disponiendo de fondos extraordinarios para tener las divisas necesarias para importar. Los datos estadísticos parecen confirmar que, en general, de 1933 a 1939 las condiciones de vida de la clase obrera no mejoraron mucho, pero existían grandes diferencias entre los distintos sectores. Las retribuciones aumentaron en los sectores industriales que producían para el rearme (muchas veces con métodos extrasalariales para sortear las normas), pero en otros sectores, las estadísticas no señalan mejoras. En términos generales, el índice del salario/hora real (1929 = 100) fue de 72 en 1933 y de 83 en el año del comienzo de la guerra, siempre por debajo del nivel anterior a la crisis. No obstante –como demuestran numerosos testimonios orales–, eran muchos los que percibían una mejora en comparación con aquella ruptura dramática[75].

En general, creo que Hitler esperaba cambios profundos en la sociedad alemana para mucho después, en un futuro indeterminado, en el que el nacionalsocialismo, una vez superadas las contingencias de la política exterior, podría desarrollarse con toda su potencia. Por el contrario, a corto y medio plazo, Hitler y los otros jerarcas privilegiaron el mantenimiento del *statu quo.* Por eso, en lo tocante a la distribución de la renta nacional, se premió más al sector de los operadores económicos independientes que al de los dependientes. En suma, salieron favorecidos aquellos sectores sociales que, desde el principio, dieron su apoyo electoral a Hitler: desde

los campesinos hasta los pequeños empresarios, pasando por los comerciantes y los artesanos.

Otra de las contradicciones de la política económica y social del régimen hitleriano fue su actitud hacia el sector agrícola. En un primer momento, al menos, el dictador parecía favorable a destacar la función del campesinado tanto en el plano real como en el simbólico. Pero su simpatía por el mundo campesino, que representaba un tercio de la población del Reich, no llegó al fanatismo de los ideólogos que lo consideraban la fuente principal del renacimiento racial del pueblo. Estos «ruralistas» radicales soñaban con el regreso a una economía preindustrial sin mercado, en la que los campesinos, encerrados en sus fincas autosuficientes, criarían una nueva generación de alemanes de elevadas cualidades raciales. Hitler, con un mayor sentido de la realidad, consideraba que los agricultores eran un elemento importante para la estabilidad del régimen, entre otros motivos porque debían garantizar el aprovisionamiento de alimentos. Así pues, estaba dispuesto a hacerles concesiones tanto en términos materiales (precios fijos y garantizados por el Estado para sus productos) y jurídicos (indivisibilidad de las fincas para consolidar la clase de los productores medios) como simbólicos, por ejemplo con la celebración de la fiesta de la recolección en octubre, en la que participaban campesinos procedentes de todas las regiones con sus trajes tradicionales. Y así ocurrió, aunque sobre todo a partir de 1936-1937 los problemas para abastecer a la población urbana de los alimentos necesarios le convencieron de destituir a Darré para dar mayor importancia al factor productivo de la actividad agrícola, consolidar la mecanización y privilegiar a las fincas de mayor tamaño.

Para orientarse en esta complicada selva de interpretaciones, resulta útil la tesis que, desde finales de los años sesenta, sostiene Tim Mason, un historiador marxista británico, autor de un estudio fundamental sobre la política social hitleriana, en el que sostiene que el régimen se caracterizó por una inversión (desde la perspectiva marxista) de la relación jerárquica entre política y economía. En opinión de Mason, hay que hablar de una «primacía de la política», que, secundando los intereses de la economía, cuya aportación necesitaba, quiso imponerle sus propias prioridades. La tesis de Mason se confirma cuando analizamos las principales actuaciones

del régimen en materia de política económica, así como las reiteradas afirmaciones del propio dictador de que la política era la encargada de dictar sus finalidades supremas a la economía[76].

Tomemos como ejemplo las obras públicas (autopistas) que se realizaron tras la toma del poder, y que la publicidad denominó «batalla por el trabajo». Los proyectos, ya elaborados en época republicana, se concretaron con un gran esfuerzo propagandístico para dar la impresión de que se estaba produciendo un giro de la difícil situación económica. El cumplimiento del objetivo dio crédito a la capacidad del régimen para resolver el problema del desempleo. Se habló del «milagro económico alemán»: en 1935 los desempleados habían bajado a 1,7 millones.

Otro ejemplo podría ser el trabajo femenino. Una vez alcanzada la plena ocupación en torno a 1937-1938, gracias a la política de rearme y a la mejora de la coyuntura económica internacional, la economía alemana se vio ahogada por una creciente carencia de mano de obra, hasta el punto de que el régimen tuvo que trasladar a los trabajadores de un lugar a otro y prohibir las remuneraciones extrasalariales. El estallido de la guerra agravó la situación, aunque se encontró una salida parcial en el empleo de millones de trabajadores forzados.

Fue el elevado número de mujeres, jóvenes, capaces e inactivas, lo que dio una solución potencial al problema. Hitler se opuso a ello aduciendo motivos ideológicos, porque la mujer debía quedarse en casa y desarrollar sus funciones de esposa y madre, de «guardiana del hogar», y rechazó los argumentos que situaban la racionalidad económica por encima de la ideología. Pero la ocupación femenina creció en 1,3 millones de 1933 a 1939, a causa de una dinámica social de largo plazo[77]. En los años de la guerra, debido a los generosos subsidios que recibían las esposas de los combatientes, el aumento del número de mujeres empleadas se hizo más lento. En 1943 hubo que reconocer la existencia de casi un millón de mujeres solteras y en edad laboral sin trabajo. La llamada de las mujeres al servicio voluntario, ya en el marco de la «guerra total» y tras la derrota de Stalingrado –como se verá más adelante–, resultó un fracaso: las mujeres de las clases medias y altas consiguieron evitar que el *Führer* las llamara a su servicio.

En definitiva, cabe la posibilidad de que los principios ideológicos de Hitler complicaran ciertas dinámicas sociales en curso, pero no las consiguió invertir[78].

Ya hemos aludido a la cuestión esencial del rearme. Como hemos visto, Schacht, el ministro de Economía –pertenecía al grupo de los dirigentes conservadores que se aliaron con Hitler en 1932-1933–, intentó mantener en pie el libre comercio, tanto interior como exterior, consciente de las características de la economía alemana, siempre volcada en las exportaciones. Sin embargo, chocó con las restricciones de divisas y con las presiones para acelerar el rearme. Al final fue cediendo poco a poco, y sería él, con sus técnicos, quien creara los complejos mecanismos de financiación del rearme, que impuso de un modo solapado a la colectividad. Como escribió Thamer: «El Reich acabó por no tener freno en la elección de sus medios de financiación»[79]. Las presiones procedían en primer lugar de Hitler, que necesitaba un poderoso soporte material para su política exterior, pero también de la cúpula de un Ejército deseoso de recuperar su anterior protagonismo. Tampoco debemos subestimar la insaciable sed de poder de Hermann Göring. Hitler, por su parte, no pretendía sacrificar en el altar del rearme el mantenimiento de los niveles de vida de las masas urbanas, sobre todo obreras.

En el verano de 1936, el *Führer* escapó de aquel laberinto de problemas con una de sus típicas «huidas hacia delante» en clave ideológica. Redactó un memorándum para el congreso anual de Núremberg, que constituye uno de los escasos documentos de cierta relevancia programática escritos por él. En unas cuantas páginas, basándose en razones ideológicas, delineaba el imperativo categórico de preparar al Reich «en cuatro años» para una guerra a escala continental. No olvidemos que en esas mismas semanas, movido por su anticomunismo visceral, había decidido enviar armas y equipamiento para ayudar a los generales españoles que se habían levantado contra la República «roja».

> Si no conseguimos desarrollar el Ejército alemán en el menor tiempo posible [...] especialmente en lo relativo a su educación espiritual para convertirlo en el primer Ejército del mundo, Alemania estará perdida.

En el memorándum, Hitler escribía que la nación no estaba al servicio de la economía, sino todo lo contrario:

> El mundo de la economía y de las finanzas, con sus jefes y sus teorías, debe ponerse completamente al servicio de la batalla de autoafirmación que libra nuestro pueblo.

Era una enunciación ideológica. A Hitler le interesaba poco cómo llevarla a la práctica[80].

El memorándum tuvo un gran alcance. Göring recibió el título de «plenipotenciario de la economía», lo que le dio la posibilidad de levantar un enorme aparato burocrático con recursos ingentes. Se intervino en los sectores más sensibles, como por ejemplo el químico, con el objetivo de superar la carencia de materias primas (petróleo, caucho, etc.) y producir sucedáneos. A partir de 1936, la química fue la reina del rearme y produjo inmensos beneficios a la IG Farben, la empresa monopolista del sector, que se convirtió en la mayor industria del continente[81].

Era el triunfo de la autarquía, con la que durante los mismos años (aunque con recursos mucho menores) trataba de salir adelante el fascismo italiano. El objetivo era análogo: preparar una guerra para ganarla. Göring creó una empresa metalúrgica y mecánica: la Reichswerke Hermann Göring; se trataba de un conglomerado de empresas mitad públicas mitad privadas que durante los años de la guerra absorbería una parte del botín de los territorios ocupados. Llegó a contar con 228 empresas, muchas de ellas extranjeras, con un capital total de 2,5 millardos de marcos y unos 600.000 trabajadores[82].

El plan cuatrienal operaba sin tener en cuenta motivos económicos racionales, y los recursos que absorbía gravaban la deuda pública. Pero era evidente la voluntad de acabar cargando los costes sobre los países que se pensaba derrotar. Las estadísticas demuestran que las inversiones se desviaron a los bienes de equipo en detrimento de los bienes destinados al consumo de la población. La cuota de inversiones en el sector primario pasó del 55,5% en 1933 al 81,8% cinco años después; por el contrario, la de los bienes de consumo se redujo del 44,5% al 18,9%[83]. Además, la calidad de los bienes de consumo disponibles tendía a disminuir. Como escribió un

historiador de la economía, «el trabajador podía adquirir más cosas, pero por la misma cantidad de dinero obtenía productos cada vez peores»[84].

El memorándum del plan cuatrienal abrió la puerta a la creación de un sistema económico mixto, en el que las empresas privadas participaban con beneficios crecientes a costa de estar controladas por el poder político, hasta el punto de que el historiador Dietmar Petzina ha calificado al régimen de *Kommandowirtschaft,* «economía de comando»[85]. Pongamos un ejemplo: en la zona centro-norte de Sajonia había yacimientos de minerales ferrosos de baja calidad a causa del elevado contenido de azufre, y siguiendo cálculos económicos, la industria metalúrgica prefería importar minerales de Suecia y de ultramar. Göring decidió que era necesario explotar también esas materias primas y, con presiones y chantajes, consiguió la aprobación de su plan por parte de las industrias transformadoras. En cuanto al coloso químico, Hayes ha escrito: «Más allá del estricto conocimiento técnico, los jefes de la IG Farben no consiguieron imponer sus intereses en ninguna esfera de la política»[86].

No cabe duda de que, en poco tiempo, el plan cuatrienal habría provocado restricciones en el consumo interno de bienes; sin embargo, para Hitler era indispensable dedicarse a la «solución definitiva», que solo llegaría –como escribió en el memorándum de 1936– con

> la ampliación del espacio vital, es decir de la base de aprovisionamiento de materias primas y alimentos de nuestro pueblo. Esta es la tarea futura de la dirección política.

Dicho con claridad: los sacrificios harían posible ganar una guerra que situaría al pueblo alemán en condiciones de disfrutar el nivel de vida que le correspondía.

Recientemente, la discusión de los estudiosos se ha centrado en la interpretación del régimen propuesta por el historiador Götz Aly: un «Estado social» preocupado por lograr la adhesión de la población mediante sus prestaciones, que, según Aly, sería el predecesor directo de los Estados del bienestar de las democracias posbélicas. El régimen habría conquistado a una población interesada en las recompensas materiales.

Los críticos han rechazado esta tesis porque no están de acuerdo con que el régimen consiguiera progresos efectivos. Por otra parte, destacan que Aly

omite el dato de la represión interna, que sobre todo en los años de la guerra no fue menos feroz que la exterior. Tampoco parece defendible que el régimen buscara una nivelación social. Es cierto que durante los años de la guerra, las diferencias se atenuaron gracias al dominio de una gran parte del continente y a la explotación de una inmensa mano de obra esclavizada. Una situación que podía convencer a un obrero o un campesino alemán de que efectivamente pertenecían a una «raza superior»[87].

---

67. A. Tooze, *Il prezzo dello sterminio. Ascesa e caduta dell'economia nazista,* Milán, 2008, p. 11.

68. Cfr. Sin embargo A. Barkai, *Das Wirtschaftssystem des Nationalsozialismus. Der historische und ideologische Hintergrund 1933-1936,* Colonia, 1977.

69. H. A. Turner, «Hitlers Einstellung zu Wirtschaft und Gesellschaft vor 1933», en *Geschichte und Gesellschaft,* 2, 1976, pp. 89 y ss.

70. R. Zitelmann, *Hitler,* Roma-Bari, 1998.

71. R. Dahrendorf, *Sociologia della Germania moderna,* Milán, 1968.

72. Es la interpretación que sigue también el manual de H.-U. Thamer, uno de los más consultados en todos los países: *Il Terzo Reich. La Germania dal 1933 al 1945,* Bolonia, 1993, pp. 585 y ss.

73. P. Fritzsche, *Vita e norte nel Terzo Reich,* cit., p. 9.

74. G. Aly, *Lo stato sociale di Hitler. Rapina, guerra razziale e nazionalsocialismo,* Turín, 2007, y la discusión crítica con varias voces en *Annali dell'ISIG-Trento,* 31, 2006, pp. 445 y ss.

75. A. Lüdtke, *Eigen-Sinn. Fabrikalltag, Arbeitererfahrungen und Politik vom Kaiserreich bis in den Faschismus,* Hamburgo, 1993.

76. T. Mason, *La politica sociale del Terzo Reich,* Bari, 1980.

77. T. Mason, «Women in Germany. Family, welfare and work», en *History Workshop Journal,* 1, 1976, pp. 74 y ss.

78. C. Koonz, *Mothers in the Fatherland,* Londres, 1986.

79. H.-U. Thamer, *Il Terzo Reich,* cit., p. 596.

80. Cit. en W. Hofer, *Il nazionalsocialismo,* cit., pp. 70 y ss.

81. P. Hayes, *Industry and Ideology. IG Farben in the Nazi Era,* Cambridge, 1987.

82. G. Mollin, *Montankonzerne und «Drittes Reich»,* Gotinga, 1988.

83. L. Herbts, *Das nationalsozialistische Deutschland 1933-1945,* Fráncfort, 1996, p. 236.

84. Ibíd., p. 240.

85. D. Petzina, *Autarkiepolitik im Dritten Reich. Der nationalsozialistische Vierjahresplan,* Stuttgart, 1968.

86. P. Hayes, *Industry and Ideology,* cit., p. 379.

87. G. Aly, *Lo stato sociale di Hitler,* cit.

8. Consenso, discrepancia y el mito del *Führer*

Como escribió el historiador Martin Broszat:

> Con su imagen resolutiva, incluso inconscientemente, Hitler supo halagar los deseos y los sentimientos de su auditorio y darles forma. Expresaba lo que ellos pensaban y sentían, y daba firmeza a deseos y prejuicios todavía inseguros. Ese sentimiento gratificante, que les ofrecía la oportunidad de participar en una verdad nueva, despertó en ellos la disponibilidad a comprometerse y a obedecer[88].

La realización de un proyecto político tan radical (y en tan breve tiempo) fue posible no solo por la determinación de Hitler para alcanzar sus objetivos y por la complementaria debilidad de sus adversarios, sino también por la adhesión masiva que conquistó el *Führer*. La adhesión al régimen ha sido siempre un tema peliagudo, pero la historiografía alemana ha sabido afrontarlo hasta ahora con mayor decisión que, por ejemplo, la historiografía italiana respecto al régimen fascista. El resultado de esa investigación ha confirmado que uno de los principales componentes del régimen nacionalsocialista fue la adhesión al *Führer,* inmediatamente convertido en mito, gracias, entre otras cosas, a la propaganda orquestada por Goebbels y bien aprovechada por Hitler[89].

Conviene recordar que desde finales del siglo XIX se había difundido en la cultura alemana la expectativa de un *Führer* dotado de enorme poder. La aparición de este mito se relaciona con el desencanto que produjeron las veleidosas empresas del emperador Guillermo II, sobre todo en comparación con la figura mítica de Bismarck, cuya leyenda se consolidó cuando el viejo canciller estaba todavía vivo[90]. La gran expectativa del hombre fuerte, síntoma de la debilidad de los valores democráticos de la cultura alemana, se intensificaría más tarde, durante los años de la República. Desde su ingreso en el NSDAP, Hitler se dio cuenta de la fuerza que podía tener el líder absoluto no solo para los militantes, sino también para todo el país.

En aquella fase, el *Führerprinzip* se convirtió en un elemento esencial para el funcionamiento del NSDAP, al que Hitler aportaba el fascinante poder de la palabra. Más tarde sería Goebbels quien, sirviéndose del martilleo propagandístico, creo la figura del jefe, un elemento indispensable para afianzar la fuerza del movimiento nazi. La propaganda de Goebbels creó un Hitler amable, humano, abierto al diálogo y a la comprensión de sus ciudadanos, además de un trabajador infatigable que se sacrificaba por el bienestar colectivo. Características que en absoluto reflejan la verdad. La favorable reacción pública a la sangrienta represión del presunto golpe de Estado de Röhm en 1934 acabó de consolidar el mito[91].

En cuanto a la reacción de la mayoría de los ciudadanos creyentes ante la política antirreligiosa del régimen, en especial la de los católicos, los excesos no se atribuían a Hitler, que supuestamente desempeñaba la función de moderador, sino a los fanáticos del régimen. Semejante percepción pública reflejaba en parte el comportamiento de Hitler, que se movía con cautela en ese terreno y nunca dejaba entrever sus objetivos. Además, el tono mesiánico con que justificaba su misión impresionaba favorablemente a muchos cristianos (protestantes y católicos), a los que además convencía su antibolchevismo[92].

El mito del dictador que asume el destino de todo un pueblo se cultivaba con esmero, sobre todo en los actos públicos. El calendario oficial del régimen contenía toda una serie de acontecimientos montados con hábiles escenografías; por ejemplo, los costosos juegos de luz ideados por Albert Speer para el congreso anual que se celebraba en el mes de septiembre en Núremberg, la «capital del movimiento», en el enorme estadio preparado para el caso. No menos saturadas de simbología estaban las conmemoraciones anuales del 24 de febrero (en recuerdo de la divulgación en 1920 del programa del partido) y del 8 de noviembre en recuerdo de los caídos del *putsch* de 1923[93]. Pero todos los discursos del *Führer* se celebraban en una escenografía de gran efecto, se difundían por la radio y se grababan para introducirlos en los noticiarios cinematográficos. Más allá de los contenidos repetitivos, lo que creaba el reforzamiento de los lazos de la opinión pública (o mejor, de grandes sectores de esa opinión) con el dictador era la atmósfera emotiva que los rodeaba.

Hitler se preocupó de conservar el consenso de la población expresándose con prudencia sobre temas candentes, como ocurrió con la política antijudía, de la que hablaremos más adelante. No menos prudentes fueron sus declaraciones públicas sobre la cuestión de las relaciones del Estado con la Iglesia. Aunque en privado parecía decidido a terminar con la influencia de las iglesias en la población, en público se mostraba mucho más cauto. En estas materias daba libertad absoluta a los grupos más radicales y, al mismo tiempo, se mantenía siempre dispuesto a distanciarse de ellos en cuanto aparecieran críticas en la opinión pública. Así, dejó a Goebbels libertad de actuar contra los supuestos escándalos sexuales y económicos de algunos sacerdotes católicos, pero anuló la prohibición de los crucifijos en las aulas escolares de Baviera cuando se dio cuenta de que la gente no aceptaba la decisión.

En cuanto a la política exterior, la imagen popular del *Führer* era la de un jefe de Estado decidido a recuperar el derecho de Alemania a disfrutar en el campo internacional de la dignidad de otros países. Al mismo tiempo, se le consideraba un hombre de paz decidido a que su país no corriera ningún peligro. En muchos de sus discursos hablaba de la paz y de su deseo de preservarla. Así, el 6 de octubre de 1939, al día siguiente de la celebración de la victoria sobre Polonia, propuso a Gran Bretaña la convocatoria de una conferencia internacional. Por otra parte, daba por descontado que la desaparición de Polonia del mapa europeo se había aceptado como un hecho irreversible. Los primeros éxitos en materia de política exterior sin necesidad de actuaciones militares contribuyeron a consolidar la adhesión popular a su artífice.

La fama de Hitler alcanzó un punto culminante con el clamoroso éxito del plebiscito (previsto en la paz de Versalles) para la recuperación del Sarre, cuando en enero de 1935, el 90% de los habitantes de la región votó por la vuelta a Alemania. Fue un éxito considerable porque hasta ese momento la política de movilización típica del régimen no había llegado a la población del Sarre, y porque, a pesar de los intentos de Berlín, la votación se produjo bajo control francés, sin influencias externas.

Poco más de un año pasó antes del nuevo éxito: la decisión de militarizar Renania, el 7 de marzo de 1936 –que acababa con otra imposición de

Versalles–, constituía un desafío, aunque Hitler no actuó hasta asegurarse de que Francia no reaccionaría. El referéndum que lo aprobó con un apoyo del 98,9% de los votantes demostró la solidez de la adhesión a Hitler. La anexión de Austria, dos años más tarde, también fue aprobada en plebiscito con un 99,08% a favor de integrarse en el Reich y un 99,75% en el territorio un anexo[94]. Parece que esta imagen de «hombre de paz» fue tan convincente que difundió en la opinión pública el rechazo a una posible guerra.

En este sentido, el entusiasmo (que no se limitó al territorio alemán) por el compromiso firmado en Múnich en septiembre de 1938 sobre la cuestión de los Sudetes irritó a Hitler, que en ese momento ya deseaba contar con una opinión pública belicosa, hasta el punto de verse obligado el 10 de octubre de 1938 a conceder audiencia a 400 periodistas para pedir que los medios de comunicación contribuyeran a modificar la predominante actitud pacifista.

La imagen de infalibilidad de Hitler, confirmada por seis años de éxitos ininterrumpidos tanto en la patria como en el ámbito internacional, se debilitó algo con el estallido de la guerra, pero también entonces hubo múltiples factores que contribuyeron a mantener su popularidad casi inalterada. En primer lugar, recuérdese que durante los tres primeros años de guerra el Ejército alemán fue de victoria en victoria, todas atribuidas al genio estratégico de Hitler. En segundo lugar, el hecho de que Alemania se encontrara en guerra contra todos intensificó el sentimiento de resistencia patriótica.

El mito del *Führer* comenzó a tambalearse con los primeros bombardeos de las ciudades alemanas, que, por otra parte, produjeron también una reacción de animosidad bélica. La ciudadanía, duramente golpeada, se atribuyó el papel de víctima y descargó la responsabilidad en los Aliados. Pero lo que realmente determinó la inversión de la tendencia fue sobre todo la derrota del VI Ejército en Stalingrado (enero de 1943)[95]. Por voluntad de Hitler, la propaganda había concedido una enorme importancia a la batalla, que Alemania debía ganar a cualquier precio. La derrota fue, por tanto, mucho más sonada. Desde aquel momento se terminó el mito de la invencibilidad de Hitler; se difundieron las noticias sobre su mala salud, y

ahora se le atribuían a él los daños y el dolor que causaban los bombardeos en las ciudades. Hitler empezó a evitar el contacto con la gente, que tan importante había sido para su crecimiento político.

Sin embargo, las fuentes policiales –que son una referencia obligada para los historiadores– atestiguan que en el otoño de 1943 bastaron algunos discursos públicos, en los que Hitler prometió vengar los bombardeos y lanzó varios mensajes tranquilizadores relacionados con ciertas «armas milagrosas» *(Wunderwaffen)* que pronto estarían dispuestas, para recuperar el consenso de los alemanes; hasta ese punto llegaba aún la fuerza de su carisma[96].

Las reacciones de alivio por el fallido atentado del 20 de julio de 1944 fueron probablemente equivalentes, si no superiores, a las reacciones de desilusión (bien disimulada) de aquellos que deseaban su muerte. Naturalmente, en la fase final, la creciente conciencia de que la derrota era inevitable y de que sus consecuencias serían terribles provocó una caída imparable del mito del *Führer*.

Junto al mito, existieron otros factores que deben tenerse en cuenta al abordar el problema del consenso. En un ambiente dramático de crisis social, económica y política, una parte significativa de la población interpretó que el régimen así sería capaz de solucionar los problemas y de fortalecer la «comunidad del pueblo», la *Volksgemeinschaft.* Este sentimiento no puede considerarse una mera construcción propagandista, aunque no cabe duda de que tuvo un enorme componente artificial. Las campañas anuales para el «Socorro Invernal» *(Winterhilfe),* supervisadas por organismos del partido, eran manifestaciones impresionantes de la comunidad del pueblo. Todos los inviernos se movilizaban decenas de miles de voluntarios para organizar colectas y manifestaciones cuyo objetivo era sensibilizar a la población. La recaudación destinada a la ayuda de los necesitados era al mismo tiempo una extraordinaria ocasión de unión y exaltación de valores solidarios. Entre otras cosas, una serie de domingos millones de alemanes, de Hitler para abajo, consumían el llamado *Eintopf,* una comida frugal (a base de un potaje de verduras), y destinaban al *Winterhilfe* la diferencia con lo que habría costado una buena comida. Durante el «Socorro Invernal» de 1943 se recaudaron 1,6 millardos de

marcos. El *Winterhilfe* era el principal comprador de carbón en Alemania y el segundo de zapatos y ropa, seguido solo por la *Wehrmacht*. Las recaudaciones no se desplomaron hasta el último bienio.

Por otro lado, la comunidad del pueblo se definía también en oposición a todo lo que le era extraño, tanto dentro de las fronteras del Reich como en la Europa ocupada durante la guerra. A este sentimiento de supremacía e intolerancia racial dedicaremos un espacio en el capítulo siguiente.

Pero existía también la «otra cara de la moneda», pues no debemos olvidar que además de la adhesión que conquistó, el hitlerismo fue también una dictadura basada en la represión y el control policial. En julio de 1936, Himmler concentró en su persona los cargos de *Reichsführer* de las SS y de jefe de policía, unos poderes ilimitados que le permitieron prescindir de la justicia normal para «mantener el orden y la seguridad». Las SS y la policía, coordinadas por colaboradores de confianza –en primer lugar, Reinhard Heydrich y Ernst Kaltenbrunner–, controlaron y castigaron toda forma de oposición[97], y al interactuar con el aparato policial y judicial del Estado formaron una trama casi inextricable[98]. Esta política del terror ocupó grandes espacios en la prensa. Cientos de miles de ciudadanos alemanes acabaron en campos de concentración diseminados por todo el territorio del Reich antes del estallido de la guerra. Se ha calculado que la mitad aproximadamente de los casi 300.000 militantes del Partido Comunista pasó periodos más o menos largos en los campos. Y no fueron pocas las víctimas de la violencia y las torturas. Como en todas las dictaduras, el sistema de terror disponía de una red de informantes y delatores, pero conviene distinguir entre los cerca de 30.000 confidentes a sueldo de la policía para proporcionar impresiones y datos sobre la actitud de la población y el número mucho más alto de denuncias espontáneas y con frecuencia anónimas. La policía tuvo que poner freno a una auténtica oleada de delaciones. Para delatores e informantes, la adhesión al régimen se mezclaba con el oportunismo. Vemos aquí, en un ambiente de ciudadanos normales, ese «trabajar en la dirección del *Führer*» que habíamos encontrado en los aparatos administrativos[99].

La represión de este aparato de terror contra los ciudadanos alemanes aumentó durante la guerra, aunque mucho más elevado fue el número de

ciudadanos de los países ocupados, judíos o no, encerrados en los campos de trabajo o de concentración. De las 16.650 condenas a muerte de ciudadanos alemanes impuestas por los tribunales entre 1933 y 1945, 1292 corresponden a 1941, 4457 al año siguiente, 5336 a 1943 y 4264 a 1944. Los tribunales especiales, sin garantías jurídicas de ningún tipo, que actuaron sobre todo en la fase final de la guerra, impusieron otras 16.200 condenas a muerte. Estas cifras demuestran que durante la guerra aumentó el terror. El malestar de la población mostraba también una tendencia al aumento.

Los datos anteriores nos permiten reflexionar sobre la oposición, expresada de distintas formas, que existió durante los años de la dictadura hitleriana. La tesis de una discrepancia muy débil, reforzada por los vencedores en 1945 con la idea de «culpa colectiva», parece válida a la luz de lo que acabamos de ver en las páginas anteriores. Es un hecho que las redes clandestinas que crearon los socialdemócratas y los comunistas (ferozmente perseguidas por los organismos policiales) fueron incapaces de conquistar adhesiones, y no menos conocida es la incapacidad de las antiguas clases dirigentes para conseguir una oposición activa; recuérdese la chapucera organización del atentado y del intento de golpe de Estado del 20 de julio de 1944.

En realidad, la valoración de la resistencia contra el nacionalsocialismo en el marco de una continuidad-discontinuidad entre el periodo hitleriano y la posguerra, caracterizada por la existencia de un doble Estado, se ha visto condicionada por motivos políticos. En Occidente se destacó el valor, cuando menos moral, de la revuelta de individuos de la antigua clase dirigente (liberales, miembros de confesiones religiosas, cuadros de las fuerzas armadas) y se quiso encontrar una continuidad con la democracia posterior a 1949[100]. En el Este, el interés por la resistencia fue igualmente unidireccional. Si en Occidente se callaba el peso de la disidencia comunista, en la Alemania Oriental era la única que se destacaba. Allí la interpretación predominante creó «otra» Alemania, «antifascista» y pura, contrapuesta a la occidental, a la que se acusaba de estar en manos de las mismas elites dirigentes que habían llevado a Hitler al poder. Según esto, la

punta de lanza de la oposición habría sido la clase obrera guiada por la vanguardia comunista.

Poco a poco han ido apareciendo interpretaciones menos esquemáticas. Martin Broszat, coordinador durante las décadas de 1970 y 1980 de una investigación sobre Baviera, propuso introducir un concepto amplio de «resistencia parcial y defensiva», es decir, no política, que él llama *Resistenz* (el término alemán para definir la oposición politizada es *Widerstand),* pero no parece que haya dado frutos historiográficos[101]. Un estudioso canadiense ha escrito que la resistencia alemana «solo consiguió demostrar que existía y de qué parte estaba»[102].

Con todo, no podemos olvidar que en marzo de 1933 más de la mitad de los electores alemanes no había dado su voto al partido de Hitler. ¿Qué ocurrió durante los años siguientes con estas bolsas de falta de consenso (al menos electoral)? En lo tocante al mundo católico, durante mucho tiempo fiel a los partidos confesionales tradicionales, la firma del Concordato con la Santa Sede, junto con otros factores más generales (la estabilización de la economía o el fortalecimiento del papel internacional de Alemania) determinó una extensa adhesión al nuevo régimen. Como escribió Josef Nattermann, secretario de las asociaciones obreras católicas, Hitler era un «hombre providencial», una expresión parecida a la empleada por el Vaticano para referirse a Mussolini en 1929. Pero nunca se perdió la desconfianza hacia la ideología publicitada por el régimen. A esto se sumó la actitud crítica de Pío XI, que en marzo de 1937 publicó una encíclica destinada a los católicos alemanes titulada *Mit brennender Sorge* (que podría traducirse como «Profunda preocupación»), en la que denunciaba el racismo inherente a la ideología de los nazis y el ataque a las asociaciones católicas. Es un tema que encontramos también en las relaciones de la Iglesia con el fascismo italiano[103]. El régimen reaccionó encarcelando en los meses siguientes a 1000 sacerdotes y cerrando asociaciones y periódicos católicos.

Sin embargo, en términos generales, ni el clero ni el movimiento católico expresaron fuertes críticas contra el régimen[104]; posiciones como la de la Iglesia bávara en defensa de los crucifijos en los colegios eran más bien de índole «corporativa». La excepción se dio en el verano de 1941, cuando

obispos y sacerdotes se unieron contra la eutanasia mediante la pastoral del obispo de Münster, Clemens August Graf von Galen. La indignación, basada en consideraciones morales, fue de tal calibre que provocó la paralización, al menos oficial, del programa de eutanasia. Pero no pusieron el mismo empeño para protestar contra la política antisemita. Sobre estos aspectos volveremos más adelante.

El factor nacionalista influyó en la actitud de las iglesias protestantes, tradicionalmente vinculadas al Estado. La mayor parte de las jerarquías y de las bases se sumó a la llamada «Iglesia del Reich», controlada por el régimen. Aunque una minoría creó la «Iglesia confesora» *(bekennende Kirche),* dirigida por algunos pastores valientes como Dietrich Bonhoffer y Martin Niemöller, su posición quedó circunscrita a cuestiones de tipo teológico, sin descender al terreno político[105].

Para concluir: en el mundo católico hubo una crítica mayor aunque larvada, y expresada fundamentalmente en los asuntos relacionados con la autonomía de la Iglesia católica, mientras que en el mundo protestante, mayoritario en el país, la crítica política fue rara y predominaron el consenso y la obediencia al Estado.

La clase social que el nacionalsocialismo consideraba más peligrosa eran los obreros. No obstante, y aunque la historiografía comunista ha destacado el papel antagonista del partido nazi y del proletariado industrial, los datos empíricos demuestran que las redes clandestinas, aisladas y rápidamente destruidas por la policía, tuvieron contactos muy débiles con el proletariado. La clase obrera se preocupaba sobre todo de defender sus sueldos y sus condiciones de trabajo. La oposición obrera, acríticamente exaltada siguiendo las huellas de la contestación juvenil de finales de los sesenta[106], se expresó esporádicamente y en formas no políticas, trabajando menos o saboteando los ritmos de la producción.

Existían, eso sí, bolsas de discrepancia formadas por grupos pequeños, en los que la actitud inconformista de raíz cultural o por motivos ético-religiosos se mezclaba con una crítica de carácter político, aunque esta era mucho menos frecuente. Una mezcla que encontramos en los comportamientos de algunos grupos de jóvenes[107] habitantes de las ciudades industriales, que, por lo común, tenían un origen social proletario

y no aceptaban las normas impuestas por el régimen a la juventud; practicaban la promiscuidad sexual, fumaban en público, escuchaban un cierto tipo de música o leían libros «prohibidos». El comportamiento inconformista de estos grupos, que insolentemente se llamaban a sí mismos «piratas», provocó enfrentamientos con las organizaciones juveniles del régimen y fue duramente reprimido por las autoridades.

También se movían por un deseo de libertad jóvenes aficionados al jazz o al blues, que Hitler calificaba de «música de negros»; era la denominada *Swingjugend,* con un grado de politización muy bajo, aunque no se libró de la represión. Los estudiantes bávaros de la Rosa Blanca respondían más a imperativos éticos que políticos. En los últimos meses de 1942, influidos por sus docentes y por las experiencias directas que habían tenido en Rusia, difundieron por Múnich panfletos en los que llamaban a la revuelta moral. Acabaron ahorcados o condenados a largas penas de cárcel, como la mayor parte de los resistentes, sin poder difundir su mensaje[108].

Menos llamativa, pero potencialmente más peligrosa, resultaba la disidencia de los grupos de las antiguas clases dirigentes, cuya alianza con el régimen no estuvo exenta de tensiones. Esta oposición, formada por miembros de la clase burocrática, de la nobleza terrateniente y de la burguesía nacionalista, no discutía tanto los objetivos generales del régimen –especialmente en materia de política exterior, es decir, la hegemonía alemana en el centro del continente– como los modos y los tiempos de conseguirlos. Por otro lado, las clases dirigentes tradicionales soportaban mal los elementos populistas y modernizantes de la ideología nazi, aunque al principio abrigaron la esperanza de influir en el régimen. Piénsese en el ejemplo de Schacht, que dirigió la política económica durante cinco años.

La política exterior recibió críticas del general Ludwig Beck, jefe de Estado Mayor, pero no por su agresividad, sino por temor a que la precipitación condujera a la derrota. En efecto, según Beck, los Estados Unidos se pondrían del lado de Francia e Inglaterra en caso de enfrentamiento armado, lo cual alteraría de un modo decisivo el equilibrio de los recursos disponibles. Otros, como el Círculo de Kreisau, reunido en torno al conde Helmuth J. von Moltke (descendiente de una importante familia aristocrática) respondían a motivos ético-religiosos. Pero la

disidencia fue insegura y estuvo dividida por culpa de su sentido reverencial hacia la autoridad establecida.

La actividad de los disidentes solo aumentó con el empeoramiento de la situación en el frente ruso. Los protagonistas de las conspiraciones fueron generales del calibre de Erwin Rommel, altos funcionarios como el alcalde de Dresde, Carl Goerdeler, diplomáticos como el embajador en Roma hasta febrero de 1938, Ulrich von Hassell, o jóvenes oficiales como von Stauffenberg, Oster o von Tresckow. Estos complots, aislados del mundo interior y exterior (los contactos con los Aliados estaban marcados por una profunda desconfianza), miraban al pasado, a modelos autoritarios. Aun reconociendo su rectitud moral y el valor demostrado, su posición política carecía de esperanzas. Finalmente se organizó un atentado, al que debería haber seguido un golpe de Estado[109].

---

88. M. Broszat, *Der Staat Hitlers,* Múnich, 1969, p. 86. El texto, pese a ser representativo de su época, continúa ofreciendo una interpretación fundamental de las características institucionales del régimen.

89. I. Kershaw, *Il mito di Hitler. Immagine e realtà nel Terzo Reich,* Turín, 1998.

90. G. L. Mosse, *La nazionalizzazione delle masse,* cit.

91. Sobre la invención del atractivo carismático de Hitler, el «Mesías alemán», cfr. L. Herbst, *Il carisma di Hitler. La invenzione di un messia tedesco,* Milán, 2011.

92. Sobre el caso bávaro, cfr. I. Kershaw, *Popular Opinion and Political Dissent in the Third Reich,* Oxford, 1983.

93. J. W. Baird, *To Die for Germany. Heroes in the Nazi Pantheon,* Bloomington-Indianapolis, 1990, pp. 41 y ss.

94. Sobre el recurso a los plebiscitos para la legitimación política, cfr. G. Corni, «Il nazionalismo: una "dittatura plebiscitaria?"», en E. Fimiani (ed.), *Vox Populi. Pratiche plebiscitarie in Francia, Italia, Germania,* Bolonia, 2010, pp. 179 y ss.

95. Recientemente Kershaw, uno de los primeros en estudiar la fuerza del mito de Hitler, ha revisado en parte su posición. Destacando la incidencia del control y de la represión, anticipa a 1941 la caída de la adhesión al dictador y a su régimen: «No se puede negar que, hasta 1941, el régimen nazi disfrutó de una amplia aprobación popular de sus medidas políticas y de las ideas en las que estas se fundaban», I. Kershaw, *Consenso, coerzione e opinione popolare en Terzo Reich,* en P. Corner (ed.), *Il consenso totalitario. Opinione pubblica e opinione popolare sotto fascismo, nazismo e comunismo,* Roma, 2012, p. 32.

96. Los informes del *Sicherheitsdienst* de las SS, encargado de sondear la opinión pública, son una fuente indispensable para el estudio del régimen. H. Boberach (ed.), *Meldungen aus dem Reich. Die geheimen Lageberichte des Sicherheitsdienstes der SS,* 17 vols., Herrsching, 1984. En Italia no se dispone de nada parecido, pero cfr. el estudio de S. Colarizi, *L'opinione degli italiani sotto il regime 1929-1943,* Roma-Bari, 1991.

97. G. Paul y K.-M. Mallmann (eds.), *Die Gestapo, Mythos und Realität,* Darmstadt, 1995.

98. Cfr., entre otras, la profunda investigación de N. Wachsmann, *Le prigioni di Hitler,* cit.

99. R. Gellately, *Il popolo di Hitler,* Milán, 2002.

100. Es ejemplar el estudio de H. Rothfels, *Deutsche Opposition gegen Hitler,* Fráncfort, 1986. La edición original es estadounidense, de 1948.

101. M. Broszat, *Opposizione e resistenza. La Resistenza nella vita quotidiana della Germania nazionalsocialista,* en C. Natoli (ed.), *La resistenza tedesca 1993-1945,* Milán, 1989, p. 99. La colección, titulada *Bayern in der NS-Zeit,* se publicó en el Institut für Zeitgeschichte de Múnich en diez volúmenes, de 1977 a 1983. Véase uno de los ejemplos de estudio de un caso siguiendo la propuesta de Broszat en *Verfolgung, Alltag, Widerstand. Brandenburg in der NS-Zeit*, D. Eichholtz (ed.), Berlín, 1993.

102. P. Hoffmann, *Tedeschi contro il nazismo. La Resistenza in Germania,* Bolonia, 1994, p. 169.

103. E. Fattorini, *Pio XI, Hitler e Mussolini. La solitudine di un papa,* Turín, 2007.

104. Continúa siendo interesante la segunda parte de la reseña historiográfica del estudio clásico de M. Bendiscioli, *Germania religiosa nel Terzo Reich,* Brescia, 1977.

105. Cfr. el todavía útil S. Bologna, *La Chiesa Confessante sotto il nazismo 1933-1936,* Milán, 1067.

106. K. H. Roth, *L'altro movimiento operaio. Storia della repressione capitalistica in Germania dal 1880 ad oggi,* Milán, 1977.

107. D. J. K. Peukert, *Storia sociale del Terzo Reich,* Florencia, 1989.

108. P. Ghezzi, *La Rosa Bianca. Un gruppo di resistenza al nazismo in nome della libertà,* Milán, 2004.

109. Cfr. el testimonio autobiográfico de F. von Hassell, *Storia incredibile. Dai diari di una «prigioniera speciale» delle SS,* Brescia, 1987. Era la hija de Ulrich.

9. La persecución de los judíos y el Estado racista

Uno de los temas fundamentales de la historia del régimen hitleriano es su antisemitismo radical, con la consiguiente política de exterminio. A este respecto, pese a la existencia de una montaña de estudios, quedan aún zonas oscuras. Nadie ha conseguido explicar las razones de que un grupo de personas se dejara llevar por la obsesión antisemita hasta el punto de convertirla en uno de los ejes de su ideología y de su práctica política. No menos oscuros resultan los motivos de que esa ideología fuera aceptada por una parte bastante amplia de un pueblo culto y moderno. Incluso durante las últimas semanas de la guerra, las poblaciones locales reaccionaban casi siempre con indiferencia a las columnas de la muerte que llevaban a miles de deportados (judíos o no) desde los campos de concentración del Este hasta el interior del Reich.

Existe una tesis muy discutida sobre la presencia de un «antisemitismo homicida» de carácter estructural en la historia de Alemania. Tampoco comparte todo el mundo la tesis de Philippe Burrin, según el cual «el antisemitismo social determinó la política del régimen nazi contra los judíos, en particular su política de exterminio»[110]. Otros estudiosos destacan factores estructurales, como la angustia producida por los problemas alimentarios[111] o las políticas de traslado forzoso de poblaciones enteras con el objetivo de ganar espacio vital para el pueblo alemán. El exterminio de los judíos habría sido un efecto secundario de todas estas circunstancias[112].

Un segundo orden de problemas en los que la historiografía no termina en ponerse de acuerdo es la trayectoria que recorrió el antisemitismo desde el ámbito ideológico hasta la práctica concreta. Aquí se enfrentan dos líneas interpretativas. Por un lado hay quien, dando por descontado el papel central de Adolf Hitler, considera que el genocidio es la evolución lógica de un «pensamiento» elaborado ya a principios de los años veinte. Una

segunda línea interpreta las etapas de la política antijudía como la consecuencia de las luchas por el poder dentro del Tercer Reich; según esto, Hitler habría sido más bien un «árbitro» que acabó por ceder el mayor poder a las SS.

No son dos interpretaciones antitéticas. Aun dando por descontado que Hitler tuviera un proyecto político cuyo núcleo era el exterminio del pueblo judío, no podemos excluir que la realización práctica de su voluntad dependiera también de factores externos y de las desavenencias entre los distintos centros de poder. Tampoco hay que pasar por alto las dificultades objetivas que obstaculizaban el cumplimiento de ese objetivo. En todo caso, al concentrarlo todo en la figura del *Führer,* se corre el peligro involuntario de corroborar la defensa de los acusados en los procesos de la posguerra, que se basaba en la obediencia debida.

Por otro lado, la interpretación funcionalista, según la cual la radicalización del régimen, sumada a factores objetivos –como la carencia de comida en los territorios ocupados o las dificultades logísticas o higiénico-sanitarias (miedo a las epidemias)– produjo desde abajo las primeras eliminaciones en masa, parece superada por las investigaciones más modernas, en las que se destacan las carreras de los «burócratas del exterminio» y la importancia del factor ideológico.

La génesis del racismo antisemita y «científico», distinto al tradicional de origen religioso, se sitúa en la Europa del último tercio del siglo XIX y se relaciona con la pérdida de la certidumbre en un desarrollo imparable del capitalismo. Según esto, las primeras crisis de alcance internacional habrían inducido a buscar un chivo expiatorio, ¿y cuál mejor que el judaísmo internacional, bien representado en los círculos industriales y financieros, en el periodismo y en los partidos de izquierda, además de estar presente en todas las economías nacionales? En el último tercio del siglo XIX el antisemitismo racista encontró una nueva legitimación científica, más afín a la mentalidad moderna, y fue asumiendo el carácter de solución definitiva para los problemas de la modernización económica y cultural[113].

En cuanto al antisemitismo alemán, el momento decisivo se sitúa con posterioridad a la Primera Guerra Mundial. La derrota militar, la fundación de una República sin verdaderos apoyos y la sucesión de desórdenes

políticos y económicos produjeron una sensación de inestabilidad que preparó a la opinión pública para aceptar las ideologías más radicales.

En esa atmósfera cultural se formó el antisemitismo de Hitler, cuyo primer banco de pruebas fueron los años que pasó en Viena. En la capital de los Habsburgo había un importante grupo de judíos integrados y una inmigración cada vez mayor de judíos ortodoxos. El segundo momento del antisemitismo hitleriano debe situarse en la posguerra inmediata, cuando Hitler responsabilizó de la derrota a los complots revolucionarios controlados por judíos.

Al principio, el antisemitismo hitleriano no fue muy distinto al predominante en los círculos radicales que él frecuentaba. Para Hitler, los judíos, carentes de un territorio propio, alteraban la lucha natural entre las razas; por eso era necesario apartarlos e impedir que perjudicaran esa lucha. Según sus palabras en un discurso de 1922:

> El judío aún no ha creado ninguna cultura, sin embargo ha destruido centenares. No posee nada propio [...] Todo lo que posee lo ha robado [...] Solo el ario ha sido capaz de crear estados y de construirse un futuro. El judío es incapaz de todo esto.

Los judíos, según Hitler, despreciaban el trabajo, por tanto solo se enriquecían con la especulación financiera. Hitler distinguía el «capital creativo», típico de los «arios», del «capital predatorio» *(raffendes Kapital),* característico de los judíos, que representaban la síntesis de lo peor que cabía imaginar: estaban situados en los centros financieros mundiales y en los grupos dirigentes de los partidos de izquierda, seguidores de una doctrina «judía» como el marxismo: «En el bolchevismo ruso debemos ver un intento exitoso de los judíos del siglo XX para adueñarse del mundo», escribía en *Mein Kampf*. Todo lo que defendían los judíos (la democracia parlamentaria, la coexistencia de las naciones, las «ideas de 1789») eran para Hitler modelos negativos. El judío era una «peste», un «parásito», la «eterna sanguijuela», el «vampiro de los pueblos», y debía ser eliminado para evitar que debilitara al «pueblo ario»[114].

La concepción hitleriana de lo judío no era meramente racial: «judío» o «judío espiritual» en sentido amplio era todo aquel que se opusiera a la realización del Reich milenario en Alemania. De ahí la imprecisión de los

enunciados que encontramos en la posterior legislación racial. Después de 1935, cuando se trató de aplicar las llamadas «Leyes de Núremberg», hubo que recurrir al factor religioso.

No menos imprecisas son las indicaciones del futuro *Führer* sobre las posibles «soluciones» del problema. En el programa del partido (1920) hablaba de un «alejamiento» de los judíos de la función pública y, en caso de necesidad, de la expulsión de los «pertenecientes a naciones extranjeras (no ciudadanos del Estado)». Finalmente proponía el bloqueo de la inmigración de judíos procedentes del Este. En otro contexto, habló de «reclusiones en campos de concentración», pero en una entrevista concedida en 1922 a un periodista alemán sostuvo con mayor crudeza que, en caso de llegar al poder, ahorcaría a los judíos de Múnich y de toda Alemania. No obstante, la posición más clara de Hitler en esta etapa es una conocida frase de *Mein Kampf:*

> Si al inicio de la guerra, o durante ella, se hubieran gaseado de una sentada a doce o quince mil de estos judíos destructores de pueblos, como estuvieron expuestos a los gases centenares de miles de nuestros mejores trabajadores alemanes de todas clases y profesiones, el sacrificio de millones de muertos en el frente no habría sido en balde.

La alusión al gas no tiene nada que ver con las formas del exterminio, decididas mucho más tarde. El dictador se refiere a su experiencia como soldado afectado por un ataque de gas mostaza. Sin embargo, es evidente la diferencia con el antisemitismo de los pogromos violentos; esta vez la solución debía ser racional.

En este punto asoman los dilemas historiográficos citados al principio. ¿La imprecisión se debe a una verdadera indecisión de Hitler o enmascara lo que ya estaba claro en su cabeza? La escasez de fuentes dificulta la respuesta. Aunque es cierto que el exterminio de los judíos (si no físico, sí social) y su expulsión del Reich constituía uno de los puntos fijos de su *Weltanschaunng,* no puede afirmarse que Hitler tuviera un plan maestro dirigido al exterminio.

Dentro del variado movimiento nacionalsocialista, no todos se mostraban igualmente antisemitas, ni el antisemitismo era en aquella fase un componente esencial del movimiento, aunque sí había agitadores incluso más radicales que el propio Hitler, como Goebbels, a quien el *Führer*

encargó la orquestación de la propaganda antijudía, o como Julius Streicher, editor de un periódico populista denominado *Der Stürmer* («El asaltador»)[115]. Otros miembros del NSDAP tenían un antisemitismo marginal. Los datos reunidos en los años treinta por el sociólogo estadounidense Theodor Abel[116] mediante cuestionarios muestran que, entre los militantes normales del partido, el antisemitismo no era una cuestión central. Con todo, resulta evidente que el partido de Hitler planteaba intervenciones decisivas para resolver la «cuestión judía», y se consideraba imposible que, al contrario de lo que ocurrió en el caso del fascismo italiano, hubiera un cierto número de judíos dentro del partido. Pero en enero de 1933 nada hacía presagiar que el antisemitismo acabaría en genocidio.

Durante los años siguientes, el «problema judío» continuó siendo marginal en la política del régimen. Hitler debió de pensar en su propia debilidad, tanto dentro como fuera de Alemania. Demostró su moderación interrumpiendo antes de tiempo la «jornada nacional» de boicot a los comercios judíos que llevaron a cabo las SA el 1 de abril de 1933. En la Ley marco del 7 de abril, que impedía a los judíos servir al Estado, Hitler acató las limitaciones que le impuso Hindenburg: no se expulsaría a los excombatientes, ni a sus huérfanos y viudas.

Durante esta primera fase, hasta 1935, se alternaron los boicots y las medidas legislativas que afectaban a la vida cotidiana: exclusión de determinadas profesiones y asociaciones, prohibición de moverse en los medios públicos, etc. Eran imposiciones «quirúrgicas», por así decirlo, para ofender la dignidad de los judíos, dañar sus intereses materiales y obligarlos a marcharse. De ese modo se consiguieron dos cosas: el mensaje para la opinión pública era que había que intervenir de un modo radical para resolver la «cuestión judía», y para los propios judíos, se trataba de despertar en ellos la expectativa de unas leyes concretas que aclararan la cuestión hasta ese momento dejada al arbitrio de los procedimientos administrativos.

Las leyes del 15 de septiembre de 1935, conocidas como «Leyes de Núremberg» regularon –pese a todo, de un modo impreciso– los criterios de pertenencia al pueblo alemán, e impusieron la prohibición del matrimonio y

las relaciones sexuales entre alemanes y judíos. Se trataba de leyes marco, salidas de un proceso decisorio improvisado[117]; dicha improvisación se advierte en la dificultad para redactar un texto que superara las afirmaciones genéricas. Durante los años siguientes, los ámbitos de la burocracia interesados tuvieron que definir con coherencia a quién, según las leyes de Núremberg, había que considerar «judío», «medio judío» o «mestizo». Aunque muchos judíos las vieron como una aclaración de la caótica situación anterior, las leyes sentaron las bases de su exclusión de la «comunidad del pueblo».

También la propaganda de Goebbels se mantuvo a un nivel bajo para evitar ciertos radicalismos que no despertaban grandes entusiasmos en la opinión pública. Hitler callaba y en apariencia se quedaba al margen de la política antijudía. Resulta significativa de este periodo moderado la declaración que realizó en el congreso de Núremberg de 1935:

> El gobierno alemán se compromete, posiblemente con una solución que valga para un siglo, a crear un terreno en el que el pueblo alemán pueda definir una relación aceptable con el pueblo judío.

Sin embargo, en declaraciones privadas, el dictador subrayó amenazadoramente que, si cambiaban las condiciones internacionales, estaba «listo para asumir todas las consecuencias»[118].

Las actuaciones legislativas y propagandísticas reflejaban las oscilaciones de la opinión pública, a la cual, tanto como a las presiones externas, debía ser sensible incluso una dictadura como la hitleriana. Así, con ocasión de los Juegos Olimpicos de 1936, para mejorar la imagen del país e impedir el anunciado boicot contra los Juegos se congeló la campaña antijudía, se anularon muchas prohibiciones y se retiraron los miles de carteles que en lugares públicos o a la entrada de las ciudades proclamaban «No más judíos».

Incluso la llamada «Noche de los cristales rotos», del 11 al 12 de octubre de 1938, puede considerarse como un sondeo para conocer la reacción de la opinión pública, además de servir para proporcionar un desfogue a los más radicales. Preparado desde tiempo antes, pero realizado de modo que pasara por un acto espontáneo, aquel pogromo se desencadenó tras el atentado de

un joven judío, expulsado de Alemania, contra un miembro de la embajada alemana en París. Goebbels y el ala «radical» del partido aprovecharon la ocasión para acelerar la política de expulsiones. Hitler autorizó la iniciativa, pero se mantuvo apartado. Con aquellos actos violentos se destruyeron un centenar de sinagogas y varios miles de tiendas y viviendas; unos 30.000 judíos fueron detenidos y encerrados temporalmente en campos de concentración y hubo un centenar de víctimas. Los resultados de la «Noche de los cristales rotos» se agravaron debido a la decisión de Göring de hacer pagar a la comunidad judía una multa de un millardo de marcos ¡para cubrir los seguros de los daños que los propios judíos habían sufrido!

Las fuentes disponibles ofrecen un panorama variado de la actitud de los alemanes[119]. Muchos ciudadanos aprobaron las incursiones de las SS, las SA y las *Hitlerjugend* (Juventudes Hitlerianas), mientras que otros mantuvieron las distancias e incluso ayudaron a los desventurados. Es obligado destacar un mayor rechazo por parte de los católicos. En todo caso, la reprobación parece más por los métodos que por los fines, que a esas alturas compartían un número cada vez mayor de alemanes. Aun reconociendo la existencia de algunos nichos de protesta moral, ha escrito Ian Kershaw,

> el sentimiento predominante fue la indignación ante los ingentes daños de bienes materiales en unos tiempos en los que se repetía a la población que todo ahorro, por mínimo que fuera, ayudaba al plan cuatrienal[120].

La propaganda consiguió borrar tanto la «cuestión judía» como a los propios ciudadanos judíos de la vida cotidiana alemana; el judío fue «despolitizado» y reducido a un remoto símbolo antitético. Reinaba una «indiferencia mortal» y, en lo concerniente a Baviera, Kershaw ha demostrado que la inmensa mayoría de la población, dispuesta a protestar contra otras medidas del régimen (por ejemplo, la retirada de los crucifijos de las aulas o los programas de eutanasia contra personas «arias»), no se movilizó contra el antisemitismo[121].

Debido a la escasa aprobación que recibió la «Noche de los cristales rotos» el régimen aprendió a no repetir semejantes acciones violentas, pero continuó con el trato discriminatorio. Expulsaron a los alumnos judíos de

los colegios, retiraron el carné de conducir a los judíos adultos, les prohibieron la entrada a museos y bibliotecas, y continuó la promulgación de otras detalladas discriminaciones y expulsiones que dificultaban su vida cotidiana.

Con una ley de 12 de noviembre, Göring lanzó a gran escala la política de «arianización» de la economía, por la que se desposeía a los judíos de empresas y patrimonios, recursos notables que quedaron a disposición de los «arios». Uno de los mayores oponentes en este terreno, el ministro Schacht –que temía las «repercusiones internacionales»–, fue destituido a finales de 1937 (en enero de 1939 sería expulsado también del *Reichsbank)*. Se trató de un proceso de enorme impacto; baste pensar en las decenas de miles de empresas expropiadas y cedidas a precios inferiores a ciudadanos «arios» o en las viviendas de propiedad judía que pasaron al mercado. Estos factores materiales resultaron muy eficaces para convencer a los alemanes de lo acertado de la política discriminatoria. En 1938, la «arianización» se practicó por primera vez en la Austria anexionada: en Viena se expropiaron 26.000 empresas, cedidas a bajo precio a intereses austriacos, y se «arianizaron» (es decir, se vendieron al mejor postor) unas 44.000 de las 71.000 viviendas de propietarios judíos.

Después del *Anschluss,* Austria se convirtió también en el escenario de la primera vuelta de tuerca de la política de emigración. El objetivo era expulsar al mayor número posible de judíos sin pérdidas para el Estado, es decir expoliándolos; esta condición reducía las posibilidades de emigrar de las víctimas. En agosto de 1938 llegó a Viena el responsable de la oficina IVB4 del *Reichssicherheitshauptamt* de las SS, Adolf Eichmann, que en pocos meses consiguió organizar la expulsión de casi 130.000 judíos[122]. Otros tantos emigraron de Alemania, de modo que, cuando, en octubre de 1941, se consideró oficialmente acabada la emigración, habían salido más de un tercio de los ciudadanos de religión judía del Gran Reich (Alemania, Austria y el Protectorado de Bohemia-Moravia). Pero no todos estaban a salvo. Los que buscaron refugio en París o en Praga se hallaron de nuevo en una situación difícil debido a la ocupación de esas ciudades. En Italia, a partir de octubre de 1938, los judíos alemanes refugiados se convirtieron en uno de los primeros blancos de la legislación antijudía de Mussolini.

A medida que su política exterior se hacía más agresiva, la propaganda de Hitler recurría cada vez con mayor ferocidad al antisemitismo. Conocedor de la difusión internacional de los sentimientos antijudíos, en muchas ocasiones culpó al judaísmo internacional del estallido de la guerra. En un discurso del 30 de enero de 1939 afirmaba:

> Hoy quiero ser de nuevo profeta: si el judaísmo internacional, dentro o fuera de Europa, consiguiera de nuevo precipitar a los pueblos a una guerra mundial, el resultado no sería la bolchevización del mundo y, por tanto, el triunfo del judaísmo, sino todo lo contrario, la destrucción de la raza judía en Europa[123].

No iba a ser la única vez que recurriera a esas palabras.

Las medidas discriminatorias contra la comunidad judía no agotan del todo el racismo del régimen[124], empeñado en expulsar a todos los elementos extraños. La *Volksgemeinschaft* se consolidaba definiendo con total precisión sus fronteras. Los extraños a la comunidad –como recogían las Leyes de Núremberg de 1935– no eran solo los judíos, sino también los gitanos (sinti y rom) y los elementos «asociales» que no respondían con su «comportamiento» a las expectativas recogidas en las leyes, así como los más débiles dentro de la propia raza alemana, porque su posible reproducción constituía un peligro para la calidad racial, y además suponían una carga (por el mantenimiento de instituciones y manicomios) y no aportaban nada a cambio.

Racismo y darwinismo social se mezclan. Por un lado, los criterios (aparentemente) indiscutibles que son determinados por parámetros raciales; por otro lado, los factores sociales y de comportamiento, tal como contiene la ley de 14 de julio de 1933, para «prevenir la reproducción de enfermedades hereditarias», entre las que se citaba el alcoholismo crónico. En las listas de la esterilización forzosa por parte de las autoridades sanitarias encontramos anotaciones como «prostituta», «asocial», «comunista», para legitimar la actuación de los médicos. En 1935 se actualizó la ley con el fin de añadir la posibilidad de que las autoridades impusieran el aborto forzoso en el caso de que uno de los padres padeciera algún mal (o tuviera un determinado comportamiento) que se juzgara hereditario e incurable. Se modificó el código penal para agravar los

castigos en los casos de reincidencia y dictar el internamiento por tiempo indefinido de los sujetos afectados por enfermedades mentales que se consideraran peligrosos. Los «asociales», por su parte, estaban sometidos a controles policiales, con los que se llenaban los campos de concentración creados desde la primavera de 1933; el primero de ellos fue Dachau, en las cercanías de Múnich.

El régimen, que pretendía erradicar a los elementos más frágiles del pueblo alemán para seleccionar sujetos de alta calidad, contó con el apoyo de una parte de la comunidad científica: juristas, médicos, antropólogos y criminólogos. El penalista Karl Siegert escribía en 1934:

> Cuando un hombre transgrede una ley a causa de su inferioridad mental, el Estado tiene derecho a eliminarlo porque carece de valor para la sociedad[125].

Quince años antes había aparecido un panfleto escrito por el jurista Karl L. Binding y el psiquiatra Alfred Hoche, en el que se argumentaba que las vidas «indignas de ser vividas» eran un lastre insostenible y peligroso por su posibilidad de reproducirse. Había, pues, que librarse de ellas llevando hasta sus últimas consecuencias las tesis eugenésicas difundidas desde finales del siglo XIX en el mundo anglosajón y escandinavo.

La primera aplicación de los principios de la eugenesia se llevó a cabo a partir de 1933 y se centró en el «problema gitano», que respondía a prejuicios muy arraigados. La población gitana (sinti y rom), que ascendía a 30-35.000 personas y se consideraba la antítesis de la raza germánica, fue la primera sometida a la esterilización forzosa. Cuando estalló la guerra, los sinti y los rom fueron deportados a los campos y allí exterminados. La población gitana entró en el grupo de las casi 400.000 personas (cerca de dos tercios eran mujeres) sometidas al rigor de las leyes de julio de 1933 sobre la esterilización, entre las que se contaban alcohólicos, prostitutas, sujetos asociales, vagabundos y «marginales». Todo a través de juicios sumarios. En el tribunal de Frankfurt, creado con ese propósito, se examinaban de 15 a 20 casos diarios. «El juez dedicaba de diez a quince minutos al examen»[126]. Durante la esterilización, en muchos casos debido a negligencias médicas, murieron unas 5.000 personas. Al fin y al cabo, se trataba de «lastres».

Si la esterilización se realizó a la luz del sol, basándose en unas determinadas leyes, la eliminación de los enfermos mentales incurables, conocida como «eutanasia», se cubrió de un halo de misterio[127]. En el verano de 1939, Hitler, que ya se había mostrado partidario del infanticidio eugenésico por desprecio de lo que él llamaba «nuestro moderno humanitarismo sentimental»[128], dio a sus colaboradores más estrechos órdenes de llevar a cabo «homicidios compasivos» con los menores que padecían una enfermedad mental. Se trataba de un delito –según las leyes– que ni siquiera el *Führer* podía legitimar. Puede que sea este el motivo principal de que la operación se mantuviera en secreto mediante una cobertura eficaz, por ejemplo oscureciendo los cristales de los autobuses en los que se trasladaba a las víctimas o enviando a las familias falsos certificados de defunción. Se temía que la eliminación física de miles de menores y de enfermos mentales por compasión superara el nivel que podía soportar la sociedad.

La *Aktion T-4* –que tomó su nombre del número 4 de Tiergarten, donde se hallaba la sede del equipo que la coordinaba– contaba con centenares de médicos, enfermeros y trabajadores administrativos y sanitarios. Se llevó a cabo por una orden del propio Hitler, que, al contrario de lo ocurrido con el exterminio de los judíos, ha llegado hasta nosotros. Los centros de eliminación fueron seis.

A pesar del esfuerzo por camuflarlos, pronto se filtraron voces y temores, resultado de algunas incongruencias de la cobertura. Varias familias recurrieron a la magistratura y otras enviaron cartas de protesta para conocer la suerte de sus familiares. Todo ello culminó con la protesta que el arzobispo de Münster, von Galen, lanzó desde el púlpito el 3 de agosto de 1941, denunciando el programa de eutanasia y la consiguiente cosificación del individuo, lo que produjo reacciones internacionales. Hitler dio orden de interrumpir los asesinatos en masa por temor a la difusión del escándalo, pero las muertes «por compasión» continuaron produciéndose por hambre o por el suministro de fármacos letales. Según las estadísticas, la primera fase de la *Aktion T-4* causó 70.273 víctimas. La posterior, menos llamativa, entre 15.000 y 20.000, entre ellas, muchos prisioneros de guerra rusos.

En una estadística elaborada por las SS aparece, junto al número de muertos, un cálculo del ahorro de comida, ropa y calefacción que el Reich había conseguido eliminando decenas de miles de vidas indignas de ser vividas: 885.439.800 marcos, el equivalente a casi 13,5 millones de kilos de carne y salchichas.

---

110. P. Burrin, *L'antisemitismo nazista,* Turín, 2004, p. 79. Ejemplo de la primera tesis, D. Goldhagen, *I volonterosi carnefici di Hitler,* Milán, 1997.

111. C. Gerlach, *Krieg, Ernährung, Völkermord. Forschungen zur deutschen Vernichtungspolitik im Zweiten Weltkrieg*, Hamburgo, 1998.

112. G. Aly, *«Final Solution». Nazi Population Policy and the Murder of the European Jews,* Londres, 1999.

113. Cfr. M. Ferrari-Zumbini, *Le radici del male. L'antisemitismo in Germania da Bismark a Hitler,* Bolonia, 2001.

114. *Mein Kampf,* pp. 271 y ss.

115. R. L. Bytwerk, *Julius Streicher. The Man Who Persuaded a Nation to Hate Jews,* Nueva York, 1983.

116. *Why Hitler Came into Power,* Cambridge (Mass.), 1986.

117. C. Essner, *Die Nürnberger Gesetze, oder die Verwaltung des Rassenwahns,* Paderborn, 2002.

118. D. Friedländer, *La Germania nazista e gli ebrei,* vol. I, *Gli anni della persecuzione 1933-1939,* Milán, 1998, p. 151.

119. E. Jäckel, O. Dov Kulka y W. Templer, *The Jews in the Secret Nazi Reports on Popular Opinion in Germany, 1933-1945,* New Haven-Londres, 2010, pp. 345 y ss.

120. I. Kershaw, *Hitler,* cit., vol. II, p. 222.

121. I. Kershaw, *Popular Opinion,* cit., pp. 224 y ss.

122. Friedländer habla de un modelo austriaco (aunque con un signo de interrogación): *La Germania nazista e gli ebrei,* cit., pp. 247 y ss.

123. W. Hofer, *Il nazionalsocialismo,* cit., p. 237.

124. M. Burleigh y W. Wippermann, *Lo stato razziale. Germania 1933-1945,* Milán, 1992.

125. Citado en E. De Cristofaro y C. Saletti (ed.), *Precursori dello sterminio. Binding e Hoche all'origine dell'eutanasia dei malati di mente in Germania,* Verona, 2012, p. 19.

126. M. Burleigh, *Terzo Reich,* Milán, 2003, p. 406.

127. Para el contexto histórico de la cuestión, M. Burleigh, *Death and Deliverance. Euthanasia in Germany c. 1900-1945,* Cambridge, 1994.

128. En un discurso durante el congreso del partido de 1929, en M. Burleigh, *Terzo Reich,* cit., p. 433.

10. La política exterior antes de la guerra

La política exterior hitleriana es uno de los temas más discutidos. El interés por él se justifica por las graves consecuencias que tuvo su agresividad para el orden del continente y del mundo. Las opiniones de los historiadores sobre este punto son tan dispares que resulta difícil llegar a una síntesis[129].

Resumiendo las principales interpretaciones, recordaremos que en un primer momento, nada más acabar la guerra, tanto entre los estudiosos como en la opinión pública se impuso la idea de que Hitler había intentado llevar a cabo un programa expansionista a costa de cometer crímenes inauditos contra la humanidad, y se depositaba la culpa colectiva en el pueblo alemán por haberlo secundado. El proceso celebrado en Núremberg en 1945-1946 por voluntad de los vencedores no contaba con el principal imputado, aunque sentó en el banquillo de los acusados a varios de sus colaboradores más estrechos para ratificar así la condena de los delitos cometidos por el Tercer Teich.

Para los defensores de esta tesis, era indiscutible que el Bien estaba de parte de los vencedores Aliados, y el Mal, del enemigo derrotado; por eso los primeros podían actuar como jueces en nombre de la humanidad. A pesar de la montaña de documentos que se presentaron en el proceso, fue imposible demostrar que Hitler tuviera un programa de política exterior para conquistar militarmente el continente y someterlo con miras a dominar el mundo. La tesis de la «conspiración», que sirvió a los vencedores para establecer el Tribunal Internacional, no se sostiene cuando se analiza con mayor frialdad.

En su libro, *Los orígenes de la Segunda Guerra Mundial*[130], A. J. P. Taylor lleva la revisión al extremo, partiendo de la siguiente premisa:

> Los orígenes de la Segunda Guerra Mundial resultaban poco atractivos cuando ya se estaban estudiando los orígenes de la tercera. Puede que el asunto hubiera interesado más en caso de haber habido grandes zonas de duda o de debate, pero existía una explicación satisfactoria

> para todos que acababa con todas las discusiones: Hitler. Él proyectó la Segunda Guerra Mundial, que solo fue causa de su voluntad[131].

Taylor argumenta que la política exterior de Hitler no fue cuantitativamente distinta de la que practicaron los gobiernos alemanes anteriores. Se trataba de una política que, con motivos fundados, intentaba recuperar el equilibrio roto por el inicuo tratado de paz impuesto a la Alemania de 1919. Si Hitler desencadenó un conflicto mundial, la responsabilidad fue también de las otras potencias, en especial de Gran Bretaña, que cometieron ciertos errores de valoración capaces de provocar la reacción militar de Alemania.

> Otras potencias también persiguieron y persiguen aún fines semejantes. Otras potencias trataron también como satélites a los países menores. Otras potencias defendieron sus intereses vitales con la fuerza de las armas. En materia de política internacional, Hitler solo cometió el error de ser alemán[132].

Las tesis de Taylor provocaron un encendido debate. Sus críticos adujeron que, al margen de los errores cometidos por las otras potencias, Hitler habría llevado a cabo de cualquier forma un programa expansionista. Ese programa, que incluía la destrucción del equilibrio internacional para proporcionar espacio a las necesidades «vitales» del pueblo alemán, presuponía la guerra.

Hoy en día la mayor parte de los historiadores coincide con los críticos de Taylor; según uno de los mayores estudiosos de la política exterior hitleriana, las tesis de Taylor «abiertamente heterodoxas [son] incluso apologéticas»[133]. Pero esto no significa que se hayan resuelto los problemas de interpretación. Aun dando por descontado que Hitler tuviera un programa claro, cabe preguntarse si se realizó conforme a una progresión sistemática que iba de la revisión del tratado de Versalles a la expansión por Europa, la guerra ideológica contra la URSS y los proyectos de dominio mundial, o si sería más correcto atribuir las etapas y las pausas conforme a una adaptación oportunista de Hitler a las circunstancias externas. Algunos estudiosos (los llamados «funcionalistas») creen que el programa hitleriano de política exterior era solo una utopía, un reflejo del dinamismo intrínseco del régimen para enmascarar sus contradicciones internas. Además, ¿el

programa se limitaba al ámbito europeo, como se deduciría de la lectura de *Mein Kampf,* o abarcaba el mundo entero?

En cuanto a la óptica hitleriana, los historiadores tampoco se ponen de acuerdo en dar la mayor importancia a la lucha contra el bolchevismo ruso o a la destrucción de los judíos. Más recientemente se ha abierto camino la interpretación que considera prioritaria la conquista y posterior reorganización del espacio vital.

Es difícil extraer conclusiones de este debate, entre otras razones porque Hitler, que se ocupó personalmente de la política exterior, mantuvo en secreto sus objetivos últimos. En los *arcana imperii* hitlerianos hay un umbral que nadie consigue traspasar, pese a la enorme cantidad de estudios. La documentación disponible solo deja ver que, una vez conquistada la hegemonía continental, Hitler pensaba desencadenar una guerra mundial contra los Estados Unidos. Así debe interpretarse la decisión de planificar, ya en enero de 1939, la creación de una flota oceánica, el llamado «Plan Z».

En todo caso, es cierto que fue el propio Hitler quien adoptó medidas decisivas y marcó los tiempos y las actuaciones de la política exterior, aunque desde otros centros de poder se le aconsejaran ciertas intervenciones concretas. Por tanto, parece necesario partir de un análisis al menos somero de su visión de la política exterior.

Para Hitler, la política interior estaba subordinada a la exterior, que era el núcleo de la actuación del Estado. «La política es la realización de la lucha por la existencia de una nación». Y añadía: «El pan que necesita un pueblo está condicionado por el espacio vital del que dispone». Su concepción del mundo se basaba en la eterna lucha entre los pueblos para acaparar territorios, el «espacio vital». Las estrictas leyes de la naturaleza premian al más fuerte: «La tierra es como la jarra que pasa de un comensal a otro y tiende a terminar siempre en las manos del más fuerte», declaraba en 1942. Considerando la superioridad racial del pueblo alemán, su espacio vital era insuficiente. No obstante, se trataba de una superioridad «abstracta», de la que el pueblo alemán debería mostrarse digno:

> Si, llegados a un determinado momento, el pueblo alemán no demuestra suficiente fuerza y disposición al sacrificio para derramar su sangre en defensa de su propia existencia, que sea derrotado y eliminado por otro pueblo más fuerte.

Una idea que confirmó en el testamento político dictado en el búnker de Berlín[134].

El objetivo prioritario de quien gobernara Alemania sería devolver al pueblo el espacio vital que necesitaba. En efecto, como él mismo escribía en 1930: «Tenemos más derecho que otros pueblos a un territorio mayor por la densidad de nuestra población». Pero esto solamente podía conseguir con una guerra. Este fragmento de la *Weltanschauung* hitleriana no tenía nada de original, porque coincidía con un nacionalismo biológico muy difundido en la Europa de principios del siglo XX y con la escuela de la geopolítica[135]. En la lucha por la ampliación del territorio había un elemento que desentonaba: el pueblo judío. Incapaces de realizar nada estable –por ejemplo, un Estado–, los judíos tendían a introducirse entre los intersticios de otros pueblos, cuyas cualidades raciales debilitaban. Por tanto, había que eliminarlos.

¿En qué dirección podría expandirse Alemania? A Hitler no le bastaba con la recuperación de las fronteras de 1914. El futuro dictador rechazaba también la posibilidad de un imperio colonial. De su visión se desprendía la idea de establecer un condominio con Gran Bretaña, en el que la hegemonía de los mares sería para Londres y la del continente para el Reich. Pero Hitler no contaba con que Inglaterra jamás habría aceptado la existencia de una potencia continental con semejante poder. Por tanto, la ampliación del espacio solo podía hacerse hacia el Este: «Si hablamos hoy de nuevos territorios en Europa [era 1926], solo podemos pensar en Rusia y en los estados marginales a ella sometidos». En aquel gigantesco espacio podría conseguirse la reunificación del pueblo alemán. Por todo el continente, hasta el río Volga, vivían diseminadas personas de raza (lengua y cultura) alemana.

Contando también con los habitantes de Alsacia y Lorena (aunque no con los austriacos y los suizos alemanes, que sumaban en total 10 millones), se estimaba que los llamados *Volksdeutsche,* los alemanes étnicos, eran 3,2 millones en Checoslovaquia, 1,7 en Francia, casi 1 millón en Polonia, de 1 a 1,5 millones en la Unión Soviética, 786.000 en Rumanía, 623.000 en Hungría y medio millón en Yugoslavia. Los llamados *Ostforscher* (literalmente, «investigadores del Este»), que agrupaban a historiadores,

antropólogos, sociólogos y lingüistas, dedicaban toda su atención a identificar a las minorías alemanas y a demostrar su superioridad[136]. En cambio, ya desde los años veinte, Hitler había dicho que no tenía sentido recuperar para el Reich la población hablante de alemán del sur del Tirol (unos 300.000), que la conferencia de paz de París había asignado a Italia. No pensaba sacrificar por ellos su alianza con el fascismo.

La Alemania nacionalsocialista se expandiría por los espacios del Este, dotados de recursos infinitos, y Rusia se convertiría en lo que la India había significado para Gran Bretaña. Vemos aquí una contradicción interna de la visión hitleriana. Por un lado, los pueblos eslavos le parecían débiles por su inferioridad racial; por otro, los identificaba con el peligro «judío-bolchevique». Los monólogos del periodo bélico son una fuente insustituible para sondear las opiniones de Hitler y demuestran su desprecio por esos pueblos: «Gracias a Ucrania volveremos a ser un país exportador de trigo a toda Europa [...]»[137]. Por otro lado, a finales de 1940, el miedo al peligro judeo-bolchevique le convenció de acelerar la agresión contra la Unión Soviética y dar órdenes de tratar al enemigo con una crueldad sin precedentes.

Hasta aquí el programa ideológico expresado en un libro *(Mein Kampf)* que pocos habían leído y en los agotadores monólogos que dedicaba al círculo de sus fieles. Sin embargo, especialmente de 1930 a 1933 se filtraron algunos datos. La propaganda destacaba la promesa de una política exterior que devolvería a Alemania al lugar de gran potencia; promesa ratificada de un modo simple pero fascinante en los discursos del *Führer* y propagada por el aparato del NSDAP; promesa de redención que gustaba a las clases medias urbanas y rurales, asustadas por la crisis y la amenaza de la revolución, pero que también despertaba simpatías en la clase obrera. Y gustaba también a las clases dirigentes, obligadas a una convivencia incómoda con los sindicatos y los partidos obreros. Ya hemos visto que los proyectos de Hitler, aunque imprecisos, atraían a los mandos militares.

En cuanto a los intereses económicos, algunos grupos industriales y bancarios influyentes siguieron a Hitler por dos motivos: porque representaba una ruptura drástica con el odiado sistema republicano y porque prometía reconquistar la hegemonía continental. Aunque Hitler no

fue un «agente» del gran capital monopolista alemán, desde 1933 y casi hasta el final de la guerra, se establecieron entre ambos fuertes vínculos que reportaron grandes beneficios a la economía. Téngase en cuenta que antes de 1933 hubo documentos programáticos e iniciativas de ciertos poderes económicos para conseguir un «gran espacio económico alemán»[138]. Los teóricos de la industria y los exponentes del nacionalsocialismo hablaban en términos de «grandes bloques económicos» opuestos. Alemania debía crear un bloque centroeuropeo. En ese terreno actuó de 1933 a 1936-1937 el ministro de Economía, Schacht, estableciendo lazos económicos y políticos con los países de la zona danubiano-balcánica, defendibles incluso en caso de guerra. Tanto la Krupp como, por ejemplo, el gigante químico de la IG Farben se beneficiaron de esta política.

Durante los primeros años del régimen, sostenido por una amplia adhesión popular, Hitler dirigió su política contra el tratado de Versalles. En octubre de 1933, moviéndose con una osadía medida para no provocar reacciones internacionales en contra, decidió interrumpir el pago de las reparaciones posbélicas y salir de la Sociedad de Naciones. Esa ruptura fue contrapesada por ciertos acuerdos: la prolongación del pacto de amistad con la Unión Soviética (5 de mayo de 1933), la firma del Concordato con la Santa Sede (20 de junio) y el pacto de amistad con Polonia (26 de enero de 1934). A principios del año siguiente, introdujo la leva obligatoria y puso en marcha el rearme de Alemania. En muchos casos adoptó soluciones extremas; así, decidió que el nuevo Ejército contara con medios que superaban las expectativas de los militares (36 divisiones y 550.000 hombres).

Por otra parte, el *Führer* quiso evitar la ruptura definitiva con Londres, como demuestra el acuerdo de junio de 1935 sobre las dimensiones de las dos flotas. Bien entendido que tanto para Hitler como para la oficialidad de la Marina se trataba de una forma de ganar tiempo y construir una flota de guerra alemana capaz de enfrentarse a la francesa. Poco después (25 de noviembre de 1936) firmó con Japón e Italia el Pacto anti-Komintern, que planteaba escenarios preocupantes en Asia para el gobierno británico.

También Mussolini contribuyó a desestabilizar el frágil equilibrio internacional con su política belicista (Etiopía, España), que acabó

empujándole a una alianza con la Alemania de Hitler[139]. Al principio, el *Duce* estaba convencido de su superioridad personal y política respecto a su «alumno» Hitler, debido sobre todo a un profundo sentido de la primogenitura, pero en 1936-1937 la relación se invirtió: la Alemania hitleriana disponía de recursos económicos y militares superiores, y era Hitler quien tomaba las iniciativas en política exterior. Así lo demostró el que Mussolini renunciará a una de sus posiciones más firmes y aceptara la anexión de Austria. En octubre de 1936 Italia y Alemania firmaron una serie de acuerdos, pomposamente denominados «Eje Roma-Berlín»; un año más tarde Italia se sumaba al Pacto anti-Komintern. La culminación de la política que acercaba cada vez más la Italia fascista a la Alemania hitleriana (aceptada de mala gana por el rey italiano y por los círculos influyentes del régimen) se produjo el 22 de mayo de 1939, cuando los ministros de Exteriores, Ciano y Ribbentrop, plantaron sus respectivas firmas en el Pacto de Acero. Los fines eran imprecisos, pero preveían alianzas en caso de «complicaciones bélicas» (tal como decía el texto) y reducían la hegemonía de Italia, confirmando de ese modo su dependencia de Alemania. Así, por ejemplo, desde finales de 1937 se firmaron acuerdos para trasladar a Alemania decenas de miles de trabajadores italianos de ambos sexos, muchos de ellos con contratos de temporeros. Mussolini se liberaba de esta menera del estructural exceso de mano de obra (sobre todo en el campo) y satisfacía las apremiantes necesidades alemanas. Aquellos trabajadores, atraídos por salarios más altos, acabaron por convertirse en rehenes del Reich en el verano de 1943, cuando cayó el fascismo[140].

Sensible a las exigencias de la propaganda, Hitler alternaba los actos agresivos con las declaraciones públicas de paz. Así, en mayo de 1935, después de denunciar las restricciones impuestas por el tratado de paz, presentó en el Reichstag un plan basado en principios «casi» wilsonianos. Esa política de acelerones y frenazos –una especie de «ducha escocesa»– desconcertó a las diplomacias de París y Londres, que creyeron en la disposición a negociar del dueño de Alemania. La llamada política del *appeasement* demostró la miopía de las dos potencias encargadas de la defensa del *statuo quo* internacional desde la victoria de 1918. Se pretendía «contentar» (traducción literal del término) al canciller en algunas de sus

solicitudes con la esperanza de satisfacer sus pretensiones y evitar una crisis militar. Los gobiernos de Francia y Gran Bretaña actuaban presionados por sus opiniones públicas, que querían evitar un baño de sangre como el de 1914-1918.

Después de acabar con la desmilitarización de Renania (marzo 1936), impuesta por los vencedores, y de anexionarse de nuevo el Sarre mediante plebiscito (13 de enero de 1935), en uno de los momentos de mayor adhesión al *Führer,* Alemania volvió los ojos hacia Austria. Este segundo paso de la política expansionista hitleriana, de mayor alcance que los anteriores, respondía a motivos étnico-nacionales. Durante los siglos anteriores se habían producido varias emigraciones de población alemana hacia la Europa oriental. Como ya hemos visto, esas comunidades estaban diseminadas desde el Báltico hasta Rumanía, e incluso llegaban al Volga. Dado que una de las premisas de la *Weltanschauung* hitleriana era el establecimiento del pueblo (o la raza) en un territorio definido, había que devolverlos a los confines del Reich. La anexión de Austria entraba en la cuenta, aunque Hitler no habló de sus intenciones hasta comienzos de 1938. Sin embargo, en este caso, las presiones de sus hombres más fieles y las inesperadas demostraciones de entusiasmo de una gran parte de la población animaron al titubeante canciller.

El caso del *Anschluss* de Austria no es el único en el que vemos cómo influía la coyuntura en el programa hitleriano. El otro ejemplo es la intervención para apoyar al general Franco en España, inspirada por el anticomunismo. En el primer caso presionó sobre todo Göring, en representación de los círculos económicos interesados tanto en las materias primas (por ejemplo, los yacimientos de hierro) como en la estratégica posición de Austria, en su condición de puente con la zona danubiano-balcánica. Hitler, por su parte, trataba de presentar sus decisiones políticas en el campo internacional como actos lineales y coherentes. Así lo declaraba en febrero de 1939:

> Todas estas decisiones no son en absoluto pensamientos que se concretan en el momento de formarse, sino planes forjados desde hace mucho tiempo, cuya concreción decido yo en el momento en que considero que las circunstancia generales son realmente favorables.

El *Anschluss* fue la anexión territorial de un Estado soberano, aunque formalmente la solicitara el gobierno de Viena basándose en una ley aprobada por su Parlamento. Más tarde se confirmaría mediante un plebiscito que reforzó la posición política de Hitler. El nombre del país se cambió por el de *Ostmark* («Marca Oriental») para subrayar la total inserción de Austria dentro del Reich germánico como bastión de la Europa suroriental.

El siguiente movimiento de Hitler, dirigido contra Checoslovaquia, fue también resultado de la coincidencia de los dos niveles de su política exterior. Por un lado, aquella república, que representaba a una nación rica y moderna, era uno de los pilares del orden establecido en Versalles. Por otro lado, dentro de sus fronteras se estaba incubando un conflicto étnico entre la población alemana, mayoritaria en la región occidental de los Sudetes (más de 3 millones), y el centralismo del gobierno de Praga. Para llevar a cabo una política exterior más radical, capaz de golpear a este difícil adversario, Hitler debía liberarse de la oficialidad del Ejército temerosa de que un ataque a Checoslovaquia debilitara el flanco occidental de Alemania, circunstancia que favorecería la intervención francesa. Ni siquiera el comienzo de los trabajos de construcción de un «bastión occidental» para mantener a raya la amenaza francesa (empresa acompañada de un intenso martilleo propagandístico) aplacó las dudas de la cúpula militar. El general Beck se encargó de expresar los temores del Ejército.

A comienzos de 1938 Hitler, llevó a cabo una purga drástica, los generales Blomberg y Fritsch, al mando de las fuerzas armadas, se vieron envueltos en sendos escándalos de índole personal montados por las SS. Hitler los obligó a dimitir. Él mismo asumió el mando supremo de las fuerzas armadas y se rodeó de oportunistas como Wilhelm Keitel y Alfred Jodl. Al mismo tiempo sustituyó al ministro de Exteriores, el conservador Konstantin von Neurath, por su fiel Joachim von Ribbentrop, arribista y hombre de partido, y reemplazó también a los embajadores de Roma, Tokio y Viena. En la capital austriaca terminaba así la carrera de Franz von Papen, el ambicioso político que apenas cinco años antes se creyó capaz de controlar a los nacionalsocialistas aceptándolos en el gobierno. Otra de las

víctimas de la purga fue Schacht, ministro de Economía y presidente del *Reichsbank*. Todos eran «compañeros de viaje» del régimen desde 1933 que no coincidían con el canciller en los tiempos y los modos de recuperar la hegemonía alemana.

Hitler se había deshecho de los indecisos y tenía las manos libres para presionar al gobierno de Praga, utilizando las reivindicaciones de la minoría de los Sudetes, que apoyaba el nacionalsocialismo[141]. Según la opinión de muchos historiadores, la decisión de conquistar Checoslovaquia representó un salto cualitativo en la política del dictador. Hasta ese momento se había limitado a concebir la Gran Alemania ultranacionalista completada con la anexión de Austria. Su programa, evidentemente, no se detenía ahí, como ya había expuesto con toda claridad el 5 de noviembre de 1937 durante una reunión con la oficialidad de las fuerzas armadas. Se contaba con la guerra, pero solo cuando Alemania estuviera preparada, salvo que se presentara una ocasión favorable. En todo caso, Hitler pensaba actuar antes de 1943-1945, porque en ese momento su ventaja armamentística quedaría anulada por una coalición de potencias occidentales con recursos muy superiores a los suyos.

El dictador sabía que el tiempo corría en su contra, tanto en términos generales (las potencias occidentales podrían concretar su superioridad) como en lo personal, dados sus temores sobre el tiempo que le quedaba de vida. En efecto, a partir de 1936 se había acentuado su hipocondría; preocupado por padecer un cáncer, estaba convencido de morirse pronto. Se puso en manos del doctor Theodor Morell, su médico personal, que lo atiborró a fármacos inútiles. Sus estados de ansiedad están confirmados por informes del Reischbank y de las oficinas de planificación de la *Wehrmacht*.

Al darse cuenta de que Francia y Gran Bretaña no deseaban verse envueltas en un conflicto, Hitler se dispuso a llevar hasta el final sus proyectos expansionistas. La presión se rebajó debido a la intención de las otras potencias de llegar a un acuerdo de última hora. En la Conferencia de Múnich (29-30 de septiembre de 1938), en la que participaron también Mussolini, el primer ministro francés Édouard Daladier y el *premier* inglés Neville Chamberlain (pero no los gobiernos de Praga y de Moscú), se llegó a un acuerdo de compromiso sobre la cuestión de los Sudetes para frenar

«durante una generación» el peligro de una guerra europea. El pacto establecía que la evacuación de las autoridades checoslovacas de los territorios alemanes se realizaría por pasos, y que en las zonas sin una clara mayoría étnica se actuaría mediante plebiscitos organizados por una comisión internacional, cosa que no ocurrió jamás.

Para Hitler, el acuerdo fue un fracaso. Pocos días después, en el palacio de los deportes de Berlín, confirmaba:

> Estamos ante el último problema que debe resolverse y que se resolverá. Es la última exigencia de carácter territorial que debo plantear a Europa, pero se trata de una exigencia a la que no puedo renunciar[142].

El 10 de octubre las tropas alemanas entraban en los Sudetes y arrancaban a la República checoslovaca un territorio importante desde el punto de vista económico y militar. Durante los meses siguientes, el dictador desmanteló lo que quedaba del país. Favoreció las aspiraciones autonómicas de los nacionalistas eslovacos, dirigidos por el partido clerical y fascista de monseñor Jozef Tiso, quien antes había acordado con Praga un estatuto federal, pero que acabó proclamando la secesión el 14 de marzo de 1939, ya protegido por Hitler[143]. Por otro lado, el *Führer* apoyó las pretensiones polacas y húngaras de hacerse con pedazos del territorio checo habitados por sus minorías. Hitler estaba convencido de que ni Londres ni París se arriesgarían a una guerra para salvar Praga, sobre todo teniendo en cuenta su falta de preparación militar y la oposición de sus respectivas opiniones públicas a entrar en un nuevo conflicto bélico.

El 15 de marzo de 1939, cuando las tropas alemanas ocuparon lo que quedaba del Estado checoslovaco, el frágil *statu quo* sufrió un golpe mortal. El territorio ocupado se convirtió en un Protectorado con una autonomía meramente formal; de hecho, fue el primer territorio extranjero ocupado y gobernado *manu militari* por la Alemania nazi. En pocos años, sin utilizar la fuerza militar, Hitler había conseguido acabar con las discriminaciones impuestas por el tratado de paz, había creado la «Gran Alemania» y había devuelto a la madre patria a 6 millones de austriacos y a más de 3 millones de alemanes de los Sudetes.

El próximo objetivo era Polonia. En ese momento ya podía explicar la finalidad del «espacio vital». Para justificarse, recurrió al argumento de acabar con la separación artificial de Danzig, ciudad alemana, del Reich. Pero como él mismo escribió en una disposición del 28 de marzo de 1939:

> Aquí no se trata de Danzig, sino de expandir nuestro espacio vital al Este, de garantizarnos el aprovisionamiento de alimentos y de resolver el problema de los Estados bálticos. Las materias primas alimentarias solo pueden obtenerse de zonas escasamente pobladas [...] En Europa no existen otros caminos[144].

El trato que Hitler reservaba para el pueblo polaco, después de descabezarlo de su clase dirigente, era el sometimiento y la explotación como

> mano de obra despojada de sus autoridades que estará a nuestra disposición, y que todos los años pondrá al servicio de Alemania trabajadores temporeros o dedicados a tareas especiales.

Tanto él como el grupo dirigente de Berlín veían en Polonia un importante suministrador de recursos y mano de obra, así como una etapa hacia la adquisición de los inmensos espacios rusos. En un discurso dirigido a los oficiales del Ejército en el Berghof, en agosto de aquel mismo año, el dictador dio indicaciones muy claras:

> Cerrad vuestros corazones a la piedad. Actuad brutalmente. Hay ochenta millones de ciudadanos que deben recibir aquello a lo que tienen derecho [...] Hoy he trasladado al Este a mis formaciones de la «calavera» con órdenes de actuar con extrema brutalidad y sin compasión para conducir a la muerte a muchas mujeres y muchos niños de etnia y lengua polacas. Solo así será posible obtener el espacio vital que necesitamos. Por otra parte, ¿quién se acuerda hoy de la destrucción de los armenios?[145]

Para atacar Polonia, que contaba con el apoyo militar de Francia y de Gran Bretaña, Hitler se valió de la sorpresa: firmó un pacto de no agresión con la Unión Soviética de Stalin, hasta ese momento *el* enemigo por antonomasia para la propaganda del régimen. La historiografía, influida por las distintas coyunturas políticas, ha debatido sobre los motivos de ambos firmantes, pero la documentación de la parte soviética continúa siendo insuficiente. Hitler necesitaba mejorar su posición estratégica en el momento de atacar Polonia, mientras que Stalin satisfacía tanto sus

objetivos de seguridad como la pretensión de recuperar las fronteras de la Rusia imperial. Como ha escrito un especialista en historia soviética:

> El pacto, que ha sido objeto de interminables polémicas políticas e historiográficas, era en realidad el resultado de una política que Stalin llevaba años practicando. No era un resultado previsto, pero tampoco del todo imprevisible[146].

El dictador georgiano temía mucho más un ataque procedente de las potencias occidentales que de Alemania; además, en los años precedentes se había intensificado la amenaza japonesa, tras la conquista de Manchuria y de parte de China. Por eso quería tener las manos libres. Por otra parte, una vez firmado el pacto, Stalin no supo prepararse en el plano militar, como demostró el éxito inicial de la *Wehrmacht* en la operación «Barbarroja» el 22 de junio de 1941.

Tampoco hay que olvidar el aspecto económico. El acuerdo comercial garantizaba al Reich suministros fundamentales de materias primas, agrícolas e industriales necesarias para una campaña militar breve y victoriosa que no afectara demasiado al nivel de vida de la población alemana. A Hitler le obsesionaba conservar el apoyo del frente interior para no arriesgarse a un desastre como el de 1918. Para resolver los problemas estructurales de una economía de guerra intentó estrechar lazos incluso con algunos países atrasados de los Balcanes. Un ejemplo es el acuerdo comercial con Rumanía, firmado en marzo de 1939, que obligaba a la economía rumana a someterse a las necesidades alemanas. Se trataba de un acuerdo importante en el sector agroalimentario, que además abrió la posibilidad de una penetración en el sector petrolífero, porque Rumanía era el segundo productor europeo[147].

Al general Georg Thomas, responsable de la planificación económica de la *Wehrmacht,* que pedía un «rearme en profundidad» aduciendo que una guerra mundial no se ganaba con frigoríficos y cocinas empotradas, los jerarcas del régimen le respondieron con la estrategia de la «guerra relámpago» *(Blitzkrieg),* que intentaba atenuar las consecuencias negativas del rearme en la vida de la población[148]. Con aquellos esfuerzos se cerraba un agujero en el aprovisionamiento de bienes para la guerra, pero, como ha demostrado Adam Tooze, se abría otro. Por poner un ejemplo, la carencia

de mano de obra industrial, sobre todo especializada, se contrarrestó congelando los salarios y los traslados de una empresa a otra mediante la imposición de una cartilla de trabajo. Pero enseguida surgió la trampa de los extras para estimular a los mejores trabajadores. Tampoco resultó eficaz la prohibición de trasladarse a las ciudades, impuesta a los braceros del campo y a los asalariados jóvenes.

Pese a las previsiones y las medidas estructurales, se estima que la cuota del rearme en el total del gasto público pasó del 1,6% en 1933 al 18,9% en 1938, crecimiento solo igualado por Japón y netamente superior al de las restantes potencias. Durante el cuatrienio 1935-1938, los gastos militares de Alemania ascendieron a 15,9 millardos de dólares, o lo que es igual, a la suma total (12,8 millardos) de los gastos militares de Francia, Gran Bretaña y Estados Unidos[149]. Pero el rearme alemán, pese a la aceleración y al dinero que costó a los contribuyentes, no estaba en condiciones de garantizar la supremacía a medio plazo. Las previsiones a largo plazo eran negativas a causa de la implicación del superior potencial estadounidense.

Veamos el pacto Mólotov-Ribbentrop. Firmado en Moscú el 23 de agosto de 1939, tuvo la repercusión de un rayo en cielo sereno para la escena internacional. Junto al pacto de no agresión, ambos diplomáticos suscribieron un protocolo secreto para repartirse esferas de influencia. En caso de ataque alemán a Polonia, esta se repartiría con la Unión Soviética, que desde ese momento tenía manos libres para actuar en el norte del Báltico, en Finlandia y en Besarabia (en la frontera con Rumanía). Pero estos puntos no estaban destinados a ver la luz, para que no se descubrieran las miras expansionistas de la URSS y, consiguientemente, no mancharan su imagen de paladín del comunismo mundial.

Hitler tenía ya el control de la situación, de modo que los intentos mediadores, sobre todo de Göring (o la propuesta mussoliniana de organizar un encuentro entre las grandes potencias), chocaron contra la voluntad de un dictador decidido a jugárselo todo. Aquella vez el *bluff* no dio resultado. Cuando las tropas alemanas invadieron Polonia el 1 de septiembre de 1939, Gran Bretaña y Francia, aplicando los acuerdos suscritos, reaccionaron con una declaración de guerra. El gobierno polaco no cedió, y su Ejército mantuvo una tenaz resistencia a pesar de la diferencia de fuerzas en el

campo de batalla. Conviene recordar que Mussolini, informado en vísperas del ataque, se atrincheró en los acuerdos que preveían la entrada en la guerra en 1943. El dictador italiano tuvo que refugiarse en el incómodo estatus de la «no beligerancia».

Bien mirada, la entrada en guerra de Alemania se debió a la desesperada determinación de un Hitler que estaba totalmente dispuesto a perseguir sus objetivos en el exterior, aunque esta vez el marco internacional fuera desfavorable. Su propio aliado «de acero» se había escaqueado en el último momento, y en el plano económico, los indicadores y las previsiones indicaban una clara desventaja de Alemania a medio y largo plazo. Por tanto, costara lo que costara, hubo que tomar la iniciativa.

Acababa de empezar la Segunda Guerra Mundial. Mientras que el frente occidental estaba detenido, inmovilizado por la llamada *(Phony War)* («falsa guerra»)[150], en el Este, Alemania agredía y conquistaba un país tradicionalmente hostil. La opinión pública reaccionó con frialdad, sin el entusiasmo que el régimen esperaba después de tantos años de propaganda; pero las preocupaciones y los posibles desacuerdos no podían expresarse en un país dominado por la represión, que durante la guerra se intensificó tanto en el interior del Reich como en los territorios ocupados, donde se persiguió a los recalcitrantes: productores agrícolas que querían evitar las normas reguladoras del aprovisionamiento, desertores, víctimas de la ya citada política de eliminación de las «vidas indignas de ser vividas» y judíos, cuyo destino ocupó el centro de la política genocida del régimen.

---

129. Cfr. la equilibrada reseña crítica de M. L. Recker, *Die Aussenpolitik des Dritten Reiches,* Múnich, 1990.

130. Publicado por primera vez en 1961, la traducción italiana, del mismo año, se ha reeditado numerosas veces, lo que demuestra el éxito de su tesis.

131. A. J. P. Taylor, *Le origini della seconda guerra mondiale,* Roma-Bari, 1961, pp. 34 y s.

132. Ibíd., p. 28.

133. K. Hildebrand, *Il Terzo Reich,* Roma-Bari, 1983, p. 220.

134. Las citas proceden de un texto inédito en ese momento, más tarde encontrado y publicado por G. L. Weinberg, *Hitlers Zweites Buch. Ein Dokument aus dem Jahr 1928,* Stuttgart, 1961.

135. Sobre las raíces culturales de la política expansionista de Hitler, véase W. D. Smith, *The Ideological Origins of Nazi Imperialism,* Nueva York, 1986

136. M. Burleigh, *Germany Turns Eastwards. A Study of Ostforschung in the Third Reich,* Cambridge, 1988.

137. M. Burleigh, *Terzo Reich,* cit., p. 590.

138. Los historiadores han recogido en la antigua RDA documentos y matices analíticos de importancia: D. Eichholzt y W. Schumann (eds.), *Anatomie des Krieges. Neue Dokumente zur Rolle des Monopolkapitals bei der Vorbereitung und Durchführung des Zweiten Weltkrieges,* Berlín, 1969.

139. E. Colloti, *Fascismo e politica di potenza: politica estera (1922-1939),* Florencia, 2000.

140. B. Mantelli, *Camerati del lavoro. I lavoratori italiani emigrati nel Terzo Reich nel periodo dell'Asse 1938-1943,* Florencia, 1992.

141. V. Zimmermann, *Die Sudetendeutschen im NS-Staat,* Essen, 1999.

142. J. Noakes y G. Pridham, *Nazism 1919-1945. A Documentary Reader,* vol. III, *Foreing Policy, War and Racial Extermination,* Exeter, 1988, p. 723.

143. Sobre las características parafascistas del nuevo Estado eslovaco, gobernado por un partido único ultracatólico, cfr. Y. Jelinek, *The Parish Republic: Hlinka's Slovak People's Party 1939-1945,* Nueva York, 1976.

144. Cit. en I. Kershaw, *Hitler,* cit., vol. II, p. 302.

145. J. Noakes y G. Pridham, *Nazism 1919-1945,* cit., p. 743.

146. S. Pons, *La rivoluzione globale,* Turín, 2002, p. 120.

147. J. R. Lampe y M. R. Jackson, *Balkan Economic History 1550-1950,* Bloomington, 1982, pp. 443 y ss.

148. El informe redactado por el general y publicado en la posguerra: G. Thomas, *Geschichte der deutschen Wehr-und Rüstungswirtschaft 1918-1943,* Boppard, 1966.

149. D. Eichholtz, *Geschichte der deutschen Kriegswirtschaft 1939-1945,* 5 vols., Múnich, 1999, vol. I, pp. 32 y ss.

150. Se difundió la definición francesa *drôle de guerre,* «guerra rara». En Alemania se le dio el nombre satírico de «guerra de los sentados», *Sitzkrieg* (o también *Blitz*).

11. Las victorias alemanas (1939-1940)

La invasión de Polonia fue un paseo militar. El Ejército polaco tenía un armamento obsoleto, especialmente en todo lo relacionado con carros de combate, aviones y tropas motorizadas. La *Luftwaffe,* con una flota aérea de casi 1300 aviones, dominaba el aire; los cazabombarderos *Stuka* llenaron de terror con sus sirenas los cielos de Varsovia. La capital sufrió un bombardeo terrible, el primero de una serie infinita de ataques desde el aire que iban a caracterizar la guerra y a provocar un gran número de víctimas y de daños. El 17 de septiembre, el Ejército Rojo, aplicando los acuerdos alcanzados con la Alemania nazi, invadía Polonia por el este. El día 27 el mando militar polaco negociaba una tregua.

Durante los meses siguientes, después de establecer a lo largo del río Bug la línea de demarcación con la URSS, se abordó el problema del gobierno del territorio recién conquistado. Las partes occidentales se anexionaron al Reich con la forma de *Gaue:* uno al norte, que incluía Danzig, recibió el nombre de *Gau* Danzig-Westpreussen y pasó a depender del gobernador de Danzig, Albert Forster. El otro, situado al sur, llamado *Gau* Wartheland (por el nombre de un río), estaba gobernado por Arthur Greiser, antes presidente del Senado de Danzig. Hitler no quiso asignar esos territorios a los militares, tal como estos pretendían siguiendo el modelo aplicado durante la Primera Guerra Mundial; creía que los militares no estaban preparados para el tipo de ocupación que él tenía en la cabeza.

En efecto, la invasión de Polonia tuvo desde el principio una finalidad de carácter étnico. A las tropas de avanzada se les habían sumado los llamados *Einsatzgruppen,* formados por policías y SS, cuyo cometido era limpiar el terreno de elementos peligrosos para el futuro dominio alemán: intelectuales, sacerdotes, oficiales del Ejército. Tales grupos dependían formalmente de la *Wehrmacht,* pero enseguida conquistaron una considerable autonomía. Las represalias, los asesinatos indiscriminados y

los robos estaban a la orden del día. Y a los *Einsatzgruppen* se sumaban oficiales y soldados de la *Wehrmacht*[151].

Con la conquista se pretendía ampliar el espacio vital destinado al pueblo alemán creando un bastión oriental contra la amenaza eslava. Como bien ha escrito Collotti:

> Hasta la invasión y la derrota de Polonia no empezaron a concretarse los proyectos de reestructuración política, administrativa y racial de las primeras zonas ocupadas, así como las primeras actuaciones genocidas destinadas a facilitar los intercambios y la reclasificación de poblaciones enteras como parte de tales proyectos, conforme al más ambicioso plan de purificación racial del Reich y de la zona sometida a su dominio[152].

Por tanto, debía llevarse a cabo la colonización de los territorios anexionados con sujetos procedentes de las filas de los *Volksdeutsche,* que durante los meses siguientes quedarían dentro de las fronteras del Reich. Para lograrlo, había que liberar los territorios de presencia polaca y judía: convertirlos en *polenfrei* y *judenfrei.* Para realizar sus planes, el 7 de octubre Hitler nombró a Himmler comisario para el Reforzamiento del Pueblo Alemán, con los siguientes encargos:

> 1) repatriar del extranjero a los ciudadanos alemanes y gentes de raza germánica que cumplan los requisitos para un regreso definitivo a las fronteras del Reich; 2) eliminar la influencia perniciosa de los elementos extranjeros en la población, debido a su carácter deletéreo para el Reich y la comunidad alemana; 3) fundar colonias nuevas, sobre todo a través del asentamiento de ciudadanos alemanes y de gentes de etnia germánica que regresen del extranjero[153].

Metas ambiciosas y poderes infinitos que consolidaban el peso de Himmler tanto en el Tercer Reich como en la Europa ocupada.

Pero evacuar esas masas ingentes no era fácil: ¿en qué otro territorio habría que ubicarlas?, ¿cómo alojarlas?, ¿cómo alimentarlas? Según la mentalidad nacionalsocialista, para que los nuevos colonos disfrutaran de los niveles de vida apropiados para su superioridad racial deberían disponer de una masa de trabajadores esclavizados. Por tanto, al menos en cierta medida, necesitaban a los polacos. El problema de la superpoblación polaca podía resolverse trasladando a suelo alemán a trabajadores de ambos sexos, necesarios para la economía de guerra. Aunque la mayor parte de las veces se empleó la violencia para reclutarlos, no fueron pocos los que se

presentaron voluntariamente, atraídos por la perspectiva de salarios más altos. En 1941 había un millón de polacos trabajando en el Reich. «Según una estimación, solo el 15% se había presentado espontáneamente»[154].

En todo caso, se trató de trasladar a la mayor cantidad posible de polacos hacia la zona central del territorio ocupado, donde se hallaba Varsovia. El territorio, con una población de casi 12 millones de habitantes, quedó en manos de uno de los principales dirigentes del régimen: Hans Frank. No está claro cuál era el destino de aquellas tierras que formaban el Gobierno General, como se llamó, retomando el nombre de 1915-1918. No estaban anexionadas al Reich, pero dependían de las leyes alemanas. Parece que para Hitler representaba un espacio de desahogo donde meter a las poblaciones peligrosas, una especie de «vertedero étnico».

Pero también en este caso la realidad se alejaba de los propósitos: de algún modo había que administrarlo, y su economía debía funcionar al menos para mantener a los residentes y sobre todo para abastecer al Reich. Desalojar a millones de polacos y de judíos de los territorios anexionados podría provocar inestabilidad y agravar las ya precarias condiciones de vida. Frank se oponía a convertir el territorio que gobernaba en un «vertedero étnico». Naturalmente, no lo hacía por amor a los polacos, a los que despreciaba profundamente, sino (como ocurrió con otros plenipotenciarios en los territorios ocupados) porque sentía un cierto orgullo «profesional» y, por así decirlo, quería que su territorio funcionara lo mejor posible. Por tanto, empleando una terrible violencia y en pocos meses, fueron trasladadas allí unas 900.000 personas, sin ningún plan para alojarlas y alimentarlas.

En cuanto a los judíos, en los territorios polacos quedaban cerca de 1.500.000, después de que varios centenares de miles consiguieran huir más allá del río Bug. Los nazis se encontraron con una comunidad formada en gran medida por judíos ortodoxos que representaban el estereotipo negativo del *Ostjude*. Heydrich decidió concentrarlos en guetos, dentro de las principales ciudades, para tenerlos controlados. El decreto de 21 de septiembre obligaba a formar en los guetos Consejos de ancianos judíos *(Judenräte)* para cargar sobre sus espaldas las posibles protestas y los problemas administrativos. Los guetos eran, en cierto modo, una solución

evidente aunque provisional[155]. La concentración exclusiva en guetos grandes no se realizó nunca, de modo que en Polonia hubo unos 400, entre grandes y pequeños. Además, el calendario establecido por Heydrich tampoco se respetó y, debido a las dificultades logísticas, los guetos se crearon meses y hasta años después de lo previsto. El gran gueto de Varsovia, que llegaría a contener hasta 450.000 personas, se encerró dentro de un muro elevado con varias torres vigías el 5 de noviembre de 1940. En el gueto de Lodz –rebautizado Liztmannstadt–, en el *Gau* Wartheland, vivían algo menos de 200.000 personas y se creó en mayo de 1940; es decir, la solución provisional de los guetos se prolongó dos y hasta tres años[156].

La invasión de Polonia se produjo sin que las potencias occidentales intervinieran con algo más que una inútil declaración de guerra. Esa pasividad, debida a la incertidumbre política y a la falta de preparación militar, acabó de convencer a Hitler de que las democracias estaban destinadas a la derrota. Por tanto, durante los meses siguientes estuvo preparando las operaciones militares en el oeste.

Noruega y Dinamarca eran los próximos objetivos. En este caso predominaban motivos estratégicos y económicos que estuvieron ausentes en el caso polaco. Había que controlar la salida del Báltico, así como las costas noruegas, antes de que Gran Bretaña bloqueara el Mar del Norte. Noruega era también un importante proveedor de materias primas (maderas) y un puerto de embarque del mineral de hierro sueco. Un político noruego, ambicioso y vinculado a Berlín, Vidkun Quisling, fundador del *Nasjonal Samling,* supo aprovechar el peligro que suponía un desembarco británico. El 1 de marzo comenzaba la invasión de los dos países nórdicos. Dinamarca se rindió en pocas horas y el Ejército noruego presentó una breve resistencia. El desembarco británico en el puerto de Narvik, situado al norte del país, solo provocó unos cuantos días de feroces combates. El 7 de abril, el rey y el gobierno se exiliaron a Gran Bretaña. Quisling proclamó un gobierno nacional, tratando de anticiparse a los ocupantes, pero sus deseos se frustraron y tuvo que esperar aún dos años para que se le presentara la ocasión de organizar un gobierno fantoche.

Hitler puso Noruega en manos de un gobernador político, el *Gauleiter* de la Renania, Fritz Terboven, pero el Ejército desempeñó una función muy

importante en el control del país debido a la relevancia estratégica que tenían sus costas.

La forma de poner freno a la ambición de Quisling, colaboracionista por su ideología cercana al nazismo, es la primera de una larga serie de casos en los que Hitler y los suyos se mostraron poco generosos con los entusiastas colaboradores que encontraron durante la guerra. En primer lugar, desconfiaban de ellos, y en segundo lugar, interesados como estaban en que todo funcionara con la mayor normalidad posible y dado que los grupos colaboracionistas representaban un factor de división, preferían a las burocracias tradicionales para gobernar los territorios ocupados con un mínimo empleo de recursos. Fue el modelo predominante en la Europa occidental[157].

El siguiente paso era atacar Francia. En este caso, Hitler, demostrando una notable habilidad estratégica, apoyó la propuesta del general von Manstein, partidario de atacar por el punto más difícil sobre todo para las unidades motorizadas y acorazadas, punta de lanza de la *Wehrmacht*. Durante los años anteriores, Francia, al darse cuenta del crecimiento de la fuerza militar alemana, eligió una estrategia defensiva. Por consejo del ministro Maginot y del mariscal Pétain se construyó una línea fortificada («línea Maginot»), que, debido a los costes de construcción y a la orografía del terreno, no pudo ser continua. Von Manstein propuso atacar precisamente en la zona boscosa de las Ardenas, donde la fortificación presentaba mayores discontinuidades. El 10 de mayo comenzó el ataque a Bélgica y Holanda, que los oficiales franceses (documentos de agosto de 1914) consideraban el principal; sin embargo, el gran ataque lo llevaron a cabo en las Ardenas las tropas mandadas por von Kleist. El elemento sorpresa, la incapacidad de los franceses para coordinar las acciones de la aviación con las unidades de tierra y el cansancio de oficiales y soldados provocaron la catástrofe. El mismo Ejército que había resistido cuatro años y medio en Verdún y en el Marne fue barrido en pocas semanas. Las divisiones acorazadas alemanas avanzaron con tal velocidad que inutilizaron las líneas defensivas francesas. En pocos días llegaron a las costas del Canal de la Mancha, donde quedaron atrapadas gran parte de las tropas británicas y los residuos de tropas francesas y belgas. El gobierno

inglés comenzó las operaciones de evacuación de las playas de Dunquerque con una flota heterogénea, formada, entre otros elementos, por pesqueros y pequeños yates privados. Hitler escuchó a Göring, que le había prometido liquidar a los ingleses con bombardeos aéreos, y al mariscal von Rundstedt, que le pidió varios días de descanso para las tropas antes de atacar París. Cuando se decidió a dar la orden de atacar a fondo, una gran parte de las tropas aliadas (340.000) ya se había puesto a salvo.

El 16 de junio, el dimisionario primer ministro francés Reynaud fue sustituido por el anciano mariscal Pétain, héroe de la Gran Guerra, que se declaró dispuesto a asumir la responsabilidad del armisticio con tal de conseguir el resurgimiento de la «Francia eterna». El 21 de junio de 1940, en el bosque de Compiègne, Hitler humilló a los generales franceses en el mismo vagón de tren en que el Ejército alemán había experimentado la terrible frustración veintidós años antes.

Hasta los más escépticos se convencieron del genio estratégico de Hitler, sumado a una suerte que, al parecer, nunca le volvía la espalda. Sus alabanzas fueron bien recompensadas. El 19 de julio Hitler ascendió de golpe a 31 generales, de ellos 12 con el bastón de mariscal. Además, les concedió como premio una pensión vitalicia de 4000 marcos mensuales[158]. Josef Keitel, su jefe de Estado Mayor, dijo de él que era el «caudillo militar más grande de todos los tiempos». La campaña contra Francia, que no costó a Alemania más de 50.000 caídos, produjo la captura de 1.500.000 militares franceses y vengó la humillación de Versalles. La mayor parte de los prisioneros pasó mucho tiempo en poder de los alemanes, convertidos en trabajadores forzosos y utilizados para chantajear al gobierno colaboracionista de Vichy.

Los ejércitos alemanes habían conquistado parte de la Europa del este y toda la Europa occidental, además de Noruega y Dinamarca. Sin embargo, el programa hitleriano parecía alterado. Gran Bretaña, con todo su potencial, no se había puesto de su parte, tal y como Hitler esperó alguna vez, y no daba señales de ceder. Desconsolado, el canciller alemán tuvo que reconocérselo a Rudolf Hess: «Toda mi obra se esfuma. Escribí mi libro para nada».

El 1 de agosto de 1940, un Hitler poco convencido daba órdenes de atacar Gran Bretaña desde el cielo para preparar el desembarco de la operación «León marino». Le parecía que Alemania y Gran Bretaña, al tener más intereses comunes que motivos de enfrentamiento, podrían acordar un reparto de sus esferas de influencia, sobre todo considerando que una parte de la clase dirigente de Londres prefería la paz a la guerra. Cabe, pues, la posibilidad de que tomara la decisión de atacar desde el cielo más para presionar al gobierno y a la opinión pública británica que para preparar realmente una invasión.

Durante las semanas siguientes la *Lufwaffe* y la *Royal Air Force* (RAF) se encontraron en los cielos británicos. Estaban casi a la par. La diferencia era que la RAF poseía unos excelentes cazas *(Spitfire y Hurricane),* mientras que los alemanes carecían de un bombardero con potencia suficiente para que las incursiones sobre las ciudades británicas fueran decisivas. No se necesitó mucho tiempo para que los ingleses demostraran su superioridad y los alemanes comenzaran a sufrir grandes pérdidas. Una cuarta parte de los 200 aviones alemanes que bombardearon Londres el 15 de septiembre no regresaron a sus bases. Por consejo de sus militares, Hitler decidió que los bombardeos fueran nocturnos. A raíz del terrible bombardeo de Coventry, el 14 de noviembre, en el que 450 aviones alemanes destruyeron el centro histórico de la ciudad y causaron un millar de víctimas, Goebbels, ministro de Propaganda, amenazó a todo aquel que osara resistirse con un nuevo verbo de su invención: «coventrizar». No obstante, pocas semanas después, Hitler comprendió que la batalla estaba perdida y dio órdenes de interrumpirla.

---

151. A. Rossino, *Hitler Strikes Poland, Ideology, Atrocity,* Nueva York, 2003. Continúa siendo fundamental, H. Krausnick, *Hitlers Einsatzgruppen. Die Truppen des Weltanschauungkrieg 1938-1942,* Fráncfort, 1981.

152. E. Collotti, *L'Europa nazista. Il progetto di un nuovo ordine europeo,* Florencia, 2002, p. 45.

153. R. Koehl, *RKFDV. German Resettlement and Population Policy,* Cambridge (Mass.), 1957, pp. 45-46.

154. R. J. Evans, *Il Terzo Reich in guerra,* Milán, 2014, p. 26.

155. Cfr. El reciente estudio de D. Michman sobre la génesis de los guetos: *The Emergence of Jewish Ghettos during the Holocaust,* Cambridge, 2011.

156. Remito a mi obra *I ghetti di Hitler. Voci da una società sotto assedio 1939-1944,* Bolonia, 2001.

157. Esencial M. Mazower, *L'impero di Hitler. Come i nazisti governavano l'Europa occupata,* Milán, 2010. Pero me permito remitir también a mi libro *Il sogno del «grande spazio». Le politiche d'occupazione nell'Europa nazista,* Roma, 2005.

158. J. Förster, *Die Wehrmacht im NS-Staat. Eine strukturgeschichtliche Analyse,* Múnich, 2007, p. 169.

12. La guerra ideológica en el Este y el exterminio de los judíos

La invasión de la Unión Soviética en junio de 1941 significó un salto cualitativo en una guerra que ya desde ese momento fue incomparable con conflictos anteriores[159]. Hitler se consideraba enemigo de Rusia y del bolchevismo porque, según su opinión, era una de las vías más sutiles del judaísmo para llevar a cabo su obra de destrucción de la civilización. Al mismo tiempo, el inmenso territorio ruso era ideal para la expansión del pueblo germano.

Ya en los años treinta, y más aún durante la guerra, Hitler se erigió en defensor de la Europa cristiana frente a la marea del bolchevismo ruso. Su intención era convencer a los pueblos europeos para que aceptaran el «orden nuevo» dirigido por Alemania. Como dijo en un discurso de marzo de 1936:

> Tiemblo por Europa cuando pienso en lo que podría convertirse nuestro viejo continente superpoblado si, con la difusión de esta concepción asiática del mundo, capaz de destruir e invertir los valores actuales, venciera el caos de la revolución bolchevique.

Por mucho que agitara ante la opinión pública alemana e internacional el espantajo de la conjura judeo-bolchevique, Hitler, fiel a su premisa ideológica de que los judíos eran incapaces de construir estados duraderos, estaba convencido de la debilidad del aparato militar soviético. También considero en ocasiones que el Estado soviético acabaría desplomándose por culpa de los nacionalismos. Sin embargo, reaccionó con frialdad cuando Alfred Rosenberg, ministro de los Territorios Ocupados del Este, le propuso practicar una política de *divide et impera* aprovechando los nacionalismos existentes que podría ser muy beneficiosa para el dominio nazi. En efecto, las poblaciones no rusas –como los bálticos o los ucranianos– tendían a considerar liberadores a los alemanes, de los que esperaban la concesión de

algún tipo de autonomía, pero en ese terreno Hitler siempre puso por encima de todo el factor ideológico. Aunque permitió la creación de milicias colaboracionistas para luchar contra los partisanos, ni suavizó la explotación despiadada de los territorios ocupados ni abandonó su política colonial, basada en el sentimiento de superioridad.

Debido a su minusvaloración de la capacidad militar soviética (compartida por casi todos sus generales), abordó con enorme optimismo la operación «Barbarroja», que suponía un ataque masivo que debía alcanzar Moscú y los Urales antes de la llegada del invierno, y, una vez alcanzada la derrota del ejército soviético, la preparación de plan de ataque dirigido a Oriente Medio e Irán y finalmente a la India.

Con la decisión del 31 de julio de 1940 (cuando no habían comenzado aún los ataques aéreos contra Gran Bretaña), comunicada a un pequeño círculo de generales en el Obersalzberg y transformada en directiva estratégica el 18 de diciembre, la idea del dictador quedó meridianamente clara. Durante las semanas siguientes, en una serie de reuniones con Himmler, Heydrich y el mando militar, comenzaron a tomar cuerpo las disposiciones para que tanto la *Wehrmacht* como los *Einsatzgruppen* se deshicieran de la clase dirigente comunista. En el discurso que dirigió a los generales el 30 de marzo de 1941, Hitler definía así el inminente choque:

> Guerra de ideologías. Condena aplastante del comunismo [...] El comunismo es un gran peligro para nuestro futuro [...] Esta es una guerra de aniquilamiento. Si no entendemos este concepto, aunque derrotemos a nuestros adversarios, dentro de treinta años nos encontraremos combatiendo otra vez con el enemigo comunista.

El mando militar estaba de acuerdo. El *Kommissarbefeld,* dictado el 6 de junio de 1941 por el mando supremo, representa el momento culminante de esta transformación del conflicto en barbarie, basada en la convicción de que las fuerzas armadas soviéticas, empujadas por los comisarios políticos, combatirían al margen de cualquier «principio de humanidad». En consecuencia, se ordenaba actuar de un modo preventivo, eliminando «inmediatamente y con la máxima severidad» a todos los comisarios políticos del Ejército Rojo que se capturaran. No hubo muchas voces en contra dentro del Ejército[160]. En posteriores disposiciones se amplió la lista de las categorías a eliminar:

> Todos los funcionarios de la Komintern (y todos los políticos comunistas de cualquier tipo), los comisarios del pueblo, los judíos con cargos dentro del partido y del Estado, así como otros elementos radicales (saboteadores, propagandistas, francotiradores, asesinos, agitadores, etc.)[161].

¿Por qué decidió Hitler atacar el Este sin derrotar antes a Gran Bretaña? A comienzos de 1945, en las reflexiones retrospectivas que dictó a Bormann (cfr. *supra,* cap. VI, nota 5), afirmaba:

> Durante la guerra nunca tuve que tomar una decisión de mayor alcance que la de atacar Rusia [...] Inglaterra, gobernada por imbéciles, se había negado a concederme el predominio en Europa para firmar entre nosotros una paz sin victoria [...] De eso se desprendía que la guerra se iba a prolongar hasta el infinito, lo que provocaría una mayor implicación de los americanos al lado de los ingleses [...] Porque el tiempo correría cada vez más en contra de nosotros.

Vemos, pues, la importancia del factor tiempo. Puesto que a largo plazo se acabarían las materias primas nacionales, era imprescindible adquirir cuantas más mejor fuera de Alemania, sobre todo en la Unión Soviética.

Para Hitler, empeñado en evitar la destrucción de la moral de aquel «frente interno» que se había rendido en 1918, la economía alemana no podía depender de la guerra. Por tanto, se preocupó de mantener en la medida de lo posible el nivel de vida de su población. Y obtuvo buenos resultados. Las raciones de alimentos –según una rigurosa jerarquía basada en la función que cada cual desempeñaba en la *Volksgemeinschaft*– se conservaron casi inalteradas hasta el otoño de 1944, y el aparato distribuidor de los bienes de consumo continuó funcionando. Este resultado, tan importante para consolidar el apoyo de la población –sobre todo comparándolo con lo ocurrido en 1917-1918 y durante los años de la gran crisis–, fue posible por la explotación despiadada de los territorios ocupados y por la jerarquización de los alimentos según criterios raciales: mientras que al denominado «consumidor normal» le correspondían unas raciones diarias de 2000-2200 calorías (a los que realizaban un trabajo duro se les asignaban raciones de 3400 calorías), las de los judíos de los guetos no pasaban de 620[162].

Era obligado lanzar también contra la Unión Soviética una «guerra relámpago». Hitler y sus colaboradores confiaban en la explotación del

enorme potencial del territorio ruso. En el llamado «Expediente Verde», redactado en vísperas del ataque, se establecían grandes planes de explotación de unos recursos que se creían infinitos; estos planes daban también por descontado que una parte de la población, considerada «consumidora inútil», podría ser eliminada o desterrada a Siberia. Eran por lo menos 30 millones de personas[163].

El ataque a la Unión Soviética se vio postergado de manera imprevista por la necesidad de intervenir en Yugoslavia y obligar a este país a alinearse con Alemania para tener protegido el flanco sur del ataque. A finales de marzo de 1941 hubo un golpe de Estado en Belgrado que acabó con el gobierno proalemán y dio el poder a los partidarios de Inglaterra. Añádase a esto la petición de ayuda de Mussolini, bloqueado en el frente greco-albanés.

Para abordar estos dos problemas, el 6 de abril se lanzó un ataque contra Yugoslavia, en el que participaron también tropas italianas y húngaras. En pocos días derrotaron al Ejército yugoslavo, y el 27 de abril las tropas alemanas entraban en Atenas. Toda la Península balcánica quedaba en manos alemanas e italianas. Surgió entonces un rompecabezas de territorios sometidos a ocupación militar o administrados por gobiernos fantoches, como en Serbia. Mayor autonomía política consiguió el combativo gobierno de los nacionalistas croatas dirigidos por Ante Pavelic´, que durante los años siguientes, protegido por los alemanes, llevó a cabo una política de limpieza étnica contra serbios, judíos y gitanos. La intervención militar para ayudar a Italia en el frente griego no puede considerarse el motivo principal del retraso en el inicio de la invasión de la URSS. Hitler actuó para eliminar el peligro de una Yugoslavia que era poco de fiar en el momento en que se preparaba el gran ataque al Este.

Al amanecer del 22 de junio de 1941 –el mismo día en que Napoleón comenzó la invasión de Rusia 129 años antes–, un ejército formado por más de 3 millones de combatientes, con 3600 blindados y 7000 piezas de artillería, desencadenaba la campaña más grandiosa de la historia. Parecía que la marcha de las operaciones daba la razón a Hitler. Gracias al factor sorpresa (Stalin no había dispuesto un plan defensivo)[164]y a su superior organización, en el mes de octubre, después de arrasar con todos los

obstáculos, las divisiones acorazadas se hallaban casi a las puertas de Moscú y de Leningrado. Las pérdidas soviéticas superaban los 2.000.000 de caídos, desaparecidos y prisioneros; entre ellos había 142.000 oficiales. El 5 de julio Hitler afirmaba que

> de momento la frontera oriental podría fijarse en los Urales, pero lo que cuenta es exterminar el bolchevismo [...] Moscú, por ser el centro de esa doctrina, deberá desaparecer de la faz de la tierra[165].

Pero en el otoño, el barro primero y el frío después frenaron la máquina de guerra alemana, y las fuerzas soviéticas no solo conservaron sus posiciones, sino que pudieron lanzar incluso una contraofensiva. El 3 de diciembre un centenar de divisiones de refresco, formadas por reclutas del Asia soviética, se lanzó contra las exhaustas tropas alemanas: la contraofensiva costó a los alemanes 200.000 bajas y casi 500.000 prisioneros, viéndose obligados a retroceder varias decenas de kilómetros. Fue un golpe durísimo para un Hitler acostumbrado a los éxitos. A finales de noviembre, tras uno de sus cambios de humor, Hitler admitió que en aquellas condiciones era imposible la victoria; no obstante, después se retractó, y el 16 de diciembre, pese a las quejas de los generales, que sugerían una pausa táctica para acortar las líneas de aprovisionamiento, dio órdenes a las tropas de resistir en su puesto.

En sus elucubraciones sobre el futuro, el dictador imaginaba una mezcla de Imperio romano e Imperio británico en versión moderna, en la que la clase de los dominadores gobernaría con mano de hierro el inmenso territorio y dispondría de una población esclavizada. «Los territorios rusos serán para nosotros lo que la India ha sido para Inglaterra». Así resumía su idea imperial. En la frontera del Este se establecería un bastión militar para rechazar a las hordas eslavas. Los territorios conquistados se dotarían de modernas infraestructuras de autopistas y ferrocarriles para acoger a 20 millones de colonos de sangre alemana, procedentes de toda Europa. Gracias a los inmensos recursos extraídos en la Rusia ocupada, el imperio que se crearía sería autosuficiente.

En la campaña contra la URSS intervinieron también tropas rumanas, húngaras, finlandesas e italianas, además de distintos voluntarios

procedentes de otros países. La participación en el conflicto de Hungría y Rumania respondía a unos motivos territoriales concretos[166]; Finlandia deseaba tomarse la revancha de la llamada «Guerra de invierno» de 1939-1940[167], y Mussolini, por su parte, esperaba recuperar la presencia de Italia en el Eje después de las derrotas sufridas y conservar la iniciativa política a la vista de los nuevos escenarios que se abrían en Oriente Medio y el Cáucaso. El mando militar alemán reaccionó negativamente a las ofertas de Mussolini por considerar que las débiles fuerzas armadas de Italia debían concentrarse en el tablero mediterráneo, pero Hitler no quería prescindir del apoyo de un aliado al que consideraba mucho. Así pues, aprobó la participación en Rusia de un cuerpo expedicionario, que en la primavera siguiente aumentó hasta convertirse en un ejército (ARMIR, *Armata italiana in Russia)* de unos 220.000 hombres.

Es muy probable que la decisión de declarar la guerra a los Estados Unidos, el 11 de diciembre de 1941, deba entenderse en el mismo contexto. Desde el punto de vista estratégico, carecía de sentido provocar a Roosevelt. Una declaración de guerra unilateral (a la que se sumó el dictador italiano) favorecía al presidente de los Estados Unidos, que tenía muchos problemas para superar el aislacionismo de la opinión pública. Este acto era casi un desafío de Hitler a sí mismo, con el que reavivaba su indomable voluntad al quemar los barcos y destruir toda posibilidad de negociación. Como ha escrito Kershaw, «concesión, compromiso, renuncia eran para él conceptos inconcebibles»[168]. Al excluir cualquier tipo de retroceso, Hitler solo podía elevar la apuesta para sí y para el pueblo alemán, unidos por un destino indisoluble[169]. De esta forma puede interpretarse el siguiente fragmento del discurso con que el dictador anunció la declaración de guerra:

> Si la providencia no ha querido ahorrar al pueblo alemán este enfrentamiento, deberé agradecerle el haberme confiado la dirección de este choque histórico que decidirá para los próximos quinientos o mil años no solo la historia alemana, sino también la europea e incluso la mundial.

Como en el caso soviético, Hitler subestimó las cualidades militares del pueblo estadounidense. En una de sus conversaciones durante una comida,

afirmaba: «Yo, por los americanos, siento desprecio y una profunda repugnancia». Finalmente, tampoco podemos olvidar el factor tiempo; Hitler no se sentía en buenas condiciones físicas y estaba convencido de que debía actuar deprisa.

La guerra ideológica contra la Unión Soviética, incubada por él durante veinte años, no fue solo una cuestión personal. Grandes grupos de la población, adoctrinada por estereotipos negativos sobre el judeo-bolchevismo, acogió la agresión de buen grado, y otro tanto puede decirse de las fuerzas armadas. El personal de ambos sexos enviado a los territorios ocupados para administrarlos estaba imbuido de racismo y compartía muchas de las consignas ideológicas del régimen[170]. El carácter de barbarie que tuvo el conflicto en el Este[171] se advirtió también en otros frentes; así, muchas divisiones que habían estado allí protagonizaron luego brutales matanzas de civiles en Italia y en Francia[172]. Es indiscutible el peso que tuvo el factor ideológico, consecuencia de un fuerte adoctrinamiento incluso en el frente de batalla, según el cual el enemigo era de raza inferior y, al mismo tiempo, hipócrita y peligroso. Añádase a esto un extendido complejo de superioridad y las ventajas materiales y psicológicas de la explotación de los territorios ocupados. Más tarde, cuando la suerte de la guerra se invirtió, habría que sumar el factor del miedo.

La interiorización de los estereotipos antieslavos y antijudíos en los combatientes se comprueba en el trato que recibieron los prisioneros de guerra. El avance de las divisiones acorazadas, aparentemente irrefrenable, adquirió la forma de una enorme bolsa en la que quedaron atrapados miles de soldados del Ejército Rojo: 328.000 en Bialystok, 300.000 en Smolensk y cerca de 600.000 en una gran bolsa al este de Kíev. Hasta la primavera de 1942, la *Wehrmacht* y sus aliados hicieron 3,7 millones de prisioneros, que quedaron concentrados en campos improvisados, muchas veces al raso, sin comida ni medicinas, sin letrinas ni agua corriente. La mortalidad fue altísima. La situación empeoró a partir de octubre de 1941, tanto por el cambio en las condiciones climáticas como por el recorte de las raciones, ya míseras, para aquellos que no estaban en condiciones de trabajar, que eran muchos por culpa de la desnutrición. Se ha calculado que en el primer año de guerra murieron la mitad de los prisioneros.

> La culpa del trato criminal debe atribuirse en primer lugar a los responsables políticos del Estado y a los mandos superiores, que luego, para justificarse, adujeron una situación de necesidad inexistente[173].

Debido a los prejuicios raciales, ni siquiera se explotó la enorme reserva de mano de obra que representaban los prisioneros: en marzo de 1942 no trabajaban más de 166.481 prisioneros soviéticos.

Estos prejuicios, alimentados por la propaganda, se notaron también en la retaguardia, que estaba sometida a la administración militar[174]. Casi un tercio de los 65 millones de civiles residentes en los territorios ocupados quedó bajo administración directa del Ejército, encargado de garantizar la seguridad de las tropas y de avituallarlas con los recursos disponibles en cada lugar.

Fueron drásticas las medidas adoptadas en la lucha contra los partisanos, considerados una gran amenaza, y se preparaban razias en las que se utilizaba una fuerza brutal, muchas veces desproporcionada. Tanto estas razias como las represalias afectaban sobre todo a los judíos, que eran considerados auténticos *Bandenhelfer* (cómplices de los bandidos). Así, una de las operaciones que se llevaron a cabo en octubre de 1943 contra los partisanos de la región de Minsk (el movimiento partisano comunista estaba bien organizado en Bielorrusia) produjo 327 muertos, 227 capturados y 182 personas «tratadas» (es decir, asesinadas) frente a 12 militares alemanes fallecidos y 41 heridos. En el curso de la operación se incendiaron 87 pueblos y se condenó a la deportación y a trabajos forzados a 6752 hombres, 3264 mujeres y 1708 niños. El botín fue de casi 50.000 cabezas de ganado[175]. Se estima que las razias contra los partisanos provocaron entre 160.000 y 200.000 víctimas[176]. Todavía se ha estudiado poco el fenómeno de la despoblación de regiones enteras por parte de la *Wehrmacht* con el objetivo de asegurarse la retaguardia y reunir el mayor botín posible.

La conquista de un vasto espacio en el Este abrió la posibilidad de una colonización masiva. Según el dictador:

> En Crimea tendremos cítricos, plantas de caucho (con 40.000 hectáreas nos haremos independientes) y algodón. Los pantanos de Pripjat nos suministrarán juncos. A los ucranianos les venderemos a precio de oro los pañuelos de seda, los collares y todas esas cosas que le gustan a la gente de las colonias[177].

En el centro de este proyecto estaba Himmler, quien el 7 de octubre de 1939 había recibido el nombramiento de *Reichskommissar für die Festigung des deutschen Volkstums* (Comisario para el Reforzamiento del Pueblo Alemán). Himmler tenía carta blanca para levantar un baluarte étnico, social, económico y militar que hiciera frente a la amenaza eslava y eliminara todo aquello que obstaculizara la colonización.

La política del comisariado, donde trabajaban agrónomos, demógrafos, economistas y antropólogos, pretendía la «vuelta» de los llamados *Volksdeutsche,* alemanes pertenecientes a comunidades repartidas por varios países. Mediante una serie de acuerdos con la Unión Soviética, Rumanía e Italia (en este último caso para los hablantes de alemán que vivían en el sur del Tirol), de 1939 a 1941 se repatrió a más de 500.000 personas consideradas de etnia alemana, a las que se sumaron otras 200.000 en el bienio siguiente. La política de repatriación dio buenos resultados cuantitativos sobre todo para los ciudadanos de lengua alemana en la Unión Soviética y los países bálticos, temerosos de la política represora del régimen comunista. En el sur del Tirol la aceptación de la llamada «opción» fue también numerosa (alrededor del 80%); en este caso, la comunidad de habla alemana estaba convencida de que si la opción era aceptada de forma masiva, Mussolini estaría dispuesto a ceder todo el territorio al Reich. Pero esto no se produjo, y solo se marchó una quinta parte de la población (60.000), especialmente de personas que tenían poco que perder[178].

A pesar de la instrumentalización propagandística, la política del *Heim ins Reich* («repatriación») se empantanó debido a profundas contradicciones. Los recién llegados tuvieron problemas para integrarse, entre otras razones porque el espacio disponible era menor de lo que los planificadores habían pensado. Resultó que los inmensos territorios que Hitler imaginó vacíos y disponibles para crear un espacio vital alemán estaban atestados. De los judíos podían librarse tranquilamente, pero la población eslava era útil como mano de obra esclavizada. Así, en enero de 1944, unos 278.000 repatriados (casi un tercio del total) se hallaban todavía en campos provisionales. Por otro lado, la «calidad racial» de los repatriados resultó inferior a la esperada y su fidelidad ideológica discutible, ya que eran pocos los que conocían el nacionalsocialismo y

compartían sus ideales. No eran los mejores candidatos para defender el bastión alemán[179].

Indiferentes a los problemas, los planificadores continuaban elaborando planes ambiciosos. De 1940 a 1942 prepararon el llamado *Generalplan Ost* (GPO), «plan general para el Este», por el que se reorganizaba el territorio étnica, social y económicamente. Había que crear grandes asentamientos alemanes, lo que suponía la expulsión de las poblaciones eslavas y judías, poco de fiar. Los planificadores imaginaban una sociedad «perfecta», con un equilibrio absoluto entre el campo y la ciudad, y entre las clases sociales. La primera versión del plan, elaborado en enero de 1940 por un departamento que dirigía el agrónomo Konrad Meyer, afectaba a los territorios polacos anexionados, donde se decretaba la expulsión de 500.000 judíos y no menos de 3 millones de polacos. A los colonos alemanes, que deberían haber sido entre 1 y 5 millones, se les asignarían fincas del tamaño necesario para mantener a una familia. Las fincas de mayor tamaño (hasta 200 hectáreas) se cederían a los llamados *Wehrbauern* («campesinos-defensores»), encargados de formar un baluarte defensivo de la amenaza eslava. Debido a sus especiales cualidades raciales, los *Wehrbauern* se reclutarían de las SS.

Coincidiendo con la ofensiva de 1942 contra el Ejército Rojo, mediante la que Hitler pensaba romper la resistencia rusa, se elaboró una segunda versión del GPO, que fue presentada a Himmler en el mes de junio de ese año. El nuevo plan, de dimensiones aún mayores, establecía zonas de colonización en territorio ruso: región de Leningrado, Crimea y región de Memel-Narew. Había que organizar franjas militarizadas de colonización (los llamados «collares de perlas») que enlazarían el Reich con estas avanzadillas. La mayor parte de la población local –unos 30 de los 45-50 millones de personas (sin contar a los judíos, cuya eliminación se daba por sentada)– sería trasladada más al este, sin preocuparse de su destino. La masa restante se emplearía como mano de obra esclava. El tiempo previsto para la realización del plan era de 25 años, durante los cuales se asentarían a 5-6 millones de alemanes procedentes en su mayoría del Reich. Pero Himmler solicitó una reducción de los tiempos y una ampliación de las zonas que deberían germanizarse, en la que se incluía Lituania.

Hitler no solo aprobó estos planes, sino que se permitió elucubraciones aún más osadas, especialmente antes del verano de 1942:

> Si asiento en los territorios del Este a un millón y medio de alemanes procedentes de nuestras comunidades, construiré una autopista de 1500 kilómetros, salpicada a intervalos de 50-100 kilómetros de colonias alemanas que comprendan importantes centros urbanos.

La evolución de la guerra desbarató estos planes. Se crearon algunas zonas de colonización en Polonia, en la región de Zamos´c´, al sur de Lublin y en Ucrania; en todas ellas se expulsó a la mayor parte de los habitantes y se eliminó a los judíos residentes. Los colonos alemanes fueron unas pocas decenas de miles. Pero la colonización provocó una fuerte resistencia armada que obligó a olvidarse de ella, ya que muchas veces los colonos, rodeados de la desconfianza o del odio, no podían satisfacer sus expectativas ni sentirse seguros en aquellas tierras.

Los proyectos de ingeniería social y racial del régimen nazi tenían dos caras bien integradas. La más conocida es la eliminación de todos aquellos que pudieran considerarse «racialmente» inferiores o peligrosos. La otra, menos conocida, a la que hemos dedicado las páginas anteriores, es el intento de poblar con elementos de calidad racial los espacios que habrían debido vaciarse mediante matanzas y deportaciones, para fundar a continuación un orden racial y socialmente perfecto en un espacio vital destinado al pueblo alemán.

Pero volvamos atrás para seguir la línea marcada por el tiempo. En la primera fase del avance por territorio soviético, los *Einsatzgruppen,* apoyados por divisiones de la *Wehrmacht* y por milicias de la población local, llevaron a cabo una serie de matanzas entre la población judía. Tanto en las ciudades como en los pueblos, los judíos fueron víctimas de un proceso que se desarrollaba en pocos días, a veces en pocas horas. En algunos casos, las matanzas estaban precedidas por ejecuciones sumarias que llevaban a cabo las unidades soviéticas en las cárceles locales, donde se eliminaba a los detenidos políticos o a personas que, por falta de tiempo, no podían trasladarse a otros lugares. En otros casos bastaba con que se corriera la voz de que se habían producido hechos de esta clase; de esa manera, las matanzas de los nazis podían presentarse como una justa

venganza de las matanzas soviéticas. El poder soviético y el judaísmo eran elementos que aparecían siempre juntos en este círculo vicioso, tanto en los territorios occidentales del imperio soviético como en los «liberados» a partir de septiembre de 1939: el este de Polonia y los países bálticos. Se trataba de un nexo que estaba presente en el imaginario colectivo, según el cual los judíos habrían sido los inspiradores y los beneficiarios del poder comunista[180].

Los actos de las improvisadas milicias autóctonas, o más a menudo de una muchedumbre exaltada, se entrecruzaban con la presencia alemana, unas veces precediéndola y otras secundándola. En los informes alemanes, estos hechos, «inspirados» en los *Einsatzgruppen*[181], se denominaban «actos de autolimpieza». De este modo, los mandos alemanes se ahorraban una parte del trabajo sucio y trasladaban las tensiones a la población de la zona, al tiempo que alcanzaban el objetivo de eliminar a enemigos potenciales. Para la población autóctona, la llegada de los alemanes constituía en estos casos una coartada cómoda; para lavarse la conciencia y eludir las responsabilidades penales; como ha demostrado en su estudio del pueblo polaco de Jedwabne el historiador Jan T. Gross, al acabar la guerra todos los crímenes perpetrados en esa localidad se atribuyeron a las SS[182].

En los territorios independientes con anterioridad al año 1939 (como los países bálticos) o en los que existía un fuerte movimiento nacionalista (como en Ucrania), la llegada de las tropas alemanas representó para muchos una liberación del yugo ruso y comunista. Ese sentimiento de liberación, reflejado en los calurosos recibimientos a los alemanes, alimentó la esperanza de que Hitler les concediera una amplia autonomía, cuando no la independencia. Por eso se produjo una colaboración con el ocupante que adoptó, entre otras, la forma de milicias auxiliares, las llamadas *Schutzmannschaften* («escuadras de protección»). A las órdenes de oficiales alemanes, estos grupos se ocupaban de las tareas de limpieza en un vasto territorio que era incontrolable para los escasos recursos de los ocupantes alemanes. Las *Schutzmannchaften* participaron también en las razias contra los judíos de la Unión Soviética, donde en muchos casos hicieron el trabajo sucio[183].

También las divisiones de la *Wehrmacht* colaboraron con los *Einsatzgruppen* y con las divisiones de caballería de las SS, hasta el punto de que Longerich habla de «un sistema de cooperación y división del trabajo»[184]. En un hecho probado que la historiografía conoce desde hace tiempo gracias a las investigaciones de fuentes militares y jurídicas, pero que la opinión pública alemana ha querido olvidar durante mucho tiempo, como demuestra el polémico éxito de la exposición *Verbrechen der Wehrmacht,* que en los años noventa recorrió Alemania y Austria[185].

Los historiadores han observado que de una primera fase, en la que las matanzas de judíos (muchas veces revestidas de venganzas espontáneas de la población local) funcionaban como una especie de terrorismo preventivo contra la amenaza judeo-comunista, se pasó a una segunda cuyo objetivo era la eliminación sistemática de los judíos, con la excepción de pequeños grupos de hombres adultos capaces de desempeñar tareas esenciales para la economía de guerra[186]. Cabe hablar de un total de 550.000 víctimas de las matanzas llevadas a cabo por los *Einsatzgruppen,* una cifra seguramente inferior a la real, porque la caballería de las SS, la *Wehrmacht* y las milicias locales perpetraron otras masacres. A los asesinatos programados o esporádicos hay que añadir las agresiones a mujeres y a niños, además de toda clase de humillaciones, como obligar a los judíos a beberse los charcos o a limpiar las letrinas con las manos desnudas. La matanza más sangrienta y famosa fue la de Babi Yar, en la periferia de Kíev. En dos días, del 29 al 30 de septiembre de 1941, una división de los *Einsatzgruppen C* mató a 33.771 judíos, en su mayoría mujeres y niños, y luego, sirviéndose de bulldozers, cubrieron de tierra la fosa para borrar las huellas. Las matanzas de este tipo fueron incontables, casi siempre con varios centenares o millares de víctimas que, en la mayor parte de los casos, eran hombres adultos eliminados a causa de su presunta peligrosidad; a veces, sin embargo, destinaban a esos hombres para los trabajos forzados, mientras que las mujeres, los ancianos y los niños se consideraban bocas inútiles.

Debido a esto, los guetos que también se establecieron en la Unión Soviética ocupada eran, por así decirlo, instituciones residuales en las que solo concentraban a los judíos supervivientes de las primeras matanzas. El gueto de Kaunas, en el Báltico, se cerró a mediados de agosto. Al mes

siguiente se abrió el gueto de Vilna, después de repetidas matanzas en el bosque de Ponary. El primero tenía 18.000 habitantes, el segundo 20.000. Anteriormente habían fusilado a más de 175.000 de los casi 220.000 judíos lituanos. En Riga se abrió el gueto a finales de octubre, con unos 40.000 habitantes, que durante los meses posteriores disminuyeron a causa de los fusilamientos masivos. En este caso, el motivo era que se necesitaba espacio para alojar en el gueto de la ciudad letona a los judíos deportados del Reich con los primeros convoyes. En Minsk se estableció el gueto el 29 de julio, después de una serie de matanzas, a las que siguieron otras en noviembre (12.000 víctimas) para hacer espacio, como en Riga, a los judíos procedentes del oeste.

En esta primera fase del exterminio colaboró también Rumanía. A cambio de la participación de tropas rumanas en la guerra, Hitler había prometido al general Antonescu los territorios de Bucovina y Besarabia. El dictador rumano, que dirigía un gobierno antisemita, consiguió salvar la vida de los judíos rumanos que habitaban los territorios del Regat, el viejo reino rumano anterior a 1914. Sin embargo, respecto a los judíos llegados más tarde a Transilvania o a los territorios limítrofes con la Unión Soviética, la postura de Antonescu y de los dirigentes rumanos fue distinta: se trataba de extranjeros que no podían tolerarse dentro de las fronteras de la «Gran Rumanía». Por esa razón, en julio de 1941, dio orden de deportar a todos los judíos que vivían en los territorios recién adquiridos, estimados en unos 150.000-200.000. Los militares efectuaron los traslados con una violencia que costó la vida a varias decenas de miles de personas. Expulsados más allá del río Nistro (Dniéster para los rusos), donde ya se encontraban unos 300.000 en condiciones de extrema miseria, los judíos (expulsados y locales) fueron concentrados en guetos improvisados, o sencillamente abandonados a la intemperie en recintos de alambre espinoso. La mortalidad en los guetos administrados por los rumanos fue muy elevada, dado que las autoridades de ocupación no se hacían cargo de ellos; de los más de 200.000 judíos en manos rumanas que murieron durante la guerra por actos violentos, casi la mitad lo hicieron en esta fase salvaje de expulsiones y guetos[187].

Con el avance hacia el Este, hallamos en los informes de los verdugos dos elementos novedosos. Cuanto más se alejaban de la zona tradicionalmente destinada al asentamiento de judíos, menos dispuesta a los pogromos salvajes se mostraba la población local; esto se debía a una historia distinta en las relaciones entre judíos y autóctonos; además, la presencia de judíos disminuía a medida que los alemanes se adentraban en el Este. Cada vez se hacía más difícil capturar a judíos en grandes cantidades.

¿Fue en este momento cuando se tomó la decisión de exterminar con gas a todos los judíos de la Europa ocupada? ¿Fue el elemento desencadenante la seguridad de la victoria sobre la Unión Soviética, que para los dirigentes nazis facilitaba el camino al logro de alcanzar un espacio vital para el pueblo alemán? ¿O se adoptó la «decisión final» porque se habían dado cuenta de la imposibilidad de acabar la partida con una victoria clara? Hace decenios que los historiadores buscan una orden por parte de Hitler o, cuando menos, algún indicio de su existencia[188]. Hasta el momento la investigación ha sido inútil. Hay partidarios de que se dio en julio de 1941[189], otros a finales del verano y otros en noviembre de aquel año. Pero para la mayor parte de los libros de historia (y para el sentido común historiográfico), la fecha decisiva es la reunión celebrada en el Wannsee de Berlín el 20 de enero de 1942.

Se trata de una investigación necesaria por el deseo de encontrar documentación irrebatible que explique (contra las insinuaciones de los negacionistas)[190]uno de los casos más terribles de la historia humana; pero al mismo tiempo es una investigación difícil por la ausencia de documentos, por la índole sibilina de los pocos existentes y por las declaraciones indignas de crédito de algunos testigos clave, como, por ejemplo, Eichmann, responsable de la logística, o Rudolf Höss, comandante del campo de Auschwitz. Sería mejor hablar de un «proceso en curso» en el que no parece sensato buscar una decisión concreta, porque nos encontramos frente a una compleja serie de decisiones o de iniciativas de diferentes actores[191].

En el caso de Polonia, la solución elegida hasta ese momento fueron los guetos, precedida de matanzas. Los centenares de miles de judíos

encerrados en los guetos dependían por completo del avituallamiento de productos alimentarios por parte de los ocupantes. De la población civil que los rodeaba, más allá de las dificultades objetivas de comunicación, no se podía esperar una gran ayuda, dado el predominante clima de antisemitismo. Los guetos eran una solución ideal aunque lenta para la cuestión judía, porque antes o después sus habitantes morirían de hambre y enfermedades. Según la definición de Goebbels, los guetos eran «cajas de muerte». El problema de esta solución era que si bien las enfermedades (por ejemplo el tifus o la tuberculosis, aparte de la inanición) acababan con sus habitantes, existía el peligro de que se difundieran por el exterior de un modo incontrolado. Por otro lado, la mortalidad de los guetos era muy elevada, pero se trataba de un proceso lento, así que mientras tanto había que mantenerlos en pie y gastar dinero. Los administradores de los guetos se quejaban: la economía de guerra necesitaba mano de obra, y en los guetos se concentraban miles de obreros de ambos sexos, un enorme potencial humano con habilidades técnicas que se deterioraba por el hambre y las enfermedades. Algunos miembros de los *Judenräte* (Consejos Judíos) aprovecharon la posibilidad de mantener con vida al menos a una parte de esa población, poniéndola al servicio de los verdugos. Un caso típico fue el del segundo de los guetos grandes, el de Lodz, en el *Gau* Wartheland, donde el jefe del Consejo Judío –representante de una clase de patriarcas casi mesiánicos, pero que en la realidad se mostraban impotentes frente a los alemanes–, Chaim Rumkowski, puso a disposición de las autoridades las habilidades técnicas y laborales del gueto. Durante los meses siguientes, decenas de miles de judíos, incluidos mujeres y niños, trabajando en condiciones durísimas produjeron en fábricas improvisadas todo lo que necesitaban los ocupantes. Rumkowski y sus colegas del Consejo pensaban hacer lo mismo en otros guetos importantes (no en el de Varsovia). Pero el coste era muy elevado. Los responsables alemanes que promovían esta explotación racional de la mano de obra, aunque se beneficiaban personalmente de la estrategia productiva, querían hacer una selección entre los habitantes del gueto para eliminar las bocas inútiles y reducir los costes de mantenimiento. La de Rumkowski era una carrera desigual contra el tiempo. ¿A cuántos judíos conseguiría mantener vivos hasta que llegara la

imprevisible liberación? El gueto de Lodz empezó teniendo unos 160.000 habitantes; a finales de 1941, Rumkowski tuvo que entregar a 10.000; de febrero a mayo de 1942 continuaron las entregas y las deportaciones, con un total de unas 44.000 personas. Hasta ese momento, la selección llevado a cabo por el *Judenrat* y por la policía judía del gueto había afectado a enfermos, incapacitados, ancianos, mujeres, delincuentes y prostitutas. A principios de septiembre, Rumkowski tuvo que entregar a los niños demasiado pequeños para trabajar. Esta vez la razia corrió a cargo de los alemanes, junto con la policía judía del gueto. Las víctimas fueron casi 16.000 en seis días. En ese momento la población del gueto estaba diezmada, entre otras razones por la alta mortalidad interna.

Debemos preguntarnos, aunque no existe una respuesta clara, si los responsables del *Judenrat* y de la policía tuvieron conciencia de cuál era el destino de los deportados, o si creyeron la mentira, difundida con bastante sutileza por los alemanes, de que los trasladaban más al este para trabajar[192].

El conflicto entre los *attritionists* o partidarios de la guerra de desgaste y los productivistas[193] se prolongó en un rosario de conferencias, informes e intercambios epistolares, sin encontrar solución. Pero ya en el verano de 1941 Himmler había encargado a uno de sus colaboradores más estrechos, Odilo Globocnik, comandante de las SS en Lublin, una deportación masiva de judíos polacos al este, a una zona pantanosa y casi deshabitada del distrito.

Al mismo tiempo, en agosto, Hitler había dado su consentimiento a la deportación de los judíos que vivían aún en las ciudades del Reich. Para Goebbels, *Gauleiter* de Berlín, era intolerable que hubiera miles de judíos viviendo tan tranquilos (es un decir) en la capital. El *Führer* (dudoso hasta entonces) decidió reaccionar ante la decisión de Stalin de trasladar a Siberia a varios miles de alemanes del Volga. La máquina de la deportación comenzaba a funcionar en un ambiente incendiado por la propaganda contra los judíos y los americanos. Las disposiciones de octubre y noviembre de 1941 retiraron la ciudadanía a los judíos, completando así el recorrido previsto ya en 1935 con las Leyes de Núremberg. La consecuencia fue la pérdida automática del derecho de residencia y la sustracción de todos sus

bienes. Los judíos del Reich (y del Protectorado) quedaron reducidos a una situación de impotencia. La propaganda del régimen volvió a culpar de la guerra al judaísmo internacional, de modo que Alemania no hacía otra cosa que vengarse de las pérdidas que sufría.

Las deportaciones comenzaron en noviembre. Las estaciones intermedias fueron guetos como los de Lodz, Minsk y Riga, o campos como el de Trawniki o el campo-gueto de Theresienstadt, en Bohemia, por el que pasaron decenas de miles de judíos del Protectorado y del Reich. Engañados por una política de camuflaje, que la presentaba como la «ciudad judía» del futuro, la mayor parte de ellos acabó unas semanas o unos meses después en los campos de exterminio. De las 141.000 personas que pasaron por Theresienstadt, unas 33.000 murieron allí y fueron deportadas a los campos (sobre todo al de Auschwitz) otras 88.000[194]. La política contra los judíos experimentó una súbita radicalización en toda Europa. Los dirigentes de Berlín habían modificado su idea de aplazar el problema judío para cuando terminara en victoria su guerra. Hubo dirigentes judíos que se dieron cuenta del cambio e informaron a los Aliados. Las deportaciones afectaron también a varias decenas de miles de gitanos, sinti y rom, a los que el nacionalsocialismo consideraba una raza inferior y peligrosa[195].

Sin embargo, no está claro que en el otoño de 1941 se hubiera elaborado ya un plan de exterminio «industrializado». La construcción de espacios habilitados para el exterminio de masas, comenzada en aquellos meses, respondió a motivos locales. Las construcciones polacas de Treblinka, Belzec y Sobibor se decidieron entre octubre y noviembre. Estaba prevista en un principio la preparación de sistemas fijos de exterminio con válvulas de escape de grandes motores. Ya en las semanas anteriores, en Chelmno (Polonia occidental) y en los territorios soviéticos ocupados, se había usado por primera vez este tipo de gases en camiones emplomados. Tanto la tecnología como el personal operativo procedían de los ensayos del equipo del *Aktion T-4* (eutanasia). Había que encontrar un sistema rápido e indoloro –según los verdugos– para eliminar a un gran número de víctimas. Los fusilamientos de los meses anteriores habían evidenciado un elevado coste psicológico y un fuerte desgaste entre los verdugos. Pero, en cuanto al

motivo profundo de esta radicalización, solo podemos establecer hipótesis. Las deportaciones al Este ordenadas por Hitler hacían necesaria una liberación de espacio en los atestados guetos:

> Lo que todo esto demuestra es que en el otoño de 1941 aún no existía un proyecto general para exterminar a los judíos europeos poco a poco, y que las organizaciones subordinadas obraban en gran medida por iniciativa propia, aunque en el marco de una política controlada desde el centro[196].

Se trataba de decisiones pensadas para vaciar de judíos ciertas zonas de los territorios ocupados, pero también de las ciudades del Reich y de la Europa occidental. En primer lugar había que eliminar a los incapacitados para el trabajo. Todo este trajín de preparaciones, órdenes de construir emplazamientos y primeras matanzas masivas (Serbia, Warthegau, Galitzia) demuestran que en el centro estaba tomando forma un plan.

En marzo de 1942 comenzó la llamada *Aktion Reinhard* en honor de Heydrich Reinhard, comandante del *Sicherheitsdienst* de las SS: el vaciado completo de los guetos situados en las tierras del Gobierno General, con la salvedad de un limitado número de nombres destinados al trabajo. Entiéndase bien, el trabajo era solo otra forma de asesinato, aunque más dilatada en el tiempo, debido al mal alojamiento, a la comida insuficiente y a la dureza de las tareas. Los historiadores han hablado de «asesinato por medio del trabajo»[197].

La *Aktion Reinhard* empezó en el distrito de Lublin, y enseguida actuó contra los judíos de Galitzia. Las razias, gueto a gueto, se llevaron a cabo sin oposición de unas víctimas aterrorizadas, engañadas por las mentiras que corroboraban unos Consejos Judíos ya sin energías. La razia de Varsovia comenzó el 22 de julio y terminó el 12 de septiembre. Las cifras oficiales hablan de 253.741 deportados a Treblinka, donde eran asesinados en pocas horas. Oficialmente quedaron en el gueto –transformado en gueto de trabajo– poco más de 35.000 personas, aunque se estima que había más de 20.000 clandestinas. En el campo de Treblinka (activo desde julio de 1942 hasta octubre del año siguiente) se «trató» (según el eufemismo de la burocracia) a unas 750.000 víctimas; en Belzec (marzo-diciembre de 1942), a más de 500.000; en Sobibor (abril de 1942-octubre de 1943), a cerca de

200.000; y en los dos campos de exterminio-trabajo de Chelmno y Lublin-Maidanek, 150.000 y 50.000, respectivamente.

Al finalizar el año, de los 2,3 millones de judíos que había en el momento de la ocupación de los territorios asignados al Gobierno General, quedaban menos de 300.000, todos ellos concentrados en guetos y campos de trabajo. Descontando a los muertos por enfermedades en los guetos, a los asesinados en Galitzia y a otros que consiguieron ponerse a salvo dentro de la Unión Soviética, la *Aktion Reinhard* produjo 1,5 millones de víctimas en poco más de seis meses; fue la acción de exterminio más sangrienta. La estadística de los nazis a 31 de diciembre de 1942 precisaba un número de víctimas de 1.274.166[198]. El exterminio de los pocos judíos que quedaban en Polonia se completó en la primavera de 1943, en el marco de una operación que se denominó «fiesta de la recolección».

Durante estas razias, que solo dejaron vivos a unos 20.000 trabajadores judíos en campos y fábricas, se produjo la sublevación del gueto de Varsovia. Las fuerzas alemanas, bien armadas, que entraron en el gueto el 19 abril de 1943 se encontraron con la desesperada resistencia de grupos formados sobre todo por jóvenes pertenecientes a asociaciones sionistas, revisionistas y del Bund. En los meses anteriores, estos pequeños grupos habían reunido armas y preparado casa por casa una resistencia que mantuvo en jaque a los atacantes durante un mes entero. El 16 de mayo los alemanes volaron la gran sinagoga del gueto. Antes de que le mataran, Anielewicz, el jefe de la resistencia dijo lo siguiente: «He cumplido el sueño de mi vida. La autodefensa judía es ya un hecho»[199].

Pero retrocedamos un poco. En la primavera y el verano de 1942, los *Einsatzgruppen* y otras divisiones especiales habían rastreado hasta el último lugar los guetos grandes y pequeños establecidos en los territorios soviéticos ocupados, con pocas excepciones (Vilna y Kaunas). A estas razias siguieron fusilamientos masivos, ya que en los territorios del Este no debía quedar ni un solo judío que amenazara de algún modo la supremacía militar y racial de Alemania. En la mayoría de los casos, la reacción de los judíos encerrados en los guetos fue distinta a la de los guetos polacos. Mientras las razias se desarrollaron en Polonia sin grandes problemas, aunque despertaron en pequeños grupos de jóvenes la convicción de que la

próxima vez debían reaccionar al menos para salvar la honra (y es aquí donde encontramos esa imagen de los judíos conducidos a los trenes «como ovejas al matadero» con la que a partir de 1945 se ha identificado la cultura judía) en la Unión Soviética por el contrario, fueron muchos los intentos de revuelta; se trataba de grupos pequeños que por lo general actuaban contra la opinión del Consejo Judío y de la mayoría, y que se hacían con cualquier tipo de arma para hacer frente a la razia final, conscientes de que solo los esperaba la muerte. Durante la razia, los resistentes incendiaban el gueto, disparaban y lanzaban cócteles molotov a los alemanes y facilitaban así una huida masiva[200]. La fuga terminaba casi siempre con la captura, pero no fueron pocos los grupos de jóvenes resueltos que consiguieron ponerse a salvo en zonas de bosques y pantanos para formar bandas de partisanos que convivían en un equilibrio precario con los partisanos organizados por el gobierno soviético[201].

Esta actitud tan distinta es consecuencia de múltiples factores. Conviene tener en cuenta las diferencias que separan la historia de la emancipación de los judíos de Polonia y de la Unión Soviética, pero tampoco hay que subestimar dos elementos del contexto: por una parte, el territorio soviético era mucho más adecuado para ofrecer refugio a los grupos clandestinos, y por otra, la población local, incluidos los partisanos, aunque no siempre estaba exenta de prejuicios antisemitas, demostraba una actitud algo menos hostil.

A partir de la primavera y el verano de 1942 –como hemos visto–, y siguiendo una trayectoria compleja y sinuosa, se materializó la política de exterminio de los judíos europeos, sin excepción alguna. Tanto desde los países ocupados, empezando por Checoslovaquia (donde las deportaciones comenzaron en marzo de 1942), como desde el Reich partieron centenares de convoyes llenos de judíos hacia los centros de exterminio, después de haber sido localizados y detenidos con la ayuda, a veces decisiva, de las autoridades locales.

Aunque una estadística que ofrezca los porcentajes de judíos supervivientes en cada nación sea necesariamente esquemática y no pueda tener en cuenta muchos factores, sirve para resaltar las enormes diferencias entre un país y otro. La mayor parte de los casi 6000 judíos daneses se salvó

gracias a una acción colectiva organizada en septiembre de 1943, de modo que las víctimas de las deportaciones fueron solo unas 116. Por el contrario, de los más de 140.000 judíos de los Países Bajos, murieron 102.000 en los campos de exterminio (el 75%). Checoslovaquia ocupa el primer puesto en esta clasificación discutible pero elocuente con el 83% de su población judía. En Italia las estimaciones más fiables hablan de 7000 deportados, poco menos de un 20% de los judíos residentes (con ciudadanía italiana o extranjera) el 8 de septiembre de 1943; de estos regresaron vivos menos de 1000. Los datos anteriores permiten hacerse una idea de los márgenes de actuación en un sentido o en otro (ayudando u oponiéndose a las deportaciones) que tuvieron tanto las autoridades como los ciudadanos de los países ocupados[202].

Hitler presionó también en este sentido a sus aliados (o satélites) Italia, Hungría y Rumanía, que no obstante consiguieron impedir la entrega de sus compatriotas de religión judía a la máquina del exterminio. Se necesitaron cambios de gobierno –como la caída del fascismo y la ocupación del centro y el norte de Italia por los alemanes en septiembre de 1943[203] o la destitución en Hungría del gobierno del almirante Horthy (marzo de 1944), al que siguió en octubre el condescendiente gobierno fantoche de la Cruz Flechada (extremistas antisemitas)– para que se diera vía libre a las deportaciones hacia la muerte. Sin embargo, en una medida u otra, todos los Estados aliados de los nazis habían promulgado desde el estallido de la guerra leyes discriminatorias contra los judíos que vivían dentro de sus fronteras. Por tanto, puede decirse que el exterminio de los judíos europeos fue un fenómeno que implicó a todo el continente, tanto en los territorios ocupados como en los libres o en los países satélites, como Croacia, Eslovaquia y la República Social Italiana (la llamada República de Salò), peones de Alemania.

A partir de 1942, los judíos deportados de toda la Europa ocupada (de los países occidentales, de Grecia y finalmente de Hungría) se concentró en Auschwitz. Creado en junio de 1942, en una situación favorable desde el punto de vista de las comunicaciones ferroviarias, como campo de concentración para los resistentes polacos (motivo por el cual continúa siendo para Polonia el símbolo de su martirio nacional), fue posteriormente

ampliado añadiendo el campo de Birkenau, destinado al exterminio. En una parte del campo operaban varias industrias alemanas, a las que las SS habían vendido una mano de obra esclavizada que podía ser explotada hasta el agotamiento total. Se trataba de un sistema complejo, con múltiples funciones. Para la historia se ha convertido en el símbolo del exterminio de los judíos europeos. En efecto, allí el sistema «industrial» de eliminación de masas se llevó a cabo del modo más absoluto[204] a raíz de las pruebas (septiembre de 1941) con el antiparasitario Zyklon B para matar a los judíos en espacios sellados y camuflados como duchas. El campo estuvo activo hasta mediados de enero de 1945, cuando una parte de los detenidos que quedaban fue evacuada antes de la llegada de las tropas soviéticas, que lo liberaron el 27 de enero.

Las estimaciones oficiales suponen 1.000.000 de víctimas, pero hay quien calcula otros 500.000 más, el 90% judíos. El contingente nacional más destacado fue el de los judíos húngaros, conducidos al campo entre mayo y octubre de 1944, cuando las deportaciones quedaron interrumpidas por el colapso de las redes ferroviarias y la destrucción de las cámaras de gas de Birkenau durante la revuelta de los judíos que formaban parte de los *Sonderkommando* encargados de los hornos. Las víctimas húngaras se elevan a casi 433.000[205].

---

159. G. Schreiber, *La Seconda guerra mondiale,* Bolonia, 2004, la denomina «guerra principal».

160. F. Römer, *Der Kommissarbefehl. Wehrmacht und NS-Verbrechen an der Ostfront 1941-42,* Paderborn, 2008.

161. P. Longerich, *Holocaust. The Nazi Persecution and Murder of the Jews,* Oxford, 2010, p. 190.

162. Cfr. G. Corni y H. Gies, *Brot-Butter-Kanonen. Die Ernährungswirtschaft in Deutschland unter der Diktatur Hitlers,* Berlín, 1997, pp. 397 y ss.

163. N. Müller, *Deutsche Besatzungspolitik in der Udssr 1941-1944. Dokumente,* Colonia, 1980.

164. C. Bellamy, *Guerra assoluta. La Russia sovietica nella Seconda guerra mondiale,* Turín, 2010.

165. Cit. en I. Kershaw, *Hitler,* cit., vol. II, p. 624.

166. R. D. Müller, *An der Seite der Wehrmacht,* Berlín, 2007. Los combatientes no alemanes de esta campaña militar fueron unos 4 millones.

167. M. Longo Adorno, *La guerra d'inverno. Finlandia e Unione Sovietica,* Milán, 2010.

168. I. Kershaw, *Hitler,* cit., vol. II, p. 683.

169. I. Kershaw, *Scelte fatali. Le decisioni che hanno cambiato il mondo 1940-1941,* Milán, 2012, pp. 499 y ss.

170. E. Harvey, *Women in the Nazi East. Agents and Witnesses of Germanization,* New Haven (Conn.)-Londres, 2003 y W. Lower, *Le furie di Hitler. Complici, carnefici, storie dell'altra metà del Reich,* Milán, 2013.

171. O. Bartov, *Fronte orientale. Le truppe tedesche e l'imbarbarimento della Guerra,* Bolonia, 2003.

172. C. Gentile, *Wehrmacht und Waffen-SS im Partisanenkrieg: Italien 1943-1945,* Paderborn, 2012.

173. D. Pohl, *Verfolgung und Massenmord in der NS-Zeit 1933-1945,* Darmstadt, 2003, p. 41.

174. El documentado estudio regional de T. J. Schulte, *The German Army and Nazi Policies in Occupied Russia,* Oxford, 1989.

175. R. Rürup (ed.), *Der Krieg gegen die Sowjetuion 1941-1945. Eine Dokumentation,* Berlín, 1991, p. 139.

176. D. Pohl, *Die Herrschaft der Wehrmacht. Militärbesatzung und einheimische Bevölkerung in der Sowjetuion 1941-1943,* Múnich, 2008, p. 340.

177. Cit. en I. Kershaw, *Hitler,* cit., vol. II., p. 627.

178. *Una storia dell'Alto Adige – Option – Heimat – Opzioni,* Bolzano, 1989.

179. I. Heinemann, *«Rasse, Siedlung, deutsches Blut». Das Rasse und Siedlungshauptamt der SS und die rassenpolitische Neuordnung Europas,* Gotinga, 2002.

180. B. Musial, *«Konterrevolutionäre Elemente sind zu erschiessen». Die Brutalisierung des deutsch-sowjetischen Krieges im Sommer 1941,* Berlín, 2002.

181. Los informes están publicado en Y. Arad, S. Karakowski y S. Spector (eds.), *The Einsatzgruppen Reports. Selections from the Dispatches of the Nazi Death Squads,* Nueva York, 1989.

182. J. T. Gross, *I carnefici della porta accanto. 1941: il massacro della comunità ebraica di Jedwabne in Polonia,* Milán, 2003.

183. M. Dean, *Collaboration in the Holocaust. Crimes of the Local Police in Belorussia and Ukraine 1941-1944,* Londres, 2000.

184. P. Longerich, *Holoaust,* cit., p. 243.

185. Cfr. el catálogo editado por el Hamburger Institut f. Sozialforschung, *Vernichtungskrieg. Verbrechen der Wehrmacht 1941 bis 1944,* Hamburgo, 1996. Para contextualizar la discusión, cfr. G.

Corni, *La Segunda guerra mondiale nella memoria delle due Germanie,* en F. Focardi y B. Groppo (eds.), *L'Europa e le sue memorie,* Roma, 2013, pp. 148 y ss.

186. P. Longerich, *Holocaust,* cit., pp. 218 y ss.

187. Cfr. M. Carp, *Holocaust in Romania 1940-1944. Facts and Documents on the Annihilation of Rumania's Jews,* Budapest, 1994.

188. En este sentido resulta ejemplar el estudio de G. Fleming, *Hitler and the Final Solution,* Londres, 1984.

189. R. Breitman, *The Architect of Genocide. Himmler and the Final Solution,* Londres, 1991, adelanta la fecha al comienzo del año, antes del inicio de la operación «Barbarroja». Gerlach, por el contrario, la traslada a finales de 1941 y la asocia a los problemas alimentarios y al convencimiento de que los judíos practicaban un contrabando dañino para los intereses alemanes: C. Gerlach, *Krieg, Ernährung, Völkermord. Forschungen zur deutschen Vernichtungspolitik im Zweiten Weltkrieg,* Hamburgo, 1998.

190. D. Lipstadt, *Denying the Holocaust,* Harmondsworth, 1994.

191. P. Longerich, *Holocaust,* cit., p. 259.

192. G. Corni, *I ghetti di Hitler,* cit., pp. 414 y ss.

193. C. Browning, *Verso il genocidio. Come è stata possibile la soluzione finale,* Milán, 1998.

194. W. Benz, *Der Holocaust,* Múnich, 1995, pp. 81 y ss. Los datos estadísticos están en la página 91.

195. Sobre el exterminio de los gitanos europeos hay menos estudios que sobre el de los judíos, lo que demuestra los prejuicios hacia ellos. Cfr. G. Lewy, *La persecuzione nazista degli zingari,* Turín, 2002.

196. P. Longerich, *Holocaust,* cit., p. 283.

197. Cfr. U. Herbert, *Labour and extermination. Economic interest and the primacy of Weltanschauung in National Socialism,* en *Past & Present,* 138, 1993, pp. 144-195.

198. M. Mazower, *L'impero di Hitler,* cit., p. 384.

199. *Cit.* en G. Corni, *I ghetti di Hitler, cit.,* p. 473. En la posguerra, para los judíos del mundo y para el Estado de Israel la rebelión del gueto de Varsovia representó un momento decisivo. Cfr. I Zertal, *Israele e la Shoah. La nazione e il culto della tragedia,* Turín, 2007.

200. S. Cholawski, *The Jews of Bielorussia during World War Two,* Ámsterdam, 1998.

201. N. Tec, *Gli ebrei che sfidarono Hitler,* Milán, 2001.

202. Especialmente valioso es el estudio de B. Moore, *Victims and Survivors. The Nazi Persecution of the Jews in the Netherlands,* Londres, 1997.

203. La historiografía sobre la política antijudía del fascismo, incluida la fase de colaboración entre los ocupantes y la República Social Italiana a partir del 8 de septiembre de 1943, se ha enriquecido durante los últimos años. Cfr. M. Sarfatti, *Gli ebrei nell'Italia fascista. Vicende, identità, persecuzione,* Turín, 2000.

204. J. C. Pressac, *Le macchine dello sterminio, Auschwitz 1941-1945,* Milán, 1994.

205. G. Aly y C. Gerlach, *Der letzte Kapitel. Realpolitik, Ideologie und der Mord an den ungarischen Juden,* Stuttgart, 2002.

13. Stalingrado y la comunidad del pueblo frente a la guerra total

En abril de 1942 Hitler había ordenado el inicio de una nueva ofensiva en el frente oriental, con objetivos más limitados que la anterior, pero igualmente encaminada a la derrota militar del coloso soviético. Los medios se concentraron en el sector sur del frente para dominar Ucrania (especialmente la esencial cuenca carbonífera del Donetsk) y el Volga, y poder llegar a los campos petrolíferos del Cáucaso.

Como ya había ocurrido en el año anterior, las primeras fases del ataque destruyeron por completo varios ejércitos soviéticos, con miles de caídos y de prisioneros. Hitler era optimista. Después de un largo asedio, el 1 de julio cayó la fortaleza de Sebastopol, y dio órdenes de adueñarse de los campos de petróleo de Maikop y de llevar a cabo un ataque en el Volga. La punta de lanza de la ofensiva era el VI Ejército del general Friedrich Paulus, que el 23 de agosto llegó a la periferia de la ciudad industrial de Stalingrado. Se trataba de una poderosa unidad formada por 21 divisiones, tres de ellas acorazadas. Sin embargo, el avance de Paulus y la penetración ofensiva en el Cáucaso habían producido un peligroso alargamiento de las líneas de abastecimiento. El general Halder, jefe de Estado Mayor, propuso acortar las líneas, pero Hitler, convencido de que el Ejército Rojo estaba a punto de disgregarse, quería una ofensiva a toda costa. Después de varias discusiones, sustituyó a Halder por el general Zeitzler.

> Con la desautorización de su jefe, desechado como un cartucho vacío, aquel Estado Mayor que durante tanto tiempo había tenido tanto poder capitulaba definitivamente ante las fuerzas a las que se había entregado en 1933[206].

Por otro lado, acostumbrados desde hacía tiempo a ceder sin protestar, muchos generales habían interiorizado la idea de que la responsabilidad no era suya, puesto que todo descansaba en los hombros de Hitler.

Hitler quería conquistar Stalingrado a cualquier precio, tanto por el carácter neurálgico de la ciudad (sede de grandes industrias mecánicas e importante puerto fluvial) como por el valor simbólico que tenía, ya que su nombre honraba al dictador soviético. Por su parte, y por motivos bien parecidos, Stalin no pensaba ceder terreno bajo ninguna circunstancia, como demuestran las órdenes de julio. Mezclando los llamamientos al patriotismo con medidas drásticas ante cualquier forma de abandono, consiguió que las tropas soviéticas se mantuvieran firmes, abastecidas desde la orilla opuesta del río, si bien con grandes pérdidas. Por otro lado, la economía de guerra de los rusos alcanzaba en ese momento su plena eficiencia. En Stalingrado se libró una batalla sangrienta, casa por casa. El 19 de noviembre de 1942, después de concentrar tropas frescas que la inteligencia alemana no esperaba, el Ejército Rojo pasó a la contraofensiva.

> El Ejército Rojo ganó la batalla porque destinó al frente del sur una ingente cantidad de recursos, que los alemanes no sabían que existían y que no vieron desplazarse[207].

Atacando con fuerzas superiores a los dos ejércitos rumanos dispuestos al sur y al norte de la punta de lanza representada por el VI y el IV Ejército, los soviéticos encerraron en una tenaza a unos 250.000 alemanes, para los que la ofensiva de Stalingrado se había convertido en una defensa desesperada. Hitler, que estuvo varios días sin saber qué hacer, perdió un tiempo precioso para poner a salvo a sus soldados. Al final decidió que Paulus resistiera hasta la liberación, costara lo que costara. El dictador confió en el comandante de la *Luftwaffe,* que le garantizó un abastecimiento suficiente por vía aérea. La promesa de Göring consistía en proporcionar 300 toneladas diarias a los asediados, pero en la realidad, pocas veces se superaron las 100. Fracasó también el intento de atravesar el frente enemigo por el suroeste a cargo del general Hermann Hoth, bloqueado a unos 40 kilómetros de la línea de Paulus, a quien Hitler había prohibido hacer ninguna salida.

La defensa de la ciudad se había convertido en una cuestión de principios. Hitler, incapaz de aceptar la realidad, se convenció de que Paulus resistiría en el sitio hasta la ofensiva prevista para la primavera. Sacrificó, por tanto, al Ejército en el altar de su intocable infalibilidad y de

la supremacía de la raza alemana para mantener en pie un plan ofensivo que ya se había ido a pique. El 10 de enero de 1943 comenzó la ofensiva final contra las exhaustas defensas alemanas. Hitler denegó a Paulus la posibilidad de rendirse. Como último escarnio, el 30 de enero Paulus recibía por telegrama la enésima prohibición de rendirse junto con el nombramiento de mariscal de campo. Pero ya, tras 100.000 soldados muertos en batalla y otros 120.000 hechos prisioneros, se había levantado bandera blanca. Diez años más tarde volvieron a casa varios miles[208]. En la ofensiva de Stalingrado participaron también de diciembre a enero tropas italianas, desplazadas a lo largo del Don, que acabarían desapareciendo en la llamada «retirada de Rusia». Fue el golpe de gracia para el ya debilitado régimen fascista.

La batalla de Stalingrado se considera el punto de inflexión de la guerra en el frente oriental. Desde ese momento –se sostiene– el Ejército Rojo tomó la iniciativa. Stalingrado dio también un giro a la percepción de la suerte de la guerra; según el historiador militar Jürgen Förster, «simboliza el giro psicológico de la guerra»[209]. Sin embargo, es un hecho que todavía en 1943 y durante gran parte de 1944, a pesar de la enorme intervención económica de los estadounidenses y de su propia recuperación productiva, la Unión Soviética no fue capaz de conquistar una ventaja decisiva sobre la economía de guerra alemana. Aunque casi siempre a la defensiva, la *Wehrmacht* todavía intentó retomar la iniciativa más de una vez. En julio de 1943, Hitler trató de invertir la situación en el frente de Kursk, donde los soviéticos habían conseguido un notable avance; así, el 5 de julio lanzó la operación «Ciudadela», que fue la mayor concentración de carros blindados de la historia: 2.700 alemanes contra 3.400 rusos. En el espacio de una semana, la ofensiva fracasó clamorosamente, debido, entre otras cosas, a la poca fiabilidad de maniobra de los nuevos *Panther* de 45 toneladas, en los que Hitler había depositado muchas esperanzas. Desde el punto de vista de la historia militar, es probable que sea esta batalla la que debemos considerar como el punto de inflexión de la guerra. En todo caso, las divisiones alemanas, empleando algunas veces la táctica de la tierra quemada (destrucción de vías de comunicaciones, deportación de

poblaciones, destrucción de fábricas y depósitos agrícolas), siguieron haciendo frente a los soviéticos todavía mucho tiempo.

Siguiendo las órdenes dictadas por Hitler el 8 de noviembre de 1943, el esfuerzo bélico se trasladaba a Occidente con la intención de frustrar el temido desembarco angloamericano, mientras que en el frente oriental debían limitarse a la defensa y a retrasar el avance ruso, pese a lo reducido de las fuerzas. Las protestas de los mandos de aquel frente solo sirvieron para acabar de convencer a Hitler de que él era el único «comandante de campo» capaz de ganar la guerra.

La reacción de la población del Reich ante el desarrollo de la guerra aparece en los informes de la policía o de los llamados *V-Männer* (confidentes), que mandaban datos sobre los ánimos de la sociedad. De ellos se deduce que poco a poco, con el paso del tiempo y la prolongación de una guerra cada vez más dura, la gente comenzó a no dar crédito a la propaganda oficial dirigida por Otto Dietrich –uno de los colaboradores de Goebbels en el ministerio–, que intentaba infundir optimismo y seguridad en la victoria. El acceso a las fuentes extranjeras (sobre todo a Radio Londres), tan prohibido como frecuentado por millones de familias que disponían de un aparato de radio[210], y la incongruencia de las noticias que difundía la propaganda del régimen aumentaron la desconfianza. Goebbels era consciente de que el sistema, por muy represivo que fuera, no podía aislar por completo del exterior a la opinión pública.

Tras el estallido de las hostilidades –que la propaganda oficial situaba el 3 de septiembre, fecha de la declaración de guerra por parte de Francia y Gran Bretaña, y no desde el comienzo de la invasión de Polonia (el día 1 de ese mes)– se había impuesto una interpretación optimista de los hechos, basada en el convencimiento de que la guerra sería breve y victoriosa. El ministro, que no compartía el optimismo de Hitler, creía que la presentación de la guerra en esos términos acabaría siendo contraproducente, pero durante mucho tiempo la evolución de las campañas militares le quitó la razón. Tras las victorias en Polonia y Francia, la popularidad del *Führer* alcanzó sus niveles máximos. En el informe de los servicios de seguridad del 24 de junio de 1940 se lee lo siguiente:

> Noticias concordantes, procedentes de todo el territorio del Reich, confirman el siguiente panorama de la situación actual: bajo la impresión de los grandes acontecimientos políticos y los éxitos militares, se ha producido en el pueblo alemán una unidad íntima y un vínculo estrecho, hasta ahora nunca logrado, entre el frente y el país. Todos miran al *Führer* y a su Ejército, que va de victoria en victoria, con gratitud y confianza.

La guerra contra la Unión Soviética, calificada despectivamente de «ídolo con pies de barro», se prometió rápida y fácil. Según un eslogan propagandístico de Goebbels, de gran difusión en aquella coyuntura, la campaña del Este se hacía

> por el trigo y el pan, por un desayuno, una comida y una cena ricas y abundantes; para conseguir las condiciones materiales que resuelvan la cuestión social y el problema de la vivienda[211].

Téngase en cuenta el efecto que produjo en los prejuicios alimentados por la propaganda el contacto con los prisioneros y los trabajadores forzados, sobre todo rusos y polacos. La situación de pleno empleo, lograda ya a finales de los años treinta, obligó a importar mano de obra, por ejemplo italiana, mediante varios acuerdos. Al estallar la guerra aumentaron las necesidades de producción, y con ellas, las de mano de obra. Para no explotar a los trabajadores alemanes, ni recurrir a la mano de obra femenina, el régimen se sirvió de los prisioneros de guerra, y aceleró las razias de trabajadores de ambos sexos en los países invadidos. De esta tarea vital para el esfuerzo bélico se encargó desde marzo de 1942 Fritz Sauckel, antiguo *Gauleiter* de Turingia, que actuó con métodos brutales. Así, en agosto de 1944, la cifra de trabajadores civiles, con predominio femenino, ascendía a casi 6 millones, de los cuales la mitad eran rusos y polacos; a estos deben añadirse otros 2 millones de prisioneros militares –especialmente rusos–, polacos, italianos y franceses[212]. La importancia del trabajo forzado para el total de la economía de guerra se puede deducir de unas cuantas cifras: casi la mitad de los trabajadores del campo eran extranjeros, y en sectores tan importantes como la minería, la mecánica, la siderurgia y la construcción superaban el 30%. En agosto de 1944, más de una cuarta parte de la mano de obra era extranjera[213].

Al principio se trataba de mano de obra esclavizada, explotada sin limitaciones y carente de derechos, aunque el trato variaba según su origen

nacional. Los dirigentes nazis necesitaban a esos trabajadores, pero estaban condicionados por su desconfianza racista. Así, mediante una serie de medidas y un sistema de control muy extendido, intentaron impedir los contactos de estos trabajadores con la población del Reich por temor a una contaminación de naturaleza sexual. Esta desconfianza, entre otras cosas, produjo pérdidas y distorsiones: durante mucho tiempo Hitler se opuso al empleo de prisioneros del Ejército Rojo, capturados en grandes cantidades en los primeros meses de la campaña, circunstancia que los condenó a un destino terrible. Ya era tarde cuando comprendió que se trataba de un recurso potencial y decidió mejorar las raciones y el alojamiento de los supervivientes. En marzo de 1942 pudieron emplearse en actividades productivas 166.481 prisioneros de los casi 3,7 millones capturados en los meses anteriores.

La reacción de la opinión pública al contacto con estos obreros esclavizados fue variada; pese a las prohibiciones y a los castigos (más severos para los trabajadores extranjeros que para los ciudadanos del Reich acusados del delito de «contaminación» sexual), conocemos muchos casos en los que predominó una actitud generosa con los braceros distribuidos por las fincas, sobre todo en las regiones rurales y entre la población católica. La necesidad absoluta de fiarse de su ayuda en el trabajo imponía algunas veces el buen trato, especialmente por parte de las mujeres. Pero en otros sectores de la sociedad, la ideología de la «raza elegida» se mantuvo e incluso se reforzó al contacto con los extranjeros. El trabajo y la vida cotidiana codo con codo corroboraron para muchos alemanes la idea de su superioridad sobre los trabajadores esclavos. Todo miembro de la *Volksgemeinschaft* podía sentirse un reyezuelo, con posibilidades de ascenso social, ante sus subordinados extranjeros. Una sensación que se experimentaba con mayor fuerza en los campos de prisioneros. En palabras de Burleigh:

> Algunos ideólogos nazis temieron que, al acostumbrarse al trabajo esclavo de los extranjeros, los alemanes se convirtieran en un pueblo de vagos [...] pero se trataba de un precio perfectamente aceptable para el ama de casa, el campesino o el obrero de Alemania. Para ellos, el trabajo forzado de los extranjeros era el dividendo más tangible de la victoria[214].

No es fácil calibrar actitudes tan distintas, que, no obstante, podían coexistir, pero cabe observar que la introducción masiva de trabajadores extranjeros en la sociedad alemana contribuyó a empeorar el clima de malestar, que con el paso del tiempo fue difundiéndose en la opinión pública. Otros síntomas eran la pérdida de disciplina en las fábricas, la incomodidad con el partido y la persistencia de los delitos sociales, además de la escasa tendencia de las mujeres alemanas a responder a las llamadas patrióticas para comprometerse con el esfuerzo bélico.

La ideología machista del nacionalsocialismo obstaculizaba la emancipación de la mujer, cuya función estaba relegada a la esfera doméstica y reproductora[215]. Esta circunstancia impidió que cubrieran la necesidad de mano de obra cuando se agravó la situación. El régimen actuó con cautela, tanto por los citados motivos ideológicos como porque un empleo masivo de las mujeres en actividades laborales podría haber estado mal visto por maridos, padres y novios. Para que no necesitaran salir a buscar trabajo, se decidió conceder a las esposas y a las madres de los combatientes unos subsidios generosos. Pero la proclamada comunidad del pueblo tampoco se hizo realidad en ese aspecto, debido a la enorme distancia que separaba a las mujeres de las ciudades –que pertenecían a la clase media o media-alta, y que gracias a los subsidios podían continuar permitiéndose un buen nivel de vida–, de las campesinas, que, en ausencia de los maridos, se veían obligadas a cargar con gravosas obligaciones de trabajo y gestión. Estas diferencias salieron a la luz para las directamente interesadas cuando se produjo el despoblamiento de las ciudades bombardeadas por la aviación angloamericana. Las mujeres de la ciudad y las del campo se encontraron juntas en una situación de penuria y sobrepoblación. El malestar de las evacuadas aumentó con la difusión del estraperlo. Pero de los efectos sociales de los bombardeos hablaremos más adelante.

Después de Stalingrado no hubo muchos cambios. La propaganda exaltó la derrota subrayando el sacrificio del VI Ejército como un ejemplo a seguir por todo el pueblo. Goebbels aprovechó la ocasión para convencer a Hitler de imponer un giro radical: a partir de ahora la guerra iba a requerir grandes sacrificios. La victoria solo se conseguiría involucrando a toda la población.

El momento crucial del giro hacia la proclamación de la guerra total fue el inflamado discurso de Goebbels en el *Sportpalast* de Berlín, el 14 de febrero de 1943[216]. Transmitido en directo por la radio, culminó con una serie de preguntas retóricas en las que el ministro repetía los temas de los discursos hitlerianos y pedía el compromiso total a cambio de la victoria, garantizando que los sacrificios se distribuirían con equidad.

Durante los meses siguientes, por voluntad de Goebbels y de Speer, ministro de la Guerra, se promulgaron una serie de leyes que, entre otras cosas, obligaban a trabajar a todas las mujeres inactivas, imponían el cierre de todos los restaurantes de lujo, la cancelación de las carreras de caballos y la clausura de miles de empresas que produjeran bienes de consumo no imprescindibles. Fueron unas medidas poco coherentes, que quedaron en parte sin aplicar por el choque de competencias. Hitler no tuvo fuerza para tomar decisiones drásticas[217], y así, por ejemplo, se cerró el hipódromo de Múnich, pero no el de Berlín, y muchos restaurantes de lujo frecuentados por los jerarcas del régimen continuaron ofreciendo costosos platos. Aun después de aprobar el giro totalitario de Goebbels, el dictador continuaba temiendo un colapso del frente interno, como en noviembre de 1918, y trataba de evitarlo mitigando medidas más radicales que habrían podido dar impulso a la economía de guerra.

¿Qué función desempeñó el Partido Nacionalsocialista en el contexto bélico? Agotada la primera fase dirigida a lograr adhesiones, a partir de 1933 el partido quedó en una situación de debilidad entre las instituciones del régimen. La falta de homogeneidad interna (por procedencia social y posiciones ideológico-culturales), el hecho de compartir el poder con las elites tradicionales (Ejército, magistratura, cuerpo académico, intelectuales) y la aparición de cuerpos separados, entre los que destacan las SS de Himmler y la burocracia del plan cuatrienal, dejaron al partido sin funciones. Con el paso de los años perdió su atractivo. En 1939, cuando los dirigentes nazis abrieron de nuevo el cupo de entrada, el número de candidatos fue muy bajo respecto a la población del Reich, pero sobre todo cayó en picado el de miembros procedentes de las clases altas y cultas[218]. Faltaba aquel deseo de revolución social que, por muy confuso que fuera, había empujado a muchos jóvenes a la militancia.

Por otro lado, las posibilidades de hacer carrera estaban mermadas, aunque Hitler, para premiar a sus camaradas más antiguos, distribuyó puestos de mando en los territorios ocupados entre muchos *Gauleiter* y miembros destacados del partido. Es significativo el caso de Hans Frank, antes responsable de la asociación de juristas nazis, que se convirtió en «rey» de su territorio. Sin embargo, Martin Bormann, convertido en la insustituible sombra de Hitler después del vuelo de Hess a Inglaterra (mayo de 1941), quiso obtener para la dirección del partido la gestión de la movilización bélica, pero no pudo lograrlo. La enorme masa de miembros y cuadros del partido (casi 8 millones de militantes en 1945) no obtuvo grandes beneficios de la guerra. Todo lo contrario puede decirse de la elite de las SS, a la que la guerra, la ocupación y el exterminio dieron grandes ventajas sociales[219].

Puesto que, al comienzo de la guerra, Hitler había decidido confiar al partido la gestión del racionamiento y del sostén moral y material de los ciudadanos con problemas, el NSDAP acabó expuesto a las críticas de la población. El ánimo de la gente no estaba condicionado solo por la evolución de las campañas bélicas, sino también por las condiciones materiales. El nacionalsocialismo había querido mantener un elevado nivel de vida para los *Herrenmenschen* gracias a la explotación de los recursos extraídos de los países ocupados. Los problemas de abastecimiento se achacaban a la ineptitud de los cuadros, los llamados *bonzos,* hacia los que se dirigían todas las críticas. Como ya había ocurrido en el caso de Mussolini, esto reforzó el mito del dictador.

En cuanto al aprovisionamiento, los cálculos, demasiado optimistas, no habían contado con la imposibilidad de explotar plenamente los territorios ocupados sin garantizar las necesidades de la población local. La rapiña indiscriminada produjo un rico botín en poco tiempo, pero en los años siguientes los resultados fueron desastrosos. Después de saquear un sistema agrícola y matar o deportar al Reich a su mano de obra, no cabía esperar buenas cosechas en los años siguientes. Teniendo en cuenta las expectativas y las posibilidades objetivas, la explotación de Polonia y de la Unión Soviética dio resultados decepcionantes, sobre todo si se compara con la de Francia o Dinamarca, donde la política de ocupación y explotación fue más

moderada y se basó en la colaboración con los productores y las burocracias locales. En total, se ha calculado que la aportación de todos los territorios ocupados al funcionamiento de la economía alemana fue inferior a una cuarta parte[220]. Pero lo que más afectó a la opinión pública fueron las diferencias sociales que, a pesar de los esfuerzos, continuaban siendo visibles: una gran mayoría de los consumidores normales debían hacer frente a una penuria cada vez mayor, mientras que una elite privilegiada vivía cómodamente incluso bajo las bombas.

La *Volksgemeinschaft,* marcada por los desgarros, consiguió mantenerse hasta los primeros meses de 1945, lo que entre otras causas puede explicarse por el miedo al enemigo que se aproximaba. Y no solo al enemigo del Este, por donde el Ejército Rojo alcanzó las fronteras del Reich a comienzos de 1945, sino también al fuego nutrido de los bombardeos que el mando angloamericano había comenzado en la primavera de 1942 con una finalidad doble: debilitar la capacidad productiva alemana y minar la moral de la población.

Se trataba de ataques en los que participaban más de 1000 bombarderos a la vez, y por los que los cazas alemanes se vieron impotentes por el dominio del espacio aéreo logrado por los Aliados. Mientras los americanos, con mejores sistemas de puntería, preferían los bombardeos diurnos contra objetos prefijados, la *Royal Air Force,* para vengar los durísimos ataques soportados en 1940, adoptó la táctica de los bombardeos nocturnos, denominados *area bombing.* Los daños colaterales se calcularon desde el principio. El mariscal del aire sir Arthur Harris, responsable de los bombardeos, llegó a calificarlos de «método de combate relativamente humano»[221]. Comenzaron con la incursión aérea de más de 1000 bombarderos pesados contra Colonia, en la noche del 30-31 de mayo de 1942, que provocó 474 muertos, destruyó unos 3300 edificios y dejó sin techo a 45.000 personas. Alcanzaron una primera culminación con dos bombardeos nocturnos y sucesivos contra Hamburgo (24-25 y 27-28 de julio de 1943), que causaron 50.000 víctimas y dejaron sin vivienda a casi un millón de personas[222]. En aquella incursión, el uso masivo de bombas incendiarias produjo la llamada «tempestad de fuego», con temperaturas en torno a los 800°C capaces de quemar todo el oxígeno del aire. Berlín fue

atacada por primera vez a finales de noviembre, con una incursión a la que siguieron otras 17, que provocaron 9000 muertos y dejaron sin casa a 812.000 personas. Las incursiones también eran costosas para los atacantes, ya que la capital estaba protegida por una fuerte red antiaérea.

Pero el bombardeo más polémico es sin duda el de la ciudad de Dresde, que llevaron a cabo ingleses y americanos el 13-14 de febrero de 1945, cuando ya la guerra estaba ganada y resulta difícil justificar su valor estratégico. Las víctimas ascendieron a unas 35.000, aunque la presencia en la ciudad de una gran cantidad de refugiados debió haber causado un número más elevado de víctimas anónimas. En todo caso, una cifra muy alejada de los 200.000 o 250.000 muertos que aducen algunos extremistas de derechas para equiparar a Dresde con Hiroshima y Nagasaki o con Auschwitz, y hacer caer sobre los Aliados una condena moral generalizada[223].

Los bombardeos aliados causaron más de medio millón de víctimas civiles y unos 80.000 heridos. Una de cada diez víctimas fue un trabajador o una trabajadora procedentes del extranjero, porque solía negárseles la entrada a los refugios. Se destruyeron algo menos de 3 millones de viviendas, y hubo 5 millones de evacuados. Por la otra parte, murieron casi 80.000 aviadores aliados. Las víctimas civiles de los bombardeos contra Inglaterra habían sido 50.000, y otras tantas las víctimas de los grandes ataques alemanes al comienzo de la guerra contra Varsovia, Rotterdam, Belgrado y Leningrado[224]. Los daños provocados a las industrias y a las infraestructuras del Reich fueron menores, pero, teniendo en cuenta los recursos movilizados para la defensa antiaérea y los problemas que esto supuso para la producción, «puede decirse que los bombardeos estratégicos contribuyeron de un modo significativo a la victoria»[225]. Durante muchos años predominó en la cultura alemana la reticencia a no destacar el papel de los alemanes como víctimas, ya que después de 1945, tanto en Alemania como fuera de ella, lo que predominaba era la visión de los alemanes como verdugos o, cuando menos, como cómplices. Según Seebald:

> Una operación de aniquilamiento que ha quedado en gran parte fuera de la conciencia de sí elaborada a posteriori por las víctimas, que nunca ha desempeñado una función relevante en

> los debates sobre el estado de ánimo profundo de nuestro país y que jamás ha tenido connotaciones de experiencia-símbolo en el imaginario colectivo[226].

En conjunto, la población civil reaccionó uniéndose y descargando su odio contra los atacantes. Sin embargo, no faltaron las primeras señales de rebeldía, incluso contra la carismática figura de Hitler. Dentro de los refugios, durante la lucha cotidiana por la supervivencia, se creó una efímera «sociedad sin máscara» en la que los gestos de solidaridad convivían sin contradicciones aparentes con un egoísmo desenfrenado. El partido, encargado de ayudar a las personas sin techo, actuó con eficacia[227].

Ante el aumento del miedo a las represalias aliadas, el régimen prometió sacar a la luz sus armas milagrosas *(Wunderwaffen),* capaces de invertir la suerte de la guerra. Los casi 7000 cohetes *V-1* y *V-2* lanzados a partir de junio de 1944 contra las ciudades inglesas arrojaron magros resultados: 31.600 edificios destruidos y 9000 muertos. El fracaso no pasó inadvertido para la población, que, desafiando las iras de la policía, rebautizaba los cohetes con nombres ridículos como *Versager Nr. 1* («Fallido n.º 1») o *Volksverdummer Nr. 1* («Idiotizador del pueblo n.º 1»)[228]. De igual modo, la impotencia de la defensa aérea, preparada con un gran dispendio de hombres (participaron casi un millón de personas), apagó la estrella del «delfín» Göring, jefe de la *Luftwaffe*. Se derrumbó la creencia de que, gracias a su superioridad moral y tecnológica, los alemanes todavía podían ganar la guerra.

Es difícil saber cuándo comenzó el fin de la adhesión colectiva a la dictadura, que se había mantenido incluso con el empeoramiento de la situación bélica. Burleigh –correctamente a mi parecer– habla de «una masa civil y militar cada vez más fragmentada y absorbida por la mera supervivencia personal», y evidencia que «hubo un proceso paulatino de separación de los caminos que seguían los gobernantes y los gobernados»[229].

Durante la guerra, el régimen acentuó la dureza del control y la represión. Los tribunales especiales de carácter político dictaron 15.896 condenas a muerte de ciudadanos del Reich entre 1939 y 1945, en comparación con las cerca de 664 de los años anteriores; unas 12.000 se

ejecutaron y las restantes se cambiaron por cárcel. El aumento de las condenas más duras se hace patente en el último año de la guerra. Los tribunales actuaban con firmeza y aplicaban la ingente cantidad de prohibiciones y obligaciones que imponía la economía de guerra, de forma que entre las acusaciones más frecuentes encontramos el robo y otros delitos económicos. La población carcelaria se duplicó de 1939 a 1944. También se multiplicó el número de campos y el de los detenidos; la mayor parte eran extranjeros arrestados en los territorios ocupados y encerrados en los campos por delitos políticos o sospechas de sumarse al movimiento de resistencia. Pero también se encerró en los campos gestionados por las SS a muchos alemanes que sufrieron todo tipo de violencias. Los 110.000 detenidos que había en los campos en septiembre de 1942 se convirtieron en 715.000 (de ellos 202.000 mujeres) en enero de 1945.

Merece citarse un último dato. Durante la Primera Guerra Mundial se movilizaron casi 13,2 millones de hombres, y los tribunales de guerra condenaron a muerte a 48 militares. En la Segunda Guerra Mundial se llamó a las armas a más de 18 millones de hombres y se aplicaron unas 30.000 condenas capitales. Los procesos de militares superaron los 2,5 millones. Parece que el consenso ideológico de la *Wermacht*[230] se mantuvo mediante una justicia militar despiadada[231].

---

206. I. Kershaw, *Hitler,* cit., vol. II, p. 831.

207. E. Mawdsley, *Thunder in the East. The Nazi-Soviet War 1941-1945,* Londres, 2005, p. 170.

208. Una reconstrucción documentada de la batalla en A. Beevor, *Stalingrado,* Milán, 1998.

209. J. Förster, *Die Wehrmacht im NS-Staat, cit.,* p. 183.

210. En 1940 la mitad de las familias disponía de un aparato de radio, con las obvias diferencias entre las clases sociales y entre el campo y la ciudad. P. Fritzsche, *Vita e morte del Terzo Reich, cit.,* p. 68.

211. Cit. en R. D. Müller, «Das "Unternehmen Barbarossa" als wirtschaftlicher Raubkrieg», en G. Ueberschär y W. Wette (eds.), *Der deutsche Überfall auf die Sowjetunion,* Sttutgart, 1991, p. 140.

212. Los italianos eran unos 600.000, capturados con posterioridad al armisticio del 8 de septiembre de 1943. Cfr. G. Hammermann, *Gli internati militari italiani in Germania 1943-1945,* Bolonia, 2004.

213. U. Herbert, *Fremdarbeiter. Politik und Praxis des «Ausländer-Einsatzes» in der Kriegswirtschaft des Dritten Reiches*, Berlín, 1986.

214. M. Burleigh, *Terzo Reich,* cit., p. 844.

215. J. Stephenson, *Women in Nazi Society,* Nueva York, 1975.

216. G. Moltmann, «Goebbels Rede zum totalen Krieg am 18. Februar 1943», en *Vierteljahrshefte f. Zeitgeschichte,* 12, 1965, pp. 13-43.

217. D. Rebentisch, *Führerstaadt und Verwaltung im Zweiten Weltkrieg,* Stuttgart, 1989. Lo pagó Göring, que perdió la función de «dictador de la economía» que se le asignó en 1936 con el plan cuatrienal.

218. M. H. Kater, *The Nazi Party. A Social Profile of Members and Leaders 1919-1945,* Londres, 1983, p. 115 y *passim.*

219. C. Ingrao, *Croire et détruire. Les intellectuels dans la machine de guerre SS,* París, 2010.

220. Cfr. el análisis comparativo de M. Harrison (ed.), *The Economics of World War II. Six Great Powers in International Comparison,* Cambridge, 1998.

221. M. Burleigh, *Terzo Reich,* cit., p. 811.

222. Cfr. H. E. Nossack, *La fine. Amburgo 1943,* Bolonia, 2005.

223. F. Taylor, *Dresda. 13 febbraio 1945. Tempesta di fuoco su una città tedesca,* Milán, 2005.

224. J. Friedrich, *La Germania bombardata,* Milán, 2005.

225. G. L. Weinberg, *Hitlers Zweites Buch,* cit., p. 649.

226. W. G. Seebald, *Storia naturale della distruzione,* Milán, 2004, p. 18.

227. Cfr. L. Brinkhus, *Luftschutz und Versorgungspolitik. Regionen und Gemeiden im NS-Staat 1942-1944/45,* Bielefeld, 2010.

228. R. J. Evans, *Il Terzo Reich in Guerra,* cit., p. 615.

229. M. Burleigh, *Terzo Reich,* cit., p. 824.

230. O. Bartov, *L'esercito di Hitler. Soldati nazisti e Guerra nel Terzo Reich,* Milán, 1996.

231. R. J. Evans, *Il Terzo Reich in guerra, cit.,* pp. 458 y ss.

14. Del golpe de Estado fallido al hundimiento

La persistencia de una amplia adhesión al dictador y a su régimen no impidió la aparición de ciertos gestos discrepantes, la mayor parte de las veces carentes de contenido político; por ejemplo, la desobediencia de las normas impuestas por la economía de guerra o la no pertenencia a las organizaciones colectivas. Con frecuencia eran manifestaciones inconscientes, lo que demuestra la dificultad de organizar un proyecto político capaz de derrocar al régimen.

La oposición formada por personas pertenecientes al grupo dirigente conservador, aliado de Hitler desde 1933, debía hacer frente al problema de traicionar su respeto por el Estado. Subvertir el orden establecido o plantearse atentar contra un jefe de Estado legítimo creaba un problema de conciencia. Tampoco debemos olvidar otros obstáculos: el programa político de un disidente como Carl Goerdeler (antes alcalde de Leipzig) no encajaba de ningún modo en el proyecto de los Aliados para la posguerra[232]. La conservación del rango de gran potencia y baluarte del mundo occidental contra la amenaza soviética, que estaba en los programas de los disidentes, chocaba con la decisión adoptada por los Aliados en la conferencia de Casablanca (14-23 de enero de 1943) de imponer la «rendición incondicional» a Alemania. No menos incompatible con la concepción política de los Aliados era la desconfianza que manifestaban los disidentes hacia el parlamentarismo.

Por tanto, la disidencia aristocrática y militar, que existía ya en vísperas de la guerra, tuvo que superar numerosos conflictos internos antes de entrar en acción. Muchas veces eran las propias decisiones del dictador las que ponían en peligro su alianza con el régimen. Desde el estallido de la guerra, Hitler, que conservaba un fuerte ascendiente sobre sus generales, había acentuado la dirección personalista entrometiéndose en las decisiones técnicas, lo que reavivaba la frustración de los militares, poco

acostumbrados a obedecer a los políticos en lo relacionado con su profesión, como ya había demostrado la «dictadura militar» de Hindenburg y Ludendorff en 1916-1918[233].

En diciembre de 1941, aprovechando la mala salud del jefe de Estado Mayor von Brauchitsch, Hitler asumió la dirección de la *Wehrmacht*. Sin embargo, responsabilizaba a los generales de las derrotas, que empezaban a multiplicarse, y los destituía en masa. A raíz del desembarco aliado en Normandía, fueron destituidos el jefe del Estado Mayor del Ejército, Kurt Zeitzler (al que prohibió incluso continuar vistiendo el uniforme), y los mandos supremos del frente occidental: Sperrle (Aviación) y von Rundstedt (Ejército). Dos años antes Hitler había destituido a Franz Halder, el predecesor de Zeitzler. En abril de 1944, la retirada en el sector sur del frente oriental y la rendición del contingente que defendía la península de Crimea les costaron los puestos a los comandantes von Manstein y von Kleist.

A las derrotas y al trato humillante que sufrían los generales se sumaron otros motivos, mezclados de una manera diferente en cada caso: la irritación por el excesivo poder de las SS y el rechazo del exterminio indiscriminado de los judíos y de los actos violentos contra mujeres y niños; algunos se movían por razones políticas: ¿qué futuro aguardaba al país en caso de derrota? De continuar así, podía ser peor que el de París en 1919; eso si no caía en manos del comunismo soviético. Otros eran fieles a los valores del prusianismo protestante. Entre los oficiales y los disidentes conservadores nunca faltaron los intentos de organizar atentados contra Hitler; no obstante, por varios motivos, ninguno llegó a buen puerto. El tiempo apremiaba, entre otras razones porque había indicios de que la Gestapo estaba cerrando el cerco alrededor de los sospechosos.

En el verano de 1944 se presentó la que parecía una ocasión propicia. El coronel Claus Schenk von Stauffenberg, mutilado y héroe de guerra, perteneciente a la disidencia, fue destinado al cuartel general de Hitler. Se puso en marcha un plan con dos escenarios principales: Rastenburg, en la Prusia Oriental, sede de la «Guarida del lobo» de Hitler (como se llamaba a su cuartel general, estrechamente vigilado), y Berlín, donde los conjurados debían tomar la radio y los ministerios decisivos. Pero todo dependía de que

la bomba de Stauffenberg matara a Hitler. No ocurrió así, a pesar de lo que se creyó en un primer momento. Mientras se desarrollaban en Berlín las acciones planeadas en la operación «Valquiria», la radio tardaba solo unas horas en difundir una breve declaración del propio Hitler. Su voz temblorosa (recibió una herida seria) bastó para inclinar la balanza del lado del régimen. Muchos conjurados cambiaron de idea y se retiraron, mientras que otros se suicidaron previendo el terrible castigo que los esperaba. Durante los meses siguientes, Hitler llevó a cabo una atroz venganza que le sirvió para saldar cuentas con unos aliados que soportaba mal desde 1933. «En total, entre asesinatos y suicidios, murieron unas mil personas como resultado del atentado fallido»[234]. Hitler adoptó una serie de medidas que aumentaron el poder de Himmler (nombrado jefe del Ejército de reserva) y de las SS[235].

El fracaso de la conjura del reducido grupo de altos oficiales y funcionarios del Estado acabó con todas las posibilidades de evitar una derrota desastrosa para Alemania. Esta vez Hitler había saldado cuentas con lo que podría llamarse el ala «derecha» de su poder, un grupo opuesto al de diez años antes, cuando actuó contra el ala «izquierda», los camisas pardas de Röhm. Pero ya era demasiado tarde, tanto para los conjurados como para él. La Alemania posterior a la derrota iba a ser muy distinta a la prevista por Hitler o por Goerdeler y sus compañeros de aventura.

Para Hitler, el atentado y el fallido golpe de Estado representaron un auténtico trauma. Nunca habían faltado intentos por iniciativa individual, pero ahora debía tomar nota de que una parte importante de la sociedad alemana, cómplice en otro tiempo, se le había revelado y se atrevía a poner en tela de juicio su poder, que comenzaba a desmoronarse tanto dentro como fuera de Alemania. En julio de 1943 cayó Mussolini, y Hitler tuvo que situarle a la cabeza de un Estado fantoche que abarcaba el norte y el centro de Italia. Al año siguiente, sus alianzas recibieron otro golpe: invadida por las tropas soviéticas, Bulgaria declaraba la guerra al Reich el 8 de septiembre de 1944; pocos días antes, una vez caído el dictador Antonescu, el gobierno rumano –presionado por el Ejército Rojo– cambió de bando. Finalmente, el 15 de octubre, el regente húngaro Horthy, para evitarle a su pueblo una terrible invasión soviética, anunciaba el fin de su

alianza con Hitler. A la intervención militar de Alemania en Eslovaquia el 29 de agosto para impedir su salida del bando del Reich, siguió una sublevación popular, dirigida por los comunistas, que fue reprimida con sangre durante más de un mes. Todo el sistema de alianzas, que, por lo demás, el *Führer* siempre había considerado de poco valor (con la excepción de la Italia fascista), se venía abajo. Alemania, atacada por el este y el oeste, estaba sola.

La idea de matar a Hitler para acabar con su dictadura, móvil de los conjurados del 20 de julio, reflejaba no solo la importancia capital del *Führer,* sino también su creciente aislamiento. Pasó la mayor parte de la guerra encerrado en varios búnkeres: Vinnitza, Rastenburg y, finalmente, desde el 16 de enero de 1945, Berlín, rodeado de un pequeño grupo de fieles y con muy pocos contactos con el mundo exterior. Desoyó los continuos consejos de Goebbels y de otros jefes del partido para que hiciera acto de presencia en los lugares bombardeados (como Hamburgo) o, al menos, para que demostrara con algún discurso su cercanía a las personas que estaban sufriendo. La última vez que apareció en público fue con ocasión de la ceremonia muniquesa del 8 de noviembre de 1943, dedicada a los caídos del *putsch*. Por el contrario, se redoblaron los soliloquios nocturnos y los estallidos de cólera hacia los generales. Muchos de ellos, incluso hombres tan duros como Guderian, le presentaron propuestas alternativas para que comprendiera cuál era la realidad de la situación. La mayor parte de las veces salían con la cabeza caliente por la cólera del dictador, que, sin embargo, continuaba siendo capaz de infundir nuevas esperanzas en muchos de ellos.

Aquel hombre encorvado, tembloroso, precozmente envejecido y encerrado en su pequeño mundo podía dar órdenes que comportaban la vida y la muerte de millones de compatriotas (y de enemigos). Nunca le abandonaba la tenaz convicción de ganar todavía la guerra de un modo u otro, como en diciembre de 1944, cuando pareció que la ofensiva contra los americanos en el frente de las Ardenas iba a tener éxito, o el 16 de abril del año siguiente, cuando conoció la muerte de Roosevelt. Un Hitler eufórico se convenció de que, al igual que la muerte de la zarina Isabel había salvado

de una derrota a Federico II de Prusia en 1762, este otro golpe de suerte beneficiaría a los alemanes.

La confianza ciega de Hitler o de fanáticos como Goebbels en la victoria final no era compartida por individuos calculadores como Himmler o Göring, el «delfín». Desde el otoño de 1994, ambos, cada uno por su cuenta, intentaron abrir cauces de diálogo con los angloamericanos. La idea común a los dos era proponer que Alemania actuara de bastión para frenar la inminente amenaza soviética. Hitler también creía, al igual que sus principales colaboradores, que los Aliados deberían temer más a la Unión Soviética que a la Alemania nacionalsocialista, como dejó escrito en su testamento, pero de ningún modo quiso actuar a nivel político o diplomático. Pensaba que antes debía asestar un duro golpe a los angloamericanos para convencerlos de retirarse.

Göring se sirvió de sus contactos con Suecia, mientras que el jefe de las SS tenía en las manos una baza importante: los centenares de miles de prisioneros (judíos o no) de los campos de concentración. Durante el otoño, y sobre todo el invierno siguiente, se llevó a cabo un programa de traslado a Occidente de miles de detenidos para evitar que los liberara el Ejército Rojo y para utilizarlos como rehenes ante Londres y Washington. Centenares de columnas, en general a pie, se dirigieron desde el este a los campos de Bergen-Belsen, Dachau, Stutthof y Flossenbürg, situados en la parte occidental del Reich. El 9 de enero salieron 58.000 detenidos de Auschwitz; por el camino murieron o fueron asesinados por los guardianes unos 15.000. Cabe resaltar la indiferencia de los ciudadanos ante estas terribles marchas de la muerte que soportaron la mayoría de los detenidos (para muchos, el transporte en vagones abiertos no fue menos trágico). En efecto, las marchas –que se hacían de día y atravesaban ciudades y pueblos–, mostraban a las claras la existencia de aquella humanidad inferior, desesperada, que hasta ese momento se había tratado de mantener cuidadosamente oculta. La documentación disponible demuestra el predominio de la indiferencia y la rareza de los casos de solidaridad.

Para explicarnos en parte esta actitud podemos recurrir al egoísmo que predominaba ya en la sociedad alemana y que la incapacitaba para reaccionar. Tampoco reaccionó a la llamada a las armas de octubre de 1944.

Como en una parodia de la *nation aux armes* de las guerras napoleónicas, Hitler pensó que el «asalto del pueblo» debería armar a 6 millones de hombres entre los 16 y los 60 años para frenar el avance del enemigo, sus carros blindados y sus flotas de bombarderos solo con la fuerza de voluntad y algunas armas anticarro; la misma fuerza de voluntad que le mantenía con vida a él. Es bien conocido el fragmento de noticiario cinematográfico (el último con su imagen) en el que un Hitler envejecido y tembloroso estrecha la mano a un grupito de niños reclutados por el *Volkssturm*.

Tampoco despertó reacciones significativas la llamada «orden de Nerón». Se trataba de una serie de disposiciones promulgadas en marzo, en las que se obligaba a destruir sistemáticamente todas las infraestructuras, a fin de que los vencedores solo encontraran tierra quemada, con castigo para los transgresores. Hitler tenía muy claros los daños que aquello causaría a la vida civil, incluso a largo plazo: «Si el pueblo alemán no está dispuesto a comprometerse con su propia supervivencia, entonces que desaparezca». El propio Speer, preocupado por el futuro, después de apelar a Hitler para que retirara estas disposiciones «neronianas», trató de atenuar las consecuencias promulgando contraórdenes y cubriendo a los funcionarios que no aplicaban las órdenes. No obstante, en muchos casos la desobediencia se castigó con fusilamientos en el acto.

La amplia aceptación de unas órdenes ya absurdas se vio condicionada por el instinto de supervivencia ante el avance de un enemigo que la propaganda de Goebbels pintaba bárbaro y cruel. El miedo se alimentaba con las trágicas noticias que aportaban a Occidente los grupos de alemanes huidos de las regiones orientales, sometidas a los soviéticos. Es un hecho que, ya en las fronteras del Reich, el mando ruso dejó libertad de actuación a los soldados del Ejército Rojo, frenados hasta ese momento por una férrea disciplina y un régimen de penuria de comida y de licencias; la propaganda oficial soviética alimentó los deseos de rapiña y las ganas de desfogarse con unas mujeres inermes, después de años de forzada abstinencia. La venganza contra los odiados alemanes, opresores de su propio pueblo, se presentó como un deber. Especialmente virulentas, y muy leídas, fueron las invectivas del conocido periodista y escritor judío Ilyá Ehrenburg:

> Todos los soldados, como representantes del «tribunal de justicia del pueblo», tenían la obligación legítima de infligir el castigo. Los asesinatos y los estupros que siguieron [...] fueron el inevitable efecto colateral causado por unos hombres no solo sometidos a una tensión extrema y un peligro constante, sino también separados durante años de sus esposas y sus novias[236].

Es imposible calcular el número de mujeres víctimas de esta violencia a causa del manto de silencio con que la sociedad alemana de la posguerra quiso protegerlas. Evans (sin citar las fuentes) habla de que «probablemente» hubo 1,4 millones de mujeres violadas (en muchos casos varias veces) entre Pomerania, Silesia y Prusia Oriental. En los hospitales berlineses, durante los primeros días de la posguerra, se contaron no menos de 100.000 casos[237].

Disponemos de más documentación sobre las expulsiones de la población civil de las regiones orientales del Gran Reich y sus fronteras externas, donde se habían establecido las colonias de la raza superior. El fenómeno –la mayor emigración forzosa de la historia de la humanidad–, es complejo. Hubo planes elaborados por las cancillerías aliadas, pero también por algunos gobiernos en el exilio (como es el caso del gobierno checoslovaco de Edvard Beneš), dispuestos a conseguir una Europa posbélica en la que se hubiera erradicado para siempre la amenaza alemana. Se crearon programas para desplazar a las minorías alemanas de los Estados que iban a surgir en la posguerra. Los proyectos de Beneš se remontan a febrero de 1941. El movimiento partisano de Tito, en Yugoslavia, ya tenía planes de «limpieza étnica»: la totalidad de las minorías no eslavas (alemanes, magiares, albaneses e incluso italianos) serían expulsadas en cuanto terminara la guerra. Y lo mismo valía para Polonia. Añádanse las reflexiones del gobierno británico sobre la culpa colectiva del pueblo alemán, que debía recibir un castigo por haber aceptado los planes de Hitler. No menos importante fue la ya citada dinámica de venganza que motivaba al Ejército Rojo y –al margen de esto– la voluntad de las poblaciones de los territorios ocupados, deseosas de expulsar a los ocupantes. La decisión de los vencedores, reunidos en Potsdam en agosto de 1945, de organizar de un «modo ordenado y humano» el desplazamiento de las minorías alemanas no consiguió resarcir a las víctimas de las atrocidades que ya se habían

cometido con ellas. Hablar de un doble movimiento de huida y expulsión, desordenado y espontáneo el primero, al acabar la guerra (las llamadas «expulsiones salvajes») y organizado el posterior al mes de agosto de 1945, que duró dos años, proporciona un panorama global, pero no refleja del todo la realidad de los hechos. Téngase en cuenta que, por ejemplo, en la fase anterior al final del conflicto fueron las autoridades civiles y militares nacionalsocialistas las que organizaron (a veces por la fuerza) el éxodo.

Ya en el otoño de 1944 habían emprendido la marcha las primeras columnas de alemanes, engrosadas a medida que se aproximaban a las fronteras del Reich y seguidas a poca distancia por las tropas soviéticas y las milicias locales. Se emplearon tropas alemanas no solo para proteger al Reich, sino también para retardar al Ejército Rojo y cubrir así a los fugitivos. Muchas huidas por mar, sobre todo desde la península de Curlandia, acabaron trágicamente, con los atestados barcos alemanes hundidos por submarinos soviéticos o por la aviación angloamericana. El crucero *Wilhelm Gustloff,* transformado durante la guerra en hospital flotante, había sido en los años de paz el orgullo de la política social hitleriana; era, en efecto, propiedad de *Kraft durch Freude,* la organización dedicada al ocio. El 30 de enero de 1945 abandonó el puerto de Gotenhafen (hoy la polaca Gdynia) abarrotado de heridos y refugiados. A las pocas horas fue interceptado y hundido por tres torpedos. Aunque nunca se ha establecido con seguridad el número de víctimas, se estima que pudieron ser unas 9000. Es el mayor desastre naval de la historia[238].

A mediados de los años ochenta, el historiador Andreas Hillgruber, valorando positivamente el compromiso del Ejército alemán durante los últimos meses de guerra para defender a sus civiles de las agresiones, rompió el tabú de los alemanes como víctimas:

> El ejército del Este asumió la función de pantalla protectora para defender un espacio alemán de varios siglos de existencia, patria de millones de alemanes orientales [...] Es elemental que aquel Ejército defendió a los seres humanos de las provincias amenazadas por un destino horrible en caso de que su patria fuera arrasada por el Ejército Rojo[239].

No resulta fácil distinguir las cifras de los refugiados de la primera fase, cuando aún se combatía, de los posteriores a 1945. De estos últimos

poseemos datos aproximativos; de los primeros sabemos poco. Se cree que de 1944 a 1948-1949 los alemanes que abandonaron los territorios centro-orientales –donde Hitler quiso organizar el espacio vital– fueron de 12 a 13 millones, de los que probablemente murieron por distintas causas (agresiones, frío, enfermedades, ahogamiento) unos 2-3 millones durante la emigración[240].

A mediados de abril comenzó el último ataque a Berlín a cargo de un poderoso ejército de 750.000 hombres, 1800 carros y 17.000 cañones. Hitler, dispuesto a no ceder, situó a todas sus fuerzas en la batalla final. No reconoció que la guerra estaba perdida hasta la reunión del 22 de abril, celebrada en el búnker con los mandos que continuaban a su lado, después de constatar que, por falta de tropas disponibles, ni siquiera había comenzado la última contraofensiva programada. Pero no pensaba abandonar Berlín. Durante los días siguientes, después de regularizar con el matrimonio su relación con Eva Braun (durante mucho tiempo clandestina), dictó un testamento en el que culpó de la derrota a la ineptitud del pueblo alemán para asumir su destino y corroboró los principales puntos de su ideología:

> Sobre todo, ruego a los dirigentes de la nación y a sus subordinados que observen escrupulosamente las leyes de la raza y se opongan sin dar tregua a los envenenadores universales de todos los pueblos, el judaísmo internacional[241].

El 30 de abril por la tarde, Hitler y Eva Braun se suicidaban. Sus cuerpos fueron incinerados en un hoyo del patio que había en la entrada del búnker. La batalla de Berlín había terminado y el Tercer Reich se desplomaba entre sangre y escombros. Las víctimas alemanas de la guerra fueron en total poco menos de 7 millones, de los que 3,6 millones eran civiles y 3,3 millones, militares. El mayor número de víctimas civiles demuestra la brutalidad de la guerra en el frente interno, en el que tanto cuidado había puesto el régimen nacionalsocialista.

Pero Alemania no se había terminado.

---

232. En la primera parte de la posguerra, la historiografía liberal concedió mucha importancia al disentimiento, con el fin de legitimar la prehistoria de la República democrática. Por ejemplo, G.

Ritter, *Carl Goerdeler e l'opposizione antinazista,* Turín, 1960.

233. M. Kitchen, *The Silent Dictatorship. The Politics of the German High Command under Hindenburg and Ludendorff,* Nueva York, 1976.

234. J. C. Fest, *Staatsstreich. Der lange Weg zum 20 Juli,* Berlín, 1994, p. 298.

235. Cfr. el capítulo V del libro de J. Förster, *Die Wehrmacht im NS-Staat,* cit., pp. 132 y ss.

236. C. Bellamy, *Guerra assoluta,* cit., p. 731. Más extensamente, C. Meridale, *Iwans Krieg. Die Rote Armee 1939-1945,* Fráncfort, 2008, pp. 330 y ss.

237. R. J. Evans, *Il Terzo Reich in guerra, cit.,* p. 649.

238. Para una reelaboración literaria de esta experiencia, véase G. Grass, *A paso de cangrejo.* Madrid, Alfaguara, 2003.

239. A. Hillgruber, *Il duplice tramonto. La frantumazione del* «Reich» tedesco y la fine dell'ebraismo europeo, Bolonia, 1990, p. 69.

240. Cfr. P. Ahonen *et al., People on the Move. Forced Population Movements in Europe in the Second World War and its Aftermath,* Oxford, 2008, pp. 61 y ss., y A. Ferrara y N. Pianciola, *L'età delle migrazioni forzate,* Bolonia, 2012, pp. 340 y ss.

241. El texto del testamento politico en J. Noakes (ed.), *Nazism. A Documentary Reader,* vol. IV. *The German Home Front in World War II,* Exeter, 1998, pp. 667-671.

Epílogo

Alemania no se había terminado. Parece una afirmación paradójica cuando se consideran las consecuencias directas de la guerra: millones de víctimas entre los militares y aún más entre los civiles, millones de prisioneros de guerra (los últimos regresaron a la patria diez años después), terribles daños al patrimonio inmobiliario, las industrias y las infraestructuras. Había 7 millones de personas sin techo, las raciones de comida no superaban las 1000 calorías diarias y algunas enfermedades, como la tuberculosis, se propagaban con cifras superiores a los años anteriores a la guerra. La Alemania derrotada estaba ocupada por las potencias vencedoras; su capital y casi un tercio de su territorio se hallaban en manos de los odiados rusos. Los vencedores castigaban con una fiereza mucho mayor que la de 1918-19. Esta vez acabaron entre rejas miles de cuadros del partido, industriales y generales, y cientos de miles de ciudadanos alemanes se vieron sometidos a procesos de «desnazificación»[242]. Los rusos quisieron resarcirse de los daños provocados por la ocupación alemana desmantelando líneas férreas y fábricas, y reclamaron una cuota del carbón y de las infraestructuras industriales incluso en las zonas occidentales. El secretario del Tesoro de Estados Unidos, Henry Morgenthau Jr., llegó a proponer en 1944 un plan de ruralización de Alemania, con el objetivo de impedir durante mucho tiempo su recuperación industrial, posible origen de nuevas guerras. Había que erradicar el espíritu militarista prusiano mediante la «reeducación» y la «desnazificación». En la cultura europea se imponía la idea de una culpa colectiva que todos los alemanes debían pagar.

Ciertamente, la inmensa mayoría de los alemanes no vivieron como una liberación las jornadas del 8 y el 9 de mayo (fechas de la firma de los armisticios en Reims y en Berlín-Karlshorst). Sin embargo, paradójicamente, el choque ideológico y estratégico de los dos bloques opuestos, la Guerra Fría, cambió en poco tiempo la situación de la

Alemania de posguerra. Al ser consideradas al mismo tiempo una carta a jugar y una avanzadilla de la Guerra Fría, las zonas de ocupación recibieron por ambas partes unos recursos ingentes que permitieron reavivar la economía en pocos años. Esto vale especialmente para la zona occidental, que el 23 de mayo de 1949 se convirtió oficialmente en la República Federal de Alemania. Pocos meses después, en el Berlín Este se proclamaba la República Democrática Alemana, que se calificaba a sí misma de «primer Estado alemán de los trabajadores y los campesinos».

La recuperación económica de la zona occidental fue tan rápida que en pocos años la República Federal se convirtió en una gran potencia económica. Los ciudadanos de la Alemania de Bonn recuperaron su costumbre de hacer turismo en el amado sur. La política del nuevo Estado federal, dirigido con mano segura por Konrad Adenauer y por una clase política que en parte se remontaba al periodo de Weimar, se volvió decididamente al Occidente europeo, especialmente a Francia. A partir del Eje París-Berlín, representado por las figuras de Robert Schuman, Jean Monnet y el propio Adenauer, comenzó a formarse un nuevo orden europeo basado en la paz y la colaboración económica. Un cambio histórico respecto a los siglos de guerra que habían conocido las orillas del Rin. Veinte años después sería el canciller socialdemócrata Willy Brandt quien abriera el diálogo con la Europa Oriental y se saltara las barreras de la Guerra Fría. La Alemania Federal, hoy unificada desde hace veinte años, ha adoptado el papel de pilar sustentador de la paz en Europa.

¿Y qué fue de Hitler y del nacionalsocialismo? ¿Qué herencia han dejado? La comparación con lo acontecido en la Italia republicana y antifascista nos ayudará a comprender la radicalidad del cambio alemán. A partir de 1945 no existió ningún partido neonazi significativo; en cuanto a los partidos de extrema derecha que de cuando en cuando aparecen en el estable marco político alemán, jamás se han atrevido a identificarse con el régimen hitleriano. En Italia, en 1948, ciertos individuos de la República de Salò, como Giorgio Almirante, fundaron un partido que se identificaba con esa última etapa del fascismo, y los herederos de aquel partido, que recibía varios millones de votos, formaron parte del gobierno a partir de los años noventa, si bien dando un giro significativo a sus programas. En Alemania

ningún político, y mucho menos un primer ministro, se ha atrevido a quitar importancia a los crímenes del nacionalsocialismo o a elogiar las «cosas buenas» que hizo Hitler.

En Alemania no existe ningún lugar, como la tumba de Benito Mussolini en Predappio, donde conservar un recuerdo. La tumba de Hess (el último prisionero en la cárcel de Spandau) en Wunsiedel fue solo un pálido sustituto hasta su eliminación en el año 2011. La forma de tratar aquellos hechos históricos por el sentir común presenta en Alemania unos rasgos de radicalidad que no pueden compararse con las recurrentes revisiones del fascismo[243], hasta el punto de que algún intelectual conservador como Ernst Nolte se preguntaba a mediados de los ochenta si no había llegado el momento de dejar para siempre de autoflagelarse[244].

Los datos de aquellos que han estudiado la memoria histórica de los alemanes a partir de 1945 coinciden en considerar nula la herencia de Hitler y del nacionalsocialismo. No obstante, de cuando en cuando resurgen los fantasmas: los temores que despierta la hegemonía económica alemana o la preocupación que produce la aparición de grupitos de *skinheads* pronazis se reflejan en las sarcásticas palabras de Giulio Andreotti ante la posible unificación de las dos Alemanias: «Me gusta tanto Alemania que prefiero que haya dos». ¿Será que vuelve a plantearse la «vía especial» de Alemania en la historia?

---

242. Cfr. la colección de ensayos editada por K. D. Henke y H. Woller, *Politische Säuberung in Europa. Die Abrechnung mit Faschismus und Kollaboration nach dem Zweiten Weltkrieg,* Múnich, 1991.

243. Me permito remitir a mi libro *Fascismo, condanne e revisioni,* Roma, 2011.

244. Cfr. los materiales sobre el debate recogidos y comentados por G. E. Rusconi (ed.), *Germania. Un passato che non passa. I crimini nazisti e l'identità tedesca,* Turín, 1987.

Título original: *Breve storia del nazismo*
Traducción: Pepa Linares

Edición en formato digital: 2017

© 2015 by Società editrice il Mulino, Bologna
© de la traducción: Josefa Linares de la Puerta, 2017
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2017
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15
28027 Madrid
alianzaeditorial@anaya.es

ISBN ebook: 978-84-9104-716-2

Está prohibida la reproducción total o parcial de este libro electrónico, su transmisión, su descarga, su descompilación, su tratamiento informático, su almacenamiento o introducción en cualquier sistema de repositorio y recuperación, en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, conocido o por inventar, sin el permiso expreso escrito de los titulares del Copyright.
Conversión a formato digital: REGA

www.alianzaeditorial.es